



GUARDIANES DE LA INTIMIDAD
DAVE EGGERS

se

Lectulandia

Los quince relatos de *Guardianes de la intimidad* abarcan escenarios y personajes tan apasionantes como líricos: la historia de supervivencia de un setter irlandés, la proeza irónica de una mujer que escala el Kilimanjaro, la relación amorosa sin amor de dos viejos amigos en Costa Rica... Todos ellos muestran la plenitud narrativa de Eggers, un autor que puede ser devastador, lúcido y divertido hasta extremos impensables.

Lectulandia

Dave Eggers

Guardianes de la intimidad

ePub r1.0

Titivillus 30.03.2019

Título original: *How We Are Hungry*

Dave Eggers, 2005

Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

El relato «El único significado del agua oleosa» fue publicado por primera vez en *Zoetrope All-Story*. Una primera versión, más corta, de «Tregar a la ventana fingiendo bailar» fue publicado por primera vez en *The New Yorker*, con el título «Measuring the Jump». «Montaña arriba, en lento descenso» fue publicado por primera vez, en una versión diferente, en el n.º 10 de *McSweeney's*, titulado también *McSweeney's Mammoth Treasury of Thrilling Tales* (copublicada con Vintage). «Después de que me lanzaran al río y antes de ahogarme» fue publicado por primera vez en una versión diferente en *Speaking with the Angel*, una recopilación de relatos originales publicada por Nick Hornby en beneficio de la escuela londinense TreeHouse. «Tu madre y yo» fue publicado en *h2s04* y en una separata de *Downtown 4 Democracy*. Algunos de los relatos cortos fueron publicados en el periódico inglés *The Guardian*. Una versión diferente de «Apuntes para un cuento de un hombre que no morirá solo» fue publicada en *Ninth Letter*, la revista de la Universidad de Illinois, el alma máter del autor y orgullosa e ilustre beneficiaria de dos premios Nobel. El resto de los relatos fueron escritos para este libro y son publicados aquí por primera vez.

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Guardianes de la intimidad

Otra

Lo que significa que una muchedumbre de un país lejano atrape a un soldado que representa a tu país, le dispare, lo saque a rastras de su vehículo y luego lo mute entre el polvo

El único significado del agua oleosa

Sobre querer tener al menos tres paredes levantadas antes de que ella llegue a casa

Trepar a la ventana fingiendo bailar

Espera furiosa, floreciendo

Silencio

Tu madre y yo

Naveed

Apuntes para un cuento de un hombre que no morirá solo

Acerca del hombre que comenzó a volar después de conocerla

Montaña arriba, en lento descenso

Hay algunas cosas que debería callarse

Cuando aprendieron a aullar

Después de que me lanzaran al río y antes de ahogarme

Sobre el autor

OTRA

Había ido a Egipto, de correo, sin problemas. Le entregué el paquete a un tipo en el aeropuerto y con eso había cumplido, estaba libre al mediodía del primer día. Era un mal momento para estar en El Cairo, resultaba poco prudente dadas las relaciones entre nuestro país y la región, pero fui de todos modos porque en ese momento de mi vida sí había una mínima esperanza, por pequeña y desalentadora que fuera...

Había tenido problemas para pensar, para terminar las cosas. Palabras como «ansiedad» y «depresión» parecían adecuarse al momento, no me interesaban las cosas de siempre, no lograba beberme un vaso de leche sin deliberar, pero no me detenía a cavilar y regodearme. Un diagnóstico lo habría hecho menos interesante.

Había estado casado, dos veces; había cumplido los cuarenta rodeado de amigos; había tenido mascotas, trabajos en el servicio diplomático y gente trabajando a mi cargo. Años después, un mes de mayo, me encontraba en Egipto en contra del consejo de mi gobierno, solo y con diarrea leve.

Hacía un calor nuevo, seco y sofocante, un calor que no conocía. Solo había vivido en lugares húmedos —Cincinnati, Hartford— donde la gente que conocía se compadecían los unos de los otros. Aunque sobrevivir en el calor egipcio resultaba estimulante: vivir bajo el sol me hacía sentir más liviano y fuerte, hecho de platino. Perdí cuatro kilos y medio en unos días, pero me sentía bien.

Hacía solo unas semanas que unos terroristas habían asesinado a setenta turistas en Luxor y todo el mundo estaba nervioso. Yo acababa de estar en Nueva York, en lo alto del Empire State Building, a los pocos días de que un tipo hubiera abierto fuego allí mismo y matado a una persona. No me dedicaba a perseguir problemas de manera consciente, pero, entonces, ¿qué puñetas estaba haciendo?

Un martes estaba paseando junto a las pirámides, disfrutando del polvo y bizqueando porque ya había perdido mis segundas gafas de sol. Los vendedores ambulantes que trabajaban en la planicie de Gizeh —uno de los

encantos menos encantadores del mundo— intentaban venderme cualquier cosa: pequeños escarabajos de juguete, llaveros de Keops, sandalias de plástico. Hablaban veinte palabras de una docena de idiomas y conmigo lo intentaron en alemán, español, italiano e inglés. Dije que no, me fingí mudo y me acostumbré a contestarles «¡Finlandia!» a todos, seguro de que no sabían finlandés, hasta que un hombre me ofreció montar a caballo en inglés americano marcando las erres de un modo obsceno. Eran listísimos, los muy cabrones. Yo ya había dado un caro y breve paseo a camello, sin ningún interés, y aunque nunca había paseado tranquilamente a caballo y en realidad tampoco quería hacerlo, le seguí a pie.

—A través del desierto —me dijo, guiándome más allá de un autocar plateado que descargaba turistas suizos de edad avanzada. Le seguí—. Vamos a por caballo. Cabalgamos hasta Pirámide Roja. —Le seguí—. Tú tienes caballo para ti —dijo, contestando a mi última pregunta no planteada.

Yo sabía que acababan de reabrir la Pirámide Roja o que estaban a punto de hacerlo, aunque ignoraba por qué la llamaban Roja. Quería cabalgar por el desierto. Quería descubrir si ese hombre —menudo, de dientes marrones, ojos atentos y bigote de poli— intentaría matarme. Había montones de egipcios a los que les encantaría matarme, de eso estaba seguro, y estaba listo para el combate con cualquiera que me quisiera muerto. Estaba solo, era imprudente y, frente a la furia, reaccionaba a la vez con pasividad y rapidez. Vivía una época bella, todo resultaba electrizante y odioso. En Egipto destacaba, unos me chillaban y otros me abrazaban. Un día un hombre elegante que vivía bajo un puente y quería enseñar en un internado americano me invitó a zumo de caña de azúcar. Yo no podía ayudarle pero él estaba convencido de lo contrario y me hablaba a gritos junto al bar de zumos, fuera, en una de las atestadas calles de El Cairo mientras los demás miraban con indiferencia. Yo era una estrella, un pagano, un enemigo, nada.

En Gizeh me alejé de los turistas y los autobuses junto al hombre de los caballos —que no olía a nada en particular— y descendimos la meseta. La arena dura fue ablandándose. Pasamos junto a un anciano en una cueva subterránea y tuve que pagarle *baksheesh*, propina, porque el tipo era «famoso» y el guardián de la cueva. Le di un dólar. El primer hombre y yo seguimos adelante, más o menos kilómetro y medio, y donde el desierto se juntaba con un camino me presentó a su socio, un gordo que llenaba a reventar una camisa raída y que tenía dos caballos árabes, ambos negros.

Me ayudaron a montar el más pequeño. El animal rezumaba vida, estaba inquieto y tenía las crines pegajosas por el sudor. No les conté que solo había

montado en una ocasión y además en una feria del Cuatro de Julio dando vueltas alrededor de una pista medio borracho. Estaba buscando huesos de dinosaurio en Arizona puesto que, fugazmente, me consideré arqueólogo. Todavía no sé por qué me hicieron como soy.

—Hesham —dijo el jinete, y se señaló el esternón con el pulgar. Asentí.

Monté en el caballo pequeño y Hesham y yo nos despedimos del gordo y trotamos unos ocho kilómetros por un camino rural recién pavimentado, pasando por delante de varias granjas mientras los taxis nos adelantaban entre bocinazos. ¡En El Cairo las bocinas no paran! La gente conduce con la mano izquierda para poder comunicar mejor con la derecha cualquier matiz de sus sentimientos. Mi silla era simple y pequeña; me pasé un minuto entero tratando de dilucidar cómo se enganchaba al caballo y cómo debía engancharme yo a ella. A través de la silla notaba hasta el último hueso, músculo y cartílago que constituían el caballo. Le acaricié el cuello a modo de disculpa y me apartó la mano de una sacudida. Me aborrecía.

En cuanto abandonamos el camino y cruzamos un estrecho desfiladero, el desierto infinito se extendió ante nosotros. Me sentí un hijo de puta por haber dudado siempre de que fuera tan grande y aquiescente. Daba pena pisarlo vista la delicadeza con que le habían dado forma, superponiendo capa tras capa de velludillo.

Con los primeros pasos del caballo sobre la arena, Hesham preguntó:

—¿Sí?

Y yo asentí.

Enseguida azotó a mi caballo y jaleó al suyo y salimos al galope por el Sahara en pos de una duna del tamaño de un edificio de cuatro plantas.

Nunca antes había galopado. No tenía ni idea de dirigir al caballo. El animal volaba; parecía gustarle. El último caballo que había montado me frenaba constantemente. Este se limitaba a estirar la cabeza hacia el futuro de manera rítmica.

Resbalé hacia el final de la silla de montar y volví a adelantarme. Ovíllé las riendas en una mano y me incliné, acercándome al cuerpo del animal. Pero algo o todo iba mal. Me atacaban desde todos los ángulos. Hacía años que no experimentaba tanta violencia.

Hesham, al ver mis esfuerzos, aminoró la marcha. Se lo agradecí. El mundo se tranquilizó. Recuperé el dominio de las riendas, me re Coloqué en la silla y me incliné adelante. Palmeé el cuello del caballo y por poco le doy en los dientes, que trataron de comerse mis dedos. Otra vez estaba a punto. Esta vez sabría más; el inicio había sido caótico por repentino.

—¿Sí? —preguntó Hesham.

Asentí. Azotó salvajemente a mi caballo y salimos disparados.

Coronamos la primera duna; la vista era digna de un conquistador, océanos y océanos, un millón de bordes biselados. Descendimos como el rayo por la duna y subimos por la siguiente. El caballo no aflojaba y la silla me castigaba la columna. Dios mío, qué dolor. No iba sincronizado con el animal: lo intentaba pero ni el gordo ni el inodoro al que seguía me habían dado instrucciones y la columna me golpeaba en la montura con fuerza, a un ritmo terrible, y pronto el dolor se volvió agudo, demoledor. Una y otra vez caía de culo, sobre cemento, desde una altura de treinta metros...

Apenas tenía aliento para pedirle a Hesham que redujera la velocidad, que se detuviera para darle un descanso a mi espalda. Me estaban infligiendo un daño irreparable, seguro. Pero no había modo de parar. No conseguía pronunciar palabra. Me esforzaba en respirar, traté de enderezarme en la montura, pero no podía detenerme porque tenía que demostrarle a Hesham que era un tipo duro, que no me amilanaba. De vez en cuando él echaba la vista atrás y cuando me miraba yo entornaba los ojos y sonreía con todas mis fuerzas.

Enseguida volvió a aminorar el paso. Seguimos unos minutos al trote. El martilleo de la espalda cesó. El dolor disminuyó. Me sentí terriblemente agradecido. Aspiré todo el aire que pude.

—¿Sí? —preguntó Hesham.

Asentí.

Y volvió a azotar al caballo y salimos al galope.

El dolor regresó con mayor intensidad, con más ramificaciones, zarcillos que alcanzaban lugares nuevos y desconocidos —atravesándome las clavículas, las axilas, el cuello—. Me intrigaba la novedad del tormento y lo habría estudiado, disfrutado en cierto sentido, pero sus puñaladas repentinas me impedían adoptar la distancia necesaria.

Tenía que demostrarle a aquel egipcio lunático que podía cabalgar con él. Que éramos iguales, que podía resistir y devorar esa agonía. Que podía ser el castigado, que esperaba el castigo y podría soportarlo por mucho que él lo prolongara. Podíamos cabalgar juntos por el Sahara incluso aunque nos detestáramos por un sinfín de terribles y buenas razones. Yo formaba parte de un continuo que se remontaba miles de años, nada había cambiado. Casi me daba risa, de modo que cabalgué como habría cabalgado cualquiera en mi momento de la historia, es decir, que estábamos solos él y yo y la arena y el caballo y la silla de montar —no llevaba nada conmigo, vestía una camisa

acartonada, pantalones cortos y sandalias— y, joder, por muy desagradables que fuéramos, por muy equivocado el espacio que nos separaba, la verdad es que surcábamos los cielos.

Y lo contemplaba todo. Mientras los cascos del caballo arañaban la arena y el animal respiraba y yo respiraba, mientras las crines me azotaban las manos y la arena me cubría las piernas, escupiéndome en los tobillos desnudos, contemplaba al hombre moverse con el caballo. En algún lugar, al cabo de veinte minutos más de vapuleo constante, con el caballo a todo galope, aprendí. Había estado permitiendo que el caballo me golpeara, intentaba sentarme bien en la silla con la esperanza de que la distancia de la montura disminuyera el impacto de cada golpe, pero había maneras de eliminar por completo el dolor.

Aprendí. Me moví con el caballo y cuando por fin empecé a moverme con el maldito animal, cabeceando hacia delante al unísono, en connivencia, el dolor desapareció. Montaba aquel caballo estúpido y divino, unido a él, sentado bajo, con la cabeza inmersa entre sus crines, y...

Hesham se dio cuenta de que ya no sufría y aceleró. Cabalgamos bajo el sol. El viento azotaba nuestras caras, y me sentí parte de todos los ejércitos que el mundo había soportado. Amaba al hombre al que seguía del modo como solo se ama a los que quisieras matar. Y cuando más lleno de amor estaba, la pirámide emergió de la arena, un pico menos perfecto entre las dunas.

Al llegar a la Pirámide Roja subimos por un lado, alzándonos a pulso sobre cada escalón, piedras cuadradas de casi dos metros de alto. En la entrada, a unos quince metros de altura, el hombre me señaló una pequeña abertura por la que se penetraba en la cámara que ocupaba el centro de la pirámide. Le seguí dentro, bajando por un pasadizo en pendiente, estrecho, oscuro, húmedo, demasiado pequeño para cualquiera un poco más grande que nosotros. Había una soga para guiarnos hasta el fondo. Me agarré a ella y descendí; no había escalones. Olía a tierra calcárea y el aire era denso y pesado. Por delante de mí, el hombre sostenía una antorcha que dibujaba una luz irregular en medio de la oscuridad.

Nos detuvimos al final de la pendiente, giramos por otro pasadizo, esta vez plano, y enseguida nos agachamos bajo un umbral y entramos en una caja de piedra. Era una sala carente de todo adorno, de techos altos y geometría perfecta. Hesham movió los brazos mostrándome toda la sala con ademanes

orgullosos. «Hogar de rey», anunció acercando la antorcha a un lateral de la habitación y revelando así una caja de piedra alargada: la tumba. Por lo demás, la cámara estaba vacía. Carecía de marcas, joyas o mampostería. Estas cámaras habían sido saqueadas sin descanso durante siglos y ahora solo quedaban las paredes desnudas, lisas, sin el menor signo...

El aire dentro de la cámara estaba cargado de polvo y tenía la impresión de que si nos quedábamos allí mucho tiempo moriría. ¿Intentaría asesinarme? ¿Robarme? Estábamos solos. Por la razón que fuera, no estaba preocupado. Nos miramos fijamente, en realidad a ninguno de los dos le impresionaba de verdad la caja pese a que ambos habíamos fingido sobrecogernos momentáneamente. Aunque sabía que no debía esperar gran cosa de ese tipo de salas, estaba decepcionado. Desconocía el grado de elaboración que una vez lució el espacio en que nos encontrábamos, pero nada indicaba que alguna vez hubiera sido algo más que un cubo arenoso y eso me entristeció. Un exterior tan magnífico para un corazón tan crudo. Hesham se acercó la antorcha a la cara y me miró, aunque dudo de que me viera con una luz tan pobre.

Suspiró con fuerza. Su rostro pasó por varias emociones: arrogancia, aburrimiento, fastidio. Estaba obligado a quedarse mientras yo quisiera. Yo no quería quedarme, pero me gustaba verle sufrir, por poco que fuera.

Volvimos a subir la escalera hacia la ventana torcida donde la pirámide se empapaba de cielo. Anochecía. Una vez fuera y de nuevo en tierra firme, el hombre dijo: «Hay otra». Le pregunté el nombre. Me contestó que se llamaba la Pirámide Torcida.

Volvimos a montar.

—¿Sí? —preguntó.

Asentí y azotó a mi caballo con la palma de la mano. Le seguí a pesar de que pronto no fue más que una silueta negra dibujada contra el cielo plateado. Los caballos estaban enfadados y respiraban en explosiones hidráulicas. Comprendí entonces que Hesham no hacía lo que hacía por el dinero que yo pudiera darle. No se había molestado en negociar por ninguno de los viajes de después de la Pirámide Roja. Lo que estábamos haciendo era otra cosa y los dos lo sabíamos. Ahora estaba seguro de que no me mataría y sabía que él tampoco tenía un plan, no más que yo.

Al cabo de una hora llegamos a la Pirámide Torcida, mayor pero menos segura, y ya no había luz. Trepamos hasta la entrada y descendimos y otra vez nos encontramos en una cámara sagrada, una sala para acoger a una reina o un faraón, aunque también esta estaba vacía. El hombre y yo nos miramos

fijamente, respirando el aire cargado, sin sentir compasión el uno por el otro ni nada.

¿Qué te esperabas?, me preguntaba con la mirada.

Quería saber que no moriría como un gusano, dije.

Perdona, dijo él. Estos hombres murieron, fueron embalsamados y les han robado. La gente los ha vendido una y otra vez. Han vendido todos sus efectos, sus huesos, los han cambiado por oro. No ganarás un duro.

No hay razón para entrar en estas pirámides, dije.

No, en realidad no.

No se aprende nada dentro.

Nada.

Si estos reyes tenían fe, ¿por qué iban a esconderse en estas cajas bajo piedras pesadas?

Ah, pero es que no tenían fe.

Eso lo explica.

Volvimos a salir y permanecimos de pie junto a la base de la pirámide. Estaba oscuro y subimos a los caballos. Blandí la mano para abarcar todo el aire.

—Se está bien fuera, ahora —dije.

Sonrió.

—Hay otra —dijo el hombre.

—Quiero ir.

—¿Sí? —preguntó.

Asentí y azotó a mi caballo con el pie y salimos volando.

LO QUE SIGNIFICA QUE UNA MUCHEDUMBRE DE UN
PAÍS LEJANO ATRAPE A UN SOLDADO QUE REPRESENTA
A TU PAÍS, LE DISPARE, LO SAQUE A RASTRAS DE SU
VEHÍCULO Y LUEGO LO MUTILE ENTRE EL POLVO

Un hombre sentía una gran inquietud. Sentía ansiedad y desasosiego. Eran sentimientos desconocidos para él. Nunca había experimentado este tipo de hastío insondable, pero llevaba un año sintiéndolo. A veces sencillamente estaba paseando alrededor de casa, incapaz de decidir por qué estaba tenso exactamente. El día era claro, brillaba el sol, todo iba bien, pero él andaba sin parar. Se sentaba a leer un libro y enseguida se levantaba pensando que tenía que telefonar. Una vez al teléfono, caía en la cuenta de que no tenía que llamar a nadie pero que tenía que inspeccionar una cosa que había al otro lado de la ventana. En el jardín había algo que tenía que arreglar. Tenía que conducir a donde fuera, tenía que dar una vuelta. El hombre había visto la fotografía esa mañana, en el diario. Había visto la fotografía del cadáver del soldado en el suelo, bajo la camioneta. El uniforme era oscuro, el del soldado, y el cadáver yacía de espaldas con las botas, casi blancas al sol de mediodía, apuntando hacia arriba. Mientras, el hombre estaba cómodamente sentado en su casa, con unos calcetines cálidos en los pies y bebiendo zumo de naranja de un vaso pesado y viendo al muerto en la fotografía en color. La imagen le cortó la respiración, a solas en casa. Examinó la fotografía en busca de sangre: ¿dónde habían disparado al soldado? No se veía sangre. Pasó la página, intentó seguir adelante, pero pronto regresó a la fotografía y miró si el encuadre incluía a algún ciudadano del país lejano. No los había. El hombre se levantó. Contempló el humo que emitía una fábrica en el horizonte. ¿Por qué se sentía perturbado? Se sentía pegado, robado, violado. Si matasen y mutilasen a un soldado en su propio país, el hombre no sentiría la misma repulsión. No se siente así cuando se entera de que han chocado dos trenes o que en Missouri una familia se ha ahogado dentro de su monovolumen en un lago en diciembre. Pero esto, en otra parte del mundo, este soldado arrastrado fuera del coche, este soldado solo, su cuerpo muerto sin rastro de sangre en el

suelo y bajo una furgoneta... ¿por qué le pone los pelos de punta, por qué lo siente como algo tan personal? Ahora el hombre se siente así en casa demasiado a menudo. Se siente como excavado, recubierto, desecado. Sus ojos notan la tensión de tratar de ver en la oscuridad durante demasiado rato. El hombre está contemplando el humo de la fábrica y, aunque ese día podría hacer infinidad de cosas, no hará ninguna de ellas.

EL ÚNICO SIGNIFICADO DEL AGUA OLEOSA

Pilar no estaba superando un divorcio ni una infidelidad ni un fallecimiento. No huía de nada. Un día voló a Costa Rica en dos aviones, uno desde Champaign y otro desde Miami, porque tenía tiempo libre y su viejo amigo Hand estaba allí o bastante cerca. No hay casi nada triste en esta historia.

Pilar: no tiene nada de latina, que ella sepa, pero desde muy joven amigos y desconocidos le han dicho que su nombre es latino o lo parece. Siempre le avergüenza admitir, pese a haberlo admitido cientos de veces, que nunca ha comprobado el origen de su nombre, su significado ni nada al respecto. Su piel es del color de la madera clara, se broncea fácilmente y tiene el pelo oscuro, lo que refuerza el supuesto de su latinidad a pesar de que sus padres siempre le han asegurado que es irlandesa, solo irlandesa —tal vez con algo de escocesa y quizá con un toque alemán—. Aunque con el pelo recogido en una coleta y sus largas piernas, larguísimas para una mujer que no alcanza el metro setenta, recuerda sobre todo a las imágenes populares de Pocahontas. Siempre quiso que corriera sangre nativa por sus venas, igual que todos, porque de un modo estúpido cree que con esa sangre vendría también la nobleza, así como las excusas para hacer mal las cosas o no hacerlas en absoluto, para hacer lo que quisiera. Pero en cambio es irlandesa o puede que incluso galesa pero de manera intangible y, por tanto, nació sin las penurias de sus ancestros más recientes y ha tenido que sonreír agradecida o crear cosas buenas de la nada o tal vez solo salvar a la gente de enfermedades de la piel. Pilar es médica, joven, dermatóloga. Su profesión no interviene en esta historia.

PILAR CAMINABA: con los dedos de los pies apuntando al noroeste y al nordeste, como una bailarina.

PILAR REÍA: de manera ronca, fuerte, mientras devoraba con los ojos.

PILAR SABÍA: cuando algo iba a ocurrir y cuando no ocurriría.

Hand estaba en Granada, Nicaragua, para una estancia de seis meses y animaba a que fueran a visitarle. Trabajaba para Intel ocupado en algo que Pilar en realidad no entendería jamás, ni siquiera aunque lo intentara, lo que

no ocurría porque opinaba que su cerebro estaba destinado a cosas más coloristas. Intel se había asentado en Centroamérica y rotaba a consultores jóvenes hispanohablantes como Hand durante uno o dos años. Pilar no lograba imaginar qué podía saber Hand que Intel Nicaragua necesitara pero, una vez más, se trataba del tipo de asunto habitual en Hand: bien pagado, poco exigente, imposible de explicar. Pilar aceptó la invitación de Hand pero no se pusieron de acuerdo en cómo ocuparían la semana. Hand, harto de Nicaragua, quería pasar una semana en Costa Rica practicando surf y contemplando a las mujeres correr por la arena mojada y llana. Pilar quería ver Nicaragua porque, por lo visto, todo el mundo conocía Costa Rica pero no sabía de nadie que hubiera puesto un pie en Nicaragua. Nicaragua sonaba peligroso; a Pilar le gustaba la palabra «Nicaragua». ¡Nicaragua! Sonaba a una clase de araña. Por ahí va, está debajo de la mesa... ¡Una nicaragua!

Hand se salió con la suya. Irían a hacer surf a Costa Rica, en la costa del Pacífico. Pero a Pilar no le importó. De todos modos, le contaría a todo el mundo que había estado en Nicaragua.

En San José la humedad la cubrió con su sinfín de manos enguantadas. Pilar alquiló un coche y enseguida se equivocó de dirección, se encaminó al centro de la ciudad cuando quería hacer justo lo contrario. Debían de estar a treinta dos grados y se encontraba en el distrito financiero, lleno de productos electrónicos de baratillo y hombres que vendían de todo en unos carritos de aluminio blanco. Había agencias de alquiler de coches, bancos y estudiantes. Grupos de peatones correteando entre el tráfico. Edificios de oficinas del tipo Mecano de acero y cristal propio de los años sesenta, endeble y olvidables. La calle tenía cinco carriles de ancho y estaba atestada pero no parada. San José parecía Los Ángeles en el año 1973 y Pilar se entretuvo por la ciudad presa de una extraña excitación sexual. Tal vez fuera el calor. O quizá el ajeteo de las aceras. Miraba a las mujeres al otro lado del parabrisas y ellas le devolvían la mirada. Encontró una emisora de habla inglesa que emitía el tema de Michael Jackson «Rock with You» y se sintió a punto de estallar. Era feliz, y desde hacía unos años era capaz de reconocer esa sensación, esa felicidad tonta, dondequiera que la encontrara y cualquiera que fuera su causa. Cuando la gente le preguntaba cómo estaba, contestaba que feliz, y algunos se enfadaban. El tráfico avanzaba hacia el centro y ella se movía toda entera, piernas, brazos y cuello, al son de Michael, quien estaba segura de que le

gustaría si llegara a conocerle. Pilar le comprendería y los dos se reirían sin parar de nada, de pie en la cocina del cantante.

HAND HABÍA: amado a tres de las mejores amigas de Pilar y ella lo sabía todo.

HAND DEJARÍA: este mundo y a todos sus habitantes si le dieran la oportunidad de permanecer unos minutos en el espacio.

HAND LLORABA: al leer noticias sobre hombres injustamente encarcelados que liberaban con cuarenta años de edad y que recorrían las calles sin rencor.

Pilar logró salir de la ciudad y condujo en dirección oeste a través de los peajes del aeropuerto y tomando luego las curvas de doble sentido, cientos de giros por las colinas que la obligaban a esperar detrás de innumerables camiones y por donde todos avanzaban muy despacio. El campo se veía limpio, verde y exuberante y todo estaba en venta. En el aeropuerto vendían propiedades inmobiliarias; en la agencia de alquiler de coches, presente en todas las gasolineras, ingeniosos carteles y folletos caseros ofrecían propiedades a quien las quisiera, frente a la playa o en las llanuras: en cualquier lugar a lo largo de la carretera había solares y casas disponibles. Los costarricenses se enorgullecían de lo que habían creado —la nación más segura, predecible y apta para el turista de toda Centroamérica—, y ahora que la fruta estaba madura la llevaban al mercado. La carretera estaba infestada de utilitarios deportivos y autobuses. Pilar esperaba encontrarse todo tipo de cacharros y carretas de madera cargados de fruta, pero se veían muy pocos. El país bullía de espacio, cielo y luminosos coches nuevos de neumáticos negros y limpios. Hacía calor, pero entre el sol y la copa de los árboles avanzaba veloz una capa de nubes que proyectaban sombras negras sobre las hojas.

NUBES BAJAS Y RÁPIDAS: No me queda mucha vida por delante.

COPAS DE LOS ÁRBOLES, REDONDEADAS Y AGRESTES: Es probable.

NUBES BAJAS Y RÁPIDAS: Nunca alcanzo ni siquiera el mar. Ya veo dónde acabaré.

COPAS DE LOS ÁRBOLES, REDONDEADAS Y AGRESTES: No sé qué decirte.

NUBES BAJAS Y RÁPIDAS: Pero la cuestión es que me encanta avanzar así aunque sé que no lo conseguiré.

COPAS DE LOS ÁRBOLES, REDONDEADAS Y AGRESTES: Volar tiene sus ventajas.

NUBES BAJAS Y RÁPIDAS: Pero el pensamiento es mala compañía.

Pilar se había citado con Hand en Playa Alta porque allí, según él, las olas eran indulgentes y no demasiado grandes, el agua cálida y la playa casi desértica. Hand había asegurado que la playa parecía vacía incluso cuando estaba a reventar. También había dicho que era una playa llana y grande, y ella se había avergonzado porque sabía que Hand diría «playa» en español en cualquier playa situada en un país de habla hispana. Hand le encantaba. Era ridículo.

No hay modo ni razón alguna para explicar con sutilezas por qué Pilar estaba en Costa Rica. A los treinta y un años seguía soltera y Hand era uno de sus escasos amigos de siempre que seguía sin casarse y el único atractivo con el que nunca se había acostado. De manera que, cuando colgó el teléfono después de hablar con él hacía cinco semanas, supo que se acostaría con Hand en Alta y también lo tenía presente mientras iba en el avión y durante el trayecto en coche por la costa.

¿La entristecía en modo alguno lo predecible del resultado? ¿No resultaba romántico? Decidió que no. El sexo y las cosas como el sexo —las cosas que la gente finge lamentar— no tenían nada que ver con decisiones tomadas en caliente. La decisión se toma al salir de casa, al subir al avión, al marcar un número de teléfono.

Pilar llegaría a Playa Alta con la esperanza de que Hand conservara el aspecto que a ella le gustaba: flaco, bocazas, pulcro. Pasarían el primer día fingiéndose solo amigos, apenas rozándose los brazos. La segunda noche beberían durante la cena y después de la cena, entre surferos descamisados y con rastas, y dormirían juntos de un modo civilizado, de prueba. Hasta ahí era seguro porque Pilar ya lo había hecho antes —con Mark en Toronto, con Angela en San Diego— y nunca se producían variaciones; solo en el período subsiguiente cabían alteraciones. Con Hand, después podían producirse cambios muy pequeños en el afecto y el respeto que se profesaban: ella era demasiado cuidadosa y él demasiado flexible. En cambio con Mark, Pilar había tenido que tolerar referencias frecuentes a su fin de semana juntos, tanto las casi divertidas —«¡Te vi desnuda!»— como las que a él le servían de alivio personal —«¿Qué llevabas puesto ese fin de semana? Recuérdamelo. Espera, un momento...»—, pero en el caso de Hand sabía que sería algo afable, incluso olvidable, si no se convertía en otra cosa. Pero ¿querrían continuar con lo del sexo? Esa es la única cuestión, así de simple. Y dependía de muchos factores: ¿haría Hand algo raro con la lengua? ¿Su cuerpo desnudo tenía algo desastrosamente extraño? ¿Se movía con torpeza cuando estaba desnudo? ¿Lloraría (Mark) o se volvería cruel (Angela)? Podía tener las

piernas demasiado blancas o delgadas, o el pene morado o demasiado estrecho y la boca demasiado...

Esta historia no trata del enamoramiento de Pilar y Hand.

Una vez cerca de Alta, la carretera pasaba de tener dos carriles pavimentados a reducirse a una pista polvorienta y plagada de baches. Los coches en ambos sentidos serpenteaban y trataban de esquivarse mientras los pasajeros en su interior se apuntalaban al techo con las manos. La cosa siguió igual durante dieciséis kilómetros, así que a Pilar le pareció que los árboles y las granjas tardaban horas en dejar paso a las casuchas y tiendas que anunciaban Alta. Primero vio una combinación de bar de zumos y galería de arte llamada Forget It, Sue. A continuación un centro de reciclaje. Más solares en venta. El lugar seguía siendo primitivo y la carretera de tierra. Niños descalzos en bicicleta o ciclomotor adelantaban a los coches, esquivando mejor los baches de la carretera, mientras bolsas de plástico a rayas azules cargadas de comida hacían que los brazos de las mujeres llegaran hasta el suelo. Justo pasado el Best Western, a la derecha del camino, una delgada hilera de árboles escondía la playa, ancha y lisa, que se extendía con un suave oleaje en un delta donde atracaban varios botes de madera medio podrida.

Se habían citado en un hotel llamado Shangri La, que se elevaba por encima de la avenida principal, sin nombre. El pueblo no había bautizado ninguna de sus calles, pero se distinguía la arteria principal, con una longitud de tres manzanas urbanas, en la que se encontraban la mayoría de las tiendas y los restaurantes del lugar. El Shangri La, sobre la colina, era blanco y relucía como un monumento recortado contra el cielo azul cerceta. Se cernía sobre un pequeño jardín lleno de iguanas, serpientes y ratones, cuya terraza se adentraba con bravura en el océano.

El propietario, un alemán atlético y bronceado llamado Hans, le dio las llaves e instrucciones para encontrar la habitación número 5 y, mientras subía las escaleras y luego cruzaba la terraza dejando atrás la piscina, con una vista absurda a su izquierda de un gran y ridículo Pacífico, bajo un sol vacilante y olas que acercaban alegremente a los surfistas, Pilar tuvo la impresión momentánea de que en realidad no estaba haciendo todo eso, sino que de hecho seguía en Chicago, o incluso en Wisconsin, y se lo estaba imaginando: que se limitaba a habitar una fantasía inventada, pongamos, durante un almuerzo en la penumbra de la zona de ensaladas del Wendy's. Ciertamente, resultaba más plausible que la realidad de ese momento, donde Pilar paseaba

descalza alrededor de una piscina en forma de gatito acurrucado y bordeada de baldosas naranjas y azules pintadas a mano y, de camino a la habitación, saltaba por encima de dos surfers de piel color teca tumbados en sus esterillas y recorría un largo pasillo blanco entre geckos que correteaban por el techo de un hotel costero situado en una colina de Costa Rica, donde se hospedaba Hand, al que conocía desde hacía diecisiete años y que seguía vivo, y no solo vivo, sino que estaba allí.

A Pilar le preocupaba tener la espalda empapada de sudor del viaje, que Hand notara la humedad y le horrorizara. Pero cuando Pilar abrió la puerta y los dos se abrazaron y tocaron, él estaba igual de mojado que ella. Hand olía dulce, a piña. Pilar notó la barbilla caliente contra su hombro, el pelo húmedo.

—No tienen aire acondicionado —explicó Hand. Lo dijo con un acento español gutural. Pilar deseó que dejase de hacerlo.

—Oh.

—Aquí hace muchísimo calor —insistió con acento español, luego suspiró y desistió.

La habitación era de techos altos y abierta, con cocina, rincón para desayunar y un dormitorio separado por unos escalones. Un ventilador giraba en lo alto, golpeando la cadenilla de encendido cada dos o tres vueltas. La terraza daba a la piscina y al pueblo, y al fondo se veía el océano. Pilar no se lo creía.

—Esto es de locos.

—Lo sé —convino Hand, hablando ahora con su acento habitual. Pilar lo conocía desde séptimo curso.

El suelo estaba enlosado. El lugar entero lo estaba. Pilar se había acostumbrado a suponer que los hoteles tenían todos moqueta.

—Aquí lo de las baldosas es de lo más corriente —explicó Hand—. En cualquier lugar al sur de Texas es así.

Había un desatascador en un rincón con el mango exactamente igual que un consolador. Pilar pensó en bromear sobre el tema más adelante. Hand estaba de pie en el rincón. Una ráfaga de aire se coló por la ventana abierta y sacudió las campanillas que colgaban sobre el umbral de la puerta.

Pilar se acercó a Hand, le abrazó por la cintura y aspiró su aroma. Cerró los ojos e imaginó su vieja cocina cubierta de un papel estampado con enanos de la Disney e inflado por el calor y la humedad.

Dejaron el equipaje en la habitación y bajaron las escaleras de piedra blanca. Fuera, bajo la luz de sorbete con la que pronto, con total indiferencia, el día daría paso a la noche, se veían varios caballos. Cuatro, colina abajo: uno quieto en mitad del camino, dos sentados entre las altas hierbas grisáceas del borde de la carretera y el cuarto, blanco (los otros eran negros), de pie junto al seto del hotel que crecía a la izquierda de la puerta de cerezo del establecimiento. Pilar y Hand buscaron a los dueños de los caballos. Los animales iban herrados pero sin montura ni brida. Cuatro caballos, desolados, solos. Cada uno de ellos miró fijamente a Pilar y a Hand, dos personas de Wisconsin.

—Casi me olvido de que venías —dijo Hand.

Charlaban de pie mientras los caballos los observaban.

—¿Qué quieres decir? —Pilar se estaba rascando la coronilla con un dedo en movimientos circulares.

—No sé. —Titubeó un minuto, rectificando, explicando que había esperado con anhelo la visita de Pilar, pero que durante el último día la había olvidado.

—¿Te olvidaste de que llegaba hoy o simplemente de que llegaba?

—Tienes el pelo oscuro.

—Donde vivo es invierno. No piensas contestarme.

—¿Yo era tan moreno?

—No lo sé. ¿Lo eras?

Pasearon junto a los caballos, que los observaban con moderado interés. Pilar no sabía qué cabía esperar de los animales. No tenían nada destacable a simple vista, pero le provocaban escalofríos y no sabía por qué. Rara vez había visto caballos sin amo ni fuera de un cercado y le parecían enormes, vigorosos y en tensión. Estaba embelesada por los caballos, por la novedad de tenerlos tan cerca del hotel, pero a la vez quería que se marcharan. El tamaño de sus ojos implicaba una inteligencia amplia pero concentrada y Pilar imaginaba que aprovecharían la menor oportunidad para colarse en las habitaciones y asesinarlos a los dos.

—Hay una mujer que corre por la playa todas las noches —dijo Hand.

Pilar esperó a que añadiera algo más acerca de la mujer o sus carreras: algo que diera sentido a la historia. Nada. Hand la miró y luego bajó la vista.

—Hay algunas rocas cerca de la playa con las que debes tener cuidado al nadar —dijo Hand—. ¿Te apetece ir a nadar?

A Pilar no le apetecía. Quería comer algo.

El camino de tierra estaba tachonado de rocas pequeñas y grandes, y donde no las había se volvía polvoriento e irregular. El trayecto hasta la playa no era largo, pero sí excesivo. Tras un viaje de miles de kilómetros para alcanzar el agua, incluso un pequeño paseo de cinco minutos resultaba cruel. La playa, una vez cobijados bajo una maraña de árboles, era ancha y llana; la marea, baja. Una mujer corría por la arena seguida de cerca por su perro, que de pronto brincaba como una marioneta de la que tiraran hacia delante. Pero por lo demás el lugar estaba desierto, cosa buena.

—¿Esa es la mujer?

—Creo que sí.

—¿Hay más mujeres que corran de noche por la playa?

—No lo sé. Pero está oscuro.

Pilar quería abrir estómagos con un cristal.

Hand era bastante alto y de buena complexión, de pectorales fuertes y planos y brazos tonificados y morenos. En el instituto nadaba. Pero también tenía un aire de locura rural que percibía todo el que le conociera. No siempre se notaba: solo cuando una cuestión atenazaba su mente y Hand, como Lassie y el pozo, no conseguía transmitir su urgencia pese a intentarlo. La suya era una mente ágil que solo dormía superficialmente —si es que dormía—, pero cierta cualidad andrajosa de su cerebro contrastaba con la atención que prestaba a lo que él consideraba hechos y datos de suma importancia. Guapo de un modo que en ocasiones resultaba soso, no carecía de cierto carácter —un tenue hoyuelo en la barbilla, lóbulos de las orejas caídos pese a que nunca había llevado pendientes, algunas canas entre el pelo rubio— que le proporcionaba ventajas que conocía bien. Las patillas habían ido y venido y ahora volvían a estar presentes, lo cual era un error.

Durante los últimos años había viajado muchísimo, desde que un viaje con un amigo común, ya fallecido, le llevara a descubrir la mitad del globo en una semana.

Recorrieron la calle principal arrastrando los pies en busca de un lugar para comer. Había una bodeguita minúscula que vendía el *Miami Herald* del viernes anterior. Algunas casitas. Una tienda que solo vendía toallas, la mayoría con estampados de pájaros y monos. Encontraron un restaurante con luces navideñas colgadas del techo y lleno de adolescentes estadounidenses, todos ellos grandes —los chicos más que las chicas— y con camisetas enormes que cubrían sus pechos rollizos. Pilar y Hand se sentaron y, en

respuesta, un gato gris de pelaje exuberante salió pitando de los pies de la pareja y se encaramó a un pequeño techo de hojalata.

Llegó la camarera. Dijo «Buenas noches». Ellos le devolvieron el «Buenas noches». Hand comentó algo en español que provocó una risotada de la camarera. Mientras ella reía, Hand añadió algo más en español y la camarera se rió todavía más. La chica apoyó la mano en la mesa durante un segundo. Miró a Pilar; se lo estaba pasando en grande. Pilar no tenía ni idea de lo que ocurría. ¿Qué había dicho Hand? Hand era un desmadre.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Pilar en cuanto se fue la camarera.

—¿A quién?

—A la camarera. ¿Qué era tan divertido?

—Nada, en realidad.

—Pues se partía de risa. ¿Qué le has dicho?

Hand no tenía intención de contarlo.

Comieron pollo y arroz y se limpiaron la boca con las toallitas triangulares azules que les ofrecieron. El gato regresó y se frotó contra las espinillas de Hand, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, con tal insistencia que empezó a resultar inapropiado.

CANCIÓN NO CANTADA A HAND: Hay cosas de ti / como tu cintura ancha que / me repelen, pero tus labios al reír / me conmueven, y tus hombros morenos / me elevan unos centímetros del suelo. / Quiero darte un sonoro bofetón. ESTRIBILLO: Quiero subirme a tu espalda y montarte como a una mula. / Quiero subirme a tu espalda y montarte como a una mula. / Quiero subirme a tu espalda y montarte como a una mula. SEGUNDA ESTROFA: Eres de los que gobernaría un país pequeño / si quisieras, pero no quieres / porque en parte eres raro / pero posees el encanto del líder, / del actor que primero fue carpintero, / de alguien que aún juega al lacrosse el fin de semana / con los amigos de siempre. / Creo que tus labios son demasiado finos, / que tienes los ojos demasiado juntos, / quizá nuestros hijos fuesen feos / pero eres un hombre, y en el mundo quedan muy pocos. ESTRIBILLO: Quiero subirme a tu espalda y montarte como a una mula. / Quiero subirme a tu espalda y montarte como a una mula. / Quiero subirme a tu espalda y montarte como a una mula.

Después de comer pero antes de levantarse de la mesa, Hand dijo:

—Me apetece hacer salchichas.

Pilar fingió estar concentrada en el gato sobre el tejado de hojalata.

—Venden unas maquinitas que sirven para hacer salchichas —continuó él—. Compras el pellejo y luego embutes la carne. Ternera, cerdo, grasa,

especias. ¿Alguna vez has hecho salchichas?

Pilar negó con la cabeza. Hand la miró fijamente, brillante, loco y atractivo.

—Hay montones de cosas así, cosas que puedes aprender a hacer. Como galletas saladas. O puertas. La gente normal puede aprender a hacer esas cosas. Almohadas. Mi madre empezó a hacer almohadas el año pasado. Lleva hechas unas ochenta.

Regresaron por la calle principal. Estadounidenses, canadienses y suizos se entrecruzaban en la calle; algunos miraban de pie los televisores instalados en los bares al aire libre que retransmitían confusos partidos de baloncesto universitario sin sonido. Parejas tostadas por el sol y vestidas de algodón blanco acariciaban bolsas en las tiendas de recuerdos. Los surfistas esperaban en los bancos de las dos únicas cabinas. Niños de unos doce años del lugar pasaban a toda velocidad en sus ATV, tres por vehículo, luciendo inmensas y blancas sonrisas.

Pilar enumeró las razones para dormir con Hand: porque sentía curiosidad por acostarse con él, curiosidad por verle desnudo; porque le quería; porque acostarse con él sería una prolongación buena y natural del amor filial que sentía por él; porque existía la posibilidad de que fuera tan bien que cambiaran de opinión uno acerca del otro y pensarán en ellos como en una pareja; porque negar la curiosidad por este tipo de cosas era de persona tímida y apocada y ella no era ni una cosa ni otra ni quería serlo jamás; porque Hand tenía unos brazos maravillosos, unos tríceps que le cosquilleaban en los costados y le tensaban el pecho; porque no le atraía demasiado cuando estaban separados —nunca había pensado en él estando en la bañera o echada en la cama—, pero en su presencia no quería andar ni comer, quería estar desnuda con él, bajo una sábana sucia en una casa prestada. Quería cogerlo por los hombros; quería pasear con él por la nieve; quería acudir con él a los funerales; quería que él fuera el padre de sus hijos y también su padre o su hermano; quería todo esto sin dejar de querer ser libre; quería acostarse con otros y llegar a casa y contárselo a Hand. Quería vivir una vida con Hand y otras tres simultáneamente.

En el hotel, los caballos: dos estaban sentados en la hierba, como si esperaran pacientes pero apremiantes; el blanco brillaba débilmente, como una estrella en el techo del dormitorio de un niño. El tercero y el cuarto estaban de pie en el camino, junto al seto, con su negro pelo reluciente.

CABALLOS: Nunca sale como lo planeamos.

SOMBRAS DE LOS CABALLOS EN EL CAMINO POLVORIENTO: Ojalá pudiera hacer algo más.

CABALLOS: Queremos violencia, de modo que podamos patear y despedazar el mundo.

SOMBRAS DE LOS CABALLOS EN EL CAMINO POLVORIENTO: No puedo ayudarlos.

CABALLOS: Solo necesitamos la chispa.

SOMBRAS DE LOS CABALLOS EN EL CAMINO POLVORIENTO: Cuando ocurra, decidme qué debo hacer.

—Por Dios —dijo Pilar.

—Quizá vivan aquí —dijo Hand.

Los caballos no tenían ningún valor simbólico.

Pilar quería describirle a Hand más o menos cada veinte minutos qué sentía estando allí con él. Estaban juntos en la habitación, que tenía techo y estaba caliente. Estaban vivos a pesar de que ninguno de los dos podría haber predicho con seguridad que alcanzarían la edad que tenían —la gente volaba en avión y conducía coches muy bebida y cada vez que se separaba o alejaba de la familia o los amigos parecía muy probable que fuera la última; en cierto sentido era más lógico morir o desaparecer—. Ella no había crecido pensando que la gente —sus padres estaban siempre en casa— podía marcharse lejos, repetidamente, por todo el planeta, comenzando y finalizando vidas en otra parte y luego reencontrarse.

Quería frotarse con bananas. Quería abrir paraguas en la cara de los gatos para que maullaran y echaran a correr. ¿Cómo podía dormir con Hand en esa habitación? Si iba a ser la única vez, quería espejos por todos lados para poder recordarlo desde docenas de ángulos diferentes.

Pero no sería esta noche porque él todavía no la había besado en la frente. Aunque ocurriría. Mañana uno de los dos encontraría una excusa para abrazarse al otro y permanecerían abrazados demasiado rato, comentando lo bien que están aquí, y él se retiraría unos centímetros para besarla en la frente. Y el resto llegaría enseguida. Pilar se imaginaba su pene cruzando la habitación hasta su interior y luego atacando, dentro y fuera. Montada, con la cabeza de Hand contra la pared.

Hand se quedó en el sofá y Pilar en la cama y los dos durmieron al son de los grillos y del tictac del ventilador excesivamente entusiasta del techo.

La mañana llegó jubilosa y prepararon tostadas. El camino de tierra se veía blanco bajo la luz del sol. Todo era blanco. Como si a Pilar le hubieran limpiado los ojos de pigmentos.

En una tienda oscura, construida para simular una cabaña de paja, alquilaron dos tablas de surf y la mujer, de pelo anaranjado, rostro ovalado y origen australiano, les indicó el sendero más cercano hacia el mar, al otro lado de la calle, detrás de la arena dorada.

Cruzaron el camino de tierra blanca con las tablas a cuestas y se adentraron en el sendero de arena suave y cenicienta. Entre enjutos árboles retorcidos y pasada una casa de techo de hojalata, la playa se extendía a izquierda y derecha, plana y dura, de modo que con la marea baja recordaba un aparcamiento gris marronoso. Cerca del agua la arena estaba mojada y reflejaba el cielo azul, amplio y musical, con inmensas nubes de base recta.

Ya había montones de surfistas en el agua, solo frente a ellos se distinguía una decena y otros diez unos cientos de metros a la derecha. Las olas eran pequeñas y había niños jugando donde no cubría el mar. Cerca de la orilla, con rocas a la izquierda, la gente practicaba bodyboard. Pilar le puso loción en la espalda a Hand y él a ella. Mírale, pensó Pilar. Tiene una cara fuerte. ¡Qué haría un hombre sin mandíbula!, se preguntó. Hand tenía la piel de la espalda tensa y suave. Tenía cuello aguileño, si es que algo así era posible. Pilar intuía que el cuello de Hand contenía todo un mundo lleno de futuros líderes, cada uno de ellos con mil promesas factibles.

Pilar no sabía surfear bien. Sabía chapotear. Sabía tumbarse en una tabla y mantener el equilibrio y apoyar la cara en su suave y fría superficie de fibra de vidrio mojada y descansar. Estaba a gusto así. Y cuando llegaban las olas sabía hacer algunas cosas. Sabía levantarse. Sabía mantenerse en pie, girar un poco (solo hacia la derecha) y mantener el equilibrio unos segundos.

Pero ese día todo lo que ocurriera más cerca de la orilla le resultaba difícil. Le preocupaba sostener correctamente la tabla. Le preocupaba si había cogido correctamente la tabla alquilada al retirarla de la estantería. Se preguntaba si debía transportar la tabla con la parte ligeramente cóncava hacia fuera, alejada de la cadera o al revés. Le preocupaba si debía atar la tira de velcro del tobillo, que iba unida a la tabla y evitaba que esta se alejara cuando el surfista se caía, mientras estuviera en la tienda de surf, una vez pisara la arena o cuando el agua le mojara los tobillos. No sabía si la tabla, en los

momentos de descanso, debía dejarse en la arena con el alerón abajo o arriba. Le preocupaba que si hacía mal cualquiera de todas estas cosas se rieran de ella o la señalaran y la echaran.

Por tanto observaba. Observaba a los otros cuando alquilaban las tablas para ver cómo las retiraban de la estantería. Observaba para ver cómo las cogían, las transportaban, cuándo se ataban las correas de los tobillos. Y hacía lo que veía hacer a pesar de que, con frecuencia, los otros tampoco tenían ni idea. Todos eran novatos, todos fingían: por eso alquilaban las tablas y no tenían una en propiedad, y por eso hacían surf allí, en Alta, donde las olas eran pequeñas e indulgentes y el agua estaba caliente como el interior de una ciruela.

DIOS: Te poseo como poseo las cuevas.

EL OCÉANO: Ni por asomo. No hay punto de comparación.

DIOS: Yo te creé. Puedo domarte.

EL OCÉANO: Tal vez hubo un tiempo en que así fuera. Pero ahora, no.

DIOS: Descenderé sobre ti, te congelaré, te romperé.

EL OCÉANO: Me desplegaré como las alas. Soy mil millones de plumitas minúsculas. No tienes ni idea de lo que me ha pasado.

Pilar y Hand entraron en el agua, a la misma temperatura que el aire, y Hand se dobló por la mitad, hundió la cara en la espuma y se incorporó con la cabeza empapada. Se apartó el pelo de la cara y miró a Pilar, y Pilar supo que hay personas que, aunque parezca mentira, son más guapas mojadas.

—El agua está muy buena —dijo Pilar.

—La mejor que conozco.

Se adentraron remando con manos y pies. Las olas no eran grandes pero el proceso resultó más cansado de lo que Pilar recordaba. El oleaje la obligó a retroceder seis veces y para cuando alcanzó la zona de aguas tranquilas estaba exhausta, le dolían los tríceps y arrastraba los pies como los niños en los museos.

Pilar y Hand estaban sentados a horcajadas en las tablas, atisbando el horizonte en busca de olas que se acercaran.

Llegó un buen oleaje, de casi dos metros de altura, y Hand se levantó con un par de brazadas potentes. Pilar le vio partir hacia la playa. Desde atrás parecía que montara una escalera mecánica muy rápida. O una cinta

transportadora. Una cinta transportadora perseguida por una ola. Desde atrás Pilar solo veía la curva de la cresta de la ola, que oscurecía la mitad inferior de Hand. Ella le miraba y él se alejaba cada vez más. Hand adoptaba una buena postura sobre la tabla; erguido con las rodillas ligeramente flexionadas y algo echado hacia atrás, su silueta formaba una diagonal perfecta.

Luego regresó, chapoteando veloz, sonriente. Se colocó junto a Pilar y se sentó en la tabla.

—Ha estado muy bien —dijo Hand.

—Eso parecía.

A Pilar le gustó lo que Hand había hecho, pero por el momento se conformaba con permanecer sentada. O incluso tumbarse. Llevaba medio día en ese pueblo, se había pasado una hora despierta por la mañana y estaba dispuesta a descansar un poco más, incluso allí mismo, en el agua. Se despezó sobre la tabla y apoyó la mejilla en la fría y cremosa fibra blanca; la cera, salpicada de arena, le rascó la cara. El agua saltaba por encima de la tabla y la besaba. Decía «shucashuca» y la besaba. Podría dormirse allí mismo. Probablemente podría vivir donde estaba, en la tabla, con la espalda ardiendo. No había ninguna diferencia entre descansar la cara en la tabla y apoyarla en el estómago de su madre cuando era niña, no había diferencia entre notar sus pechos aplastarse contra la tabla y notarlos aplastarse contra las espaldas de los hombres. Le gustaba dormir así, con hombres boca abajo y sus pechos apoyados en espaldas masculinas. Nunca funcionaba: en realidad en esa postura nunca se dormía, pero le gustaba intentarlo.

Con un ojo veía a Hand, todavía enderezado, oteando el mar. A la derecha de la playa, a lo lejos, una montaña del color del brezo asomaba como un cuerpo roto.

—¿Vas a coger alguna ola o qué? —preguntó Hand antes de hundir la cabeza en el mar y sacarla otra vez con muy buen aspecto, cual testa perfecta de maniquí empapada en aceite de cocina.

—Claro. Perdona.

—¿Necesitas un empujoncito?

—Ja. Sí. Ja.

Pilar tenía que intentarlo. Volvió a sentarse erguida. Esperaron, a horcajadas los dos, escudriñando el horizonte azul en busca de alguna sinuosidad.

Se acercaba una.

—Coge esta —dijo Hand.

—Ya sé.

Pilar giró la tabla, recostó en ella el pecho y empezó a remar. En tres brazadas igualó la velocidad de la ola. Se dejó elevar y dominar por el agua. La ola llegó con el mismo crujido que un papel al arrugarse. Pilar y su tabla se alzaron por encima de la tierra medio metro, metro y medio, casi tres metros. El agua la transportó en su cristal curvado y Pilar remó más fuerte mientras la arrastraba hacia arriba y la ola se afilaba debajo de ella. Dos brazadas más, con ambos brazos a un tiempo, y descendió. Sabía que el descenso era clave. Si no adquiría suficiente velocidad o se desincronizaba, la ola que tenía debajo aceleraría y la vería alejarse de ella igual que se ve encoger la parte trasera de un autobús que acabas de perder. Pero si iba rápido o empujaba en el momento adecuado, bajaría con la ola y la tabla aceleraría rápidamente, se convertiría en un coche, y Pilar se pondría de pie de un salto y la tabla le parecería tan sólida como una viga de acero de color crema, lisa y de doble ancho.

Cogió la ola. La tabla era fuerte; Pilar saltó, viajaba de pie hacia la orilla: se había subido al autobús. A sus pies reinaba la locura, todo era espuma y ruido, un torrente de pavimento blanco. Experimentó un instante de éxtasis — ¡de pie!, ¡mira qué sol, qué montañas, como un cuerpo roto o reclinado!— y luego comprendió que tenía trabajo. La ola venía rompiendo desde su derecha y Pilar sabía que solo disponía de un segundo si no intentaba girar a la izquierda y trataba de cabalgarla. Si giraba podría mantenerse un minuto más, quizá disfrutara de un minuto entero para seguir de pie sin caerse. Había visto a gente cabalgar así durante minutos, siempre de pie, arriba y atrás, paseando: los mejores surfistas juntaban las manos detrás de la espalda y subían y bajaban, arriba y abajo, meditando los asuntos del día; una tabla sobre una buena ola resistía tanto que podrían colocar una sillita y una alfombra y sentarse frente a la chimenea...

Pilar quería girar a la izquierda, seguir el cristal curvado hacia lo lejos, y por tanto se inclinó un poco hacia atrás, cargó el peso sobre el lado izquierdo de la tabla presionando levemente el borde...

Hecho. La tabla estaba detrás, había desaparecido. Pilar se zambulló en la espuma y se hundió en el agua. El ruido estallaba en sus oídos. Bajo el agua todo era oscuro y violento. Pilar emergió a tiempo de ver la tabla, que trataba de liberarse pero estaba agarrada al tobillo y se irguió apuntando directamente al cielo antes de caer de nuevo y descansar en un mar de gel verde azulado ahora en calma.

Pero Pilar se había puesto en pie. Eso estaba bien y mal a la vez: el resto del día sería un anticlímax. Disfrutaría como máximo de otras dos o tres

oportunidades buenas con independencia de cuánto tiempo pasara allí. Chapoteó entre la espuma hacia las aguas tranquilas y el sol le secó la espalda casi al instante. Hand estaba sentado a horcajadas, pateando el agua con los pies, esperándola.

La historia trata en igual o superior medida acerca del surf. La gente no es más interesante que las olas y las montañas.

Por la tarde, en la playa dura, con el viento azotándoles, silbando y llenando de arena los bocadillos, Pilar y Hand bizquearon bajo el sol para ver el agua. Habían pasado el día en el océano y ahora lo contemplaban como actores ante una obra que siguiera sin ellos. El océano no los necesitaba.

Hand empezó a aplaudir.

—Pienso aplaudir cada dos minutos el resto del día —aseguró.

Había un hombre haciendo surf con sombrero de vaquero.

—¿Cuál me has dicho que es tu función en la empresa? —preguntó Pilar.

—Soy consultor. Tengo ideas. Les gusta mi cerebro.

—Pero ¿por qué aquí?

—Hablo español. Y me presenté voluntario. Aquí el dinero da para más. Cobramos sueldos estadounidenses pero aquí el coste de la vida es la mitad que en cualquier otro sitio.

—Vale, pero ¿qué hace aquí Intel en lugar de estar en Corea o así?

—También estamos en Corea. Y a lo grande.

—¿Has dicho «estamos»?

—No.

—¡Sí!

El vaquero surfista cabalgaba una ola perfecta, aullando.

Hand se había olvidado de aplaudir. Pilar dudaba de si recordárselo, sabedora de que solo serviría para que aplaudiera más.

—Te has olvidado de aplaudir.

—Mira. No tengo ningún problema con la empresa en sí. Fabrican chips. Los chips son buenos. Están en Granada porque la mano de obra tiene formación, al menos en la ciudad, y trabaja bien. Las infraestructuras son buenas, el aeropuerto está bien, las carreteras funcionan, las comunicaciones son adecuadas, los bancos son seguros, la inflación no está mal y la vivienda es digna, al menos en Granada. Y porque aquí Intel se ahorra los sindicatos de las plantas y el transporte. Muchas empresas se están marchando de Puerto Rico, en primer lugar porque la actividad sindical está creciendo demasiado.

En esencia la población activa es la misma que aquí, pero en esta parte del mundo nadie se involucra en los sindicatos.

Pilar no lograba decidir si el tema le interesaba.

Hand se acordó y aplaudió durante un minuto.

Los caballos volvían a estar fuera, pero paseando por el camino, frente a la casa azul balde donde la mujer alemana, que nada tenía que ver con el Hans del hotel, regaba su jardín lleno de rocas. Un caballo negro arañaba el camino, cabeceando, como si contara.

—Busca agua —dijo Hand.

Pilar entró en la habitación y llenó un cuenco con agua. Regresó fuera; Hand la miró con escepticismo. Pilar se encaminó hacia el caballo. El animal retrocedió y trotó colina arriba. Pilar sostuvo el agua rechazada a la altura del estómago.

Hand se acercó a consolarla. Pero cuando se suponía que debía rodearle los hombros con los brazos, golpeó el cuenco por debajo y lo volcó, a propósito, y le empapó la camisa.

—Vaya —dijo Hand.

Ella le abofeteó en la boca y el ruido seco del bofetón le arrancó una gran risotada.

Había animales por todas partes. Bajo los pies siempre se movía algo: lagartijas, grillos, ratones. Había iguanas. Las veían entre los montones de leña y por el bosque. Entre los árboles escuálidos de debajo del hotel vieron una iguana perseguida por una camioneta amarilla que limpiaba la maleza.

La mujer del mercado tenía el pelo rubio y sucio, como margarina llena de migas. Pilar y Hand compraron helados en un congelador del mercado. Rompieron el delgado plástico reluciente y se comieron primero la cobertura de chocolate y luego el frío helado blanco. El sol lo reblandeció.

Por la noche salieron a correr por el callejón trasero del hotel de al lado, El Jardín del Edén, y por la oscura carretera de tierra que descendía hasta donde unas luces navideñas colgadas de cualquier modo sonreían entre columnas y el tecno hostigaba desde altavoces escondidos entre las ramas de los árboles. La mayoría de los restaurantes seguían abiertos y sus bares estaban

desatendidos. Al final del camino, pasadas las cabinas y los surfistas que esperaban pacientemente en la cola junto a las mujeres del lugar, con sus niñitos a los pies, se detuvieron en el Earth Bar, cuyo logo, mitad corazón mitad globo, pendía sobre la puerta abierta.

Dentro, la gente bebía. Delgados surfistas morenos y hombres blancos sin camisa, jóvenes, con rastas negras, descalzos o en sandalias y siempre con pulseras tejidas a mano y collares de cuentas llenaban el local. Las mujeres eran más variadas. Había muchas del modelo surfista pero también mochileras del tipo escandinavo: pelo rubio blanquecino y biquini, relojes digitales de plástico y quemaduras solares.

Pilar y Hand se apoyaron juntos contra la mesa de billar americano y bebieron cerveza Imperial helada. Las dos primeras bajaron rápido: cayeron en la cuenta del calor que hacía y la sed que tenían. Sacaron las terceras a la terraza, de cara al negro océano. Reinaba una oscuridad cerrada, impenetrable. Charlaron de los hijos que iban a tener sus amigos, de Pete y April y sus trillizos. La última vez que Hand había visto a April y Pete habían dejado a los niños con la niñera de quince años y salieron hasta las tres de la mañana, negándose a desaprovechar la noche. Al llegar a casa habían encontrado a la niñera dormida en el ropero, con todos los zapatos apilados a un lado. Uno de los críos tenía un morado en la espalda del tamaño de una cartera.

—¿En el ropero? —preguntó Pilar, y Hand no dijo nada, o quizá no la había oído. A la historia le faltaban muchos detalles y puso a Pilar de mal humor. Pero de pronto la música subió de volumen y permanecieron callados durante un minuto. Un perro corría en círculo en la playa perseguido por otro perro más pequeño.

Hand atrajo a Pilar hacia él y la abrazó.

—Me alegro de que hayas venido —dijo. Ella se lo agradeció en murmullos. Él la besó en lo alto de la cabeza.

Frente a su habitación de hotel había un oso hormiguero.

—No es un oso hormiguero —dijo Hand, agachándose—. Es un perezoso.

—Los perezosos no tienen la nariz así. No tienen la nariz tan larga.

No se movía, pero el perfil les indicaba que respiraba porque su grueso pelaje subía y bajaba.

—A veces sí —insistió Hand—. Aquí sí. Mírale los dedos de los pies: tiene tres como...

—No sabes lo que dices.

Hand abrió la boca y luego la cerró.

—Quizá sea un oso hormiguero —admitió.

Sangraba. Una sustancia viscosa emanaba de su largo hocico y conectaba con el pasillo de baldosas, era un chorrito de sangre y mocos.

Pilar trajo un plato de leche. El animal no se acercó.

—Está muriéndose, ¿verdad? —preguntó Pilar.

—No lo sé. No parece herido. Solo le sale sangre de la nariz.

Decidieron dejar al animal fuera. En Alta no había ninguna clínica veterinaria y dentro no podían hacer nada por él.

—¿Cómo puñetas habrá llegado hasta aquí? —preguntó Hand—. Apenas puede moverse. ¿Cómo habrá subido las escaleras? Debió de empezar hace semanas. ¿Y por qué se ha parado frente a nuestra puerta? Esto es muy raro. Tiene que haber una razón. Tenemos que meterlo dentro.

De modo que lo metieron dentro. Hand lo hizo.

—Como levantar un gato gordísimo —explicó.

Ahora el oso hormiguero yacía bajo una silla cerca de la puerta. Pilar le acercó el plato de leche y añadió otro de agua. El animal parecía muerto.

—Si se muere esta noche, apestará —dijo Pilar.

—No se morirá.

Hand se sentó en la cama de Pilar y ella se quedó de pie delante de él. Por un momento, Hand siguió contemplando el oso hormiguero. Luego alzó la vista, agarró los pantalones cortos de Pilar por delante y la atrajo hacia él. Pilar se sentó en su regazo y se inclinó hacia él, pero cuando iba a cubrirlo con la boca, Hand habló.

—Está descansando. Ha venido aquí a descansar.

La única pintada que había inducido a pensar a Pilar era la frase que había visto una y otra vez en diversos lavabos: «EL SEXO INVENTÓ A DIOS». Cada vez que la leía y por estúpida que le pareciera, esas palabras condicionaban durante horas su visión del mundo. Le encantaba su vida, pero las únicas experiencias trascendentales que había tenido habían comenzado con la provocación de su piel.

Con el animal inmóvil, Pilar y Hand se besaron despacio, sentados uno junto al otro. Pilar quería besarlo con más fuerza y echarlo de espaldas y subirse a su pecho y bailar, pero no lo hizo porque ahora no podían hablar y eran desconocidos. Continuó besándole en silencio tumbados de costado, de

cara. Esperaban el veredicto, se preguntaban si la cosa estaba funcionando, confiaban en excitarse.

—Hola —dijo Pilar.

—Hey. Deberíamos dejar la puerta abierta. Por si quiere marcharse.

Hand se levantó, abrió un poco la puerta y regresó a la cama de un salto. Pilar le pasó la pierna por encima. Estaba sobre él, a horcajadas, y desde allí Hand parecía lejano, viejo y muerto. Pilar se inclinó y le cogió la cara entre las manos.

—Esta cara —dijo. Era como sostener una piedra pintada de oro.

Se desvistieron y Pilar se tumbó encima de él, apoyó una oreja en su esternón y el agua interior de Hand dijo «shucashuca» y la besó una y otra vez.

¿Dónde había buceado antes? En Florida, cerca de Pensacola: otro lugar donde todo estaba en venta. Había llovido el día entero y Pilar y su padre se habían zambullido igualmente, con equipo alquilado y solo a unos cientos de metros mar adentro.

No habían visto nada, el agua estaba turbia porque se encontraban demasiado cerca de donde rompen las olas. Pero esta vez, en este otro lugar, encontró lo que se espera del buceo. El coral tenía un color apagado y no había bancos de peces. Los peces nadaban solos, llamativos peces azules y otros muy naranjas y pequeños, y también había uno a rayas blancas y negras de punta a punta y rojo por abajo. Había uno particularmente amarillo que quería colarse en la máscara de Pilar. La seguía pegado a la nariz.

Habían remado en un kayak inflable para dos personas bastante chapucero hasta una isla de la bahía con la idea de contemplar el ocaso desde allí, más cerca del sol. Habían arrastrado el kayak a tierra, que en contra de lo esperado no estaba cubierta de arena sino de conchas marinas. La blancura de la isla — desde la playa se veía blanca— se debía a las conchas. Había millones, los matices y distinciones se habían vuelto irrelevantes. Pilar y Hand rompían una docena de ellas a cada paso. La cara externa de la isla que daba al Pacífico estaba colonizada por aves que parecían pelícanos pero no lo eran; eran más elegantes que aquellos y sumarían unos cincuenta ejemplares. La superficie recordaba a la lava pero más cartilaginosa. Tenía la consistencia y el color de la carne quemada.

Retiraron el equipo de buceo del kayak y mordieron plástico que habían ocupado cientos de bocas antes que las suyas. Una vez ceñidas las frías aletas,

se lanzaron al mar.

La marea empujaba de un lado a otro a los peces del fondo. Y aunque estaban en su casa, no parecían acostumbrados en lo más mínimo al viento submarino. Parecían perplejos y cautelosos, como californianos conduciendo bajo la lluvia. Las manos de Pilar, que la propulsaban adelante, aparecieron frente a la máscara relucientes bajo el sol, angelicales. Soy un ángel, pensó Pilar. Pero ¿qué estaban haciendo todos esos peces allí, donde los zarandeaba aquella marea malintencionada? No se podía vivir en un sitio así. Aunque los peces brillantes existían solo para ser admirados o empujados o devorados. Pensó en personas que había conocido. Forzó metáforas. El sol atravesaba la superficie tal como Dios lo había imaginado, en rayos rectos y fabulosos. El agua estaba plagada de peces que había visto en fotografías y tiendas de animales.

Pilar y Hand se habían despertado de cara a paredes opuestas pero con los tobillos entrelazados. Se sonrieron y él alargó la mano y le agarró la nariz como para darle un estirón. Pilar supo que seguirían durmiendo juntos porque la noche anterior había estado bien y no había pasado nada malo. Sería así: por la noche se cepillarían los dientes y se sentarían en la cama y jugarían con las piernas por debajo del fino cubrecamas. Se acercarían a toda prisa, palpando con las manos como los niños cuando se hacen los ciegos.

Por la izquierda de Pilar aparecieron tres tiburones pequeños, rayados, con silueta de avión. Se dirigían hacia ella. Pilar mantuvo la calma, consciente de que estaba a salvo. Puso rumbo a la orilla y se despidió de los tiburones con una ráfaga de aleteos, sus aletas eran pañuelos ondeados al viento. Cerca de la orilla hizo pie en las cálidas aguas superficiales y buscó a Hand mientras resbalaba en las rocas musgosas. No estaba por ningún lado. Pilar quería que lo atacaran los tiburones. Quería sentarse encima de él, en la isla, de cara a la puesta de sol, del color de una herida sanguinolenta.

Pero en la isla había un hombre. Pilar no lo había visto antes. O quizá el hombre acababa de llegar; no se veía a Hand y el hombre la saludó a lo lejos y se encaminó hacia ella. Tendría unos cuarenta años y llevaba un bañador minúsculo y gafas de sol de montura fluorescente y cristal reflectante. Pilar regresó al agua de un salto, sin temer nada de los tiburones. Él la siguió dentro del mar y le gritó mientras se golpeaba en el pecho.

De regreso a la playa, una vez Pilar le contó el episodio y le describió al individuo —Hand no lo había visto—, Hand la regañó por vestir ropas que atraían la atención de los hombres en un pueblo que ninguno de los dos conocía lo suficiente y que no tenía por qué ser de fiar.

—Siempre me he preguntado cómo debe de ser que te consideren una presa —dijo Hand.

Entró en todo lujo de detalles acerca de lo que los hombres del pueblo habían hecho cuando ella pasaba por delante. Había un guarda delante del banco armado con una semiautomática que según Hand miraba a Pilar de arriba abajo, por el derecho y por el revés, cada vez que entraban en el banco o pasaban por delante. ¿Cómo se le había ocurrido ir sin sujetador? Hand quería saberlo. No quería alarmarla, dijo, pero los hombres codician a ciertas mujeres, mujeres que ven a diario. Por tanto le correspondía a ella —fueron sus palabras textuales— esforzarse más en no provocar la mirada de tales hombres.

Pilar se quedó pasmada. Estaba furiosa y confundida y avergonzada y quería aporrearlo y patearlo y saltarle encima de la cabeza.

—Me preocupo por ti, Pilar. No te enfades. Y no pongas esa cara.

Los dientes inferiores de Pilar sobresalían como los de una piraña. Pilar sabía que tenía ese gesto. Le cabreaba que su relación fuera así tan pronto: ya no era libre. Chapotearon y Pilar se concentró en la ladera de la colina. Incluyó a Hand en una categoría nueva. Era *eso*. Es lo que hay, y nada más.

Por las tardes el sol caía tras la línea del océano y el cielo se oscurecía enseguida. Los armadillos correteaban por debajo de la terraza, bajo las farolas, sus brillantes caparazones asomaban entre las hierbas altas. Debajo de la cama donde dormían Pilar y Hand, brigadas de hormigas rodeaban las migas y las arrastraban hasta la puerta y por debajo de ella hacia lugares desconocidos. Los gecos culebreaban arriba y abajo por la pared de encima de la mosquitera, entrando y saliendo de lo que parecía su hogar situado en la viga del centro del dormitorio. La polvorienta luz blanca del día nunca flaqueaba. En toda la semana hubo tres o cuatro nubes.

Durante unos días Pilar y Hand estuvieron casados. Hacían surf y dejaban descansar las tablas clavadas en la arena y se sentaban en la playa lisa, comían crackers redondos y bebían Fanta. Contemplaban el agua comiendo frutos secos y galletitas. Después de comer echaban la siesta, Pilar apoyaba la cabeza en el estómago de Hand y al cabo de una hora volvían al mar. Permanecían en el agua hasta que esta ennegrecía y luego se quedaban hasta que el sol se hundía en ella y al mar le crecían rayas naranjas.

Por la noche los surfistas paseaban descalzos por las calles pero con el pelo esponjoso tras el necesario lavado. Las parejas caminaban apoyándose el

uno en el otro mientras miraban a gente que les parecía más atractiva. O quizá no. No había modo de saber lo que pensaban.

Todas las noches, después de la cena, Pilar y Hand compraban helados a un hombre que tenía media cara quemada. Quemada o quizá fuera algo que trepaba desde abajo: tenía la cara llena de bultos grandes, ovalados y toscos, como el culo de un verraco. Normalmente la luna era más amarilla que la vaselina. A veces había heno en la calle.

Una noche fueron a ver el desove de las grandes tortugas migratorias, que ponían cientos de huevos, todos ellos blandos y recubiertos de gelatina. Pilar y Hand se colocaron de pie detrás de una tortuga enorme mientras el animal rellenaba el agujero con arena espolvoreándola encima de todos los grupos de huevos.

Algunos días oían a gente jugando al tenis, pero no alcanzaban a ver la cancha, e incluso un día la buscaron sin encontrarla. Contemplaron a un hombre pintar un cuadro de la playa; el pintor agradeció la compañía y la charla. Era de Filadelfia y había pasado un mal año, con un divorcio poco amistoso y la muerte de un amigo en accidente de tráfico camino de Tahoe.

En una ocasión se acostaron sobrios y resultó extraño: no eran amantes, sino amigos jugando al Enredos. Retomaron el plan original a la noche siguiente. Bebían un poco y luego se metían en la cama, justo por debajo del nivel de conciencia, donde todo era fácil. Alguien que los viera desde lejos se preguntaría tal vez cómo se hablaban. La respuesta: con la calidez de los grandes amigos de siempre a pesar de que aún no eran viejos. ¿Cómo la tocaba él? Con torpeza, porque él era torpe y ella crítica. ¿Cómo lo besaba ella? Desesperadamente, estirando y empujando, como una mujer tratando de alcanzar el fondo de una piscina honda.

Cuando caminaban a menudo encontraban piedras en los zapatos, porque el camino estaba salpicado de guijarros y llevaban calzado holgado.

Iban a marcharse de Alta a la tarde siguiente —Pilar para irse a casa y Hand para irse a Granada y sin planes ulteriores—, de modo que alquilaron las tablas temprano y a las nueve ya estaban en el agua. Fue un día sin complicaciones.

Hand se adentró en el mar antes que ella y Pilar lo observó hasta que sintió demasiado calor para aguantar seca. Superó chapoteando la zona donde rompen las olas, lo cual implicó atravesar cuatro olas enormes que se desplomaron sobre ella como borrachos. En cada caso tuvo que empujar el

morro de la tabla hacia el interior de la ola y confiar en no caerse o rendirse a modo de prevención, zambulléndose y esperando a que la tabla rebotara y regresara a ella gracias al elástico. Nunca se había sentido tan cansada.

Hand enseguida pasó como una flecha por su lado a lomos de una ola enorme, una que habría aplastado a Pilar de haber intentado cabalgarla. Le observó acelerar hacia la playa, parecía más veloz que la ola. Se fijó en que la gente que cabalgaba olas parecía avanzar mucho más rápido que las propias olas cuando no cargaban con ningún pasajero. Hand había cogido esa en particular en el momento perfecto y la cabalgaba hacia la izquierda, sin parar, mientras aceleraba en dirección al estuario. Parecía infinita. Hand saludó a Pilar. Ella le devolvió el saludo. Pilar pensó que es raro saludar a alguien que está de pie sobre el agua. Quizá le amara.

Volvió a sentarse erguida y vigiló la calma azul en busca de oleaje.

Si alguna pregunta necesitara respuesta en esta historia no sería solo una, sino muchas, y serían las siguientes: ¿cómo puede el mundo permitir esto? ¿Permitir que esta gente viva tanto? ¿Que viajen tantos kilómetros al sur, a un lugar tan diferente pero igual de cómodo y que, en dicho lugar, vuelvan a encontrarse? ¿Permitirles estar juntos desnudos por primera vez? ¿Qué pensarían sus padres? ¿Qué pensarían sus amigos? ¿Alguien se opondría? ¿Quién planearía por ellos? ¿Cuántas veces en la vida podemos tomar decisiones que son importantes pero no herirán a nadie? ¿Estamos obligados —tal vez lo estemos— a aceptar cualquier opción que no hiera a nadie? Empleamos el término «herir» al hablar de cosas así porque cuando las cosas se tuercen es como si un animal enorme se estampara en tu esternón después de coger una carrerilla de varios kilómetros para golpearte.

Pilar encontró dos olas en dos horas. Ahora las olas le importaban. Pero empezó a preocuparse más por verlas que por cogerlas y más por cogerlas que por cabalgarlas y, por encima de todo, solo quería estar detrás de la línea donde rompen. Porque el camino de regreso hasta más allá de esa línea tras cada cabalgada podía con ella.

Tenía los brazos demasiado delgados, como espigas estrechas moviéndose entre jarabe. El dolor de los hombros le daba ganas de llorar. No estaba bien que resultara tan duro, sobre todo donde estaba. Las olas rompían por delante de ella y la espuma alta y fuerte se le abalanzaba encima y la tiraba al mar. Expulsada de la tabla, se limpiaba el agua de la cara, escupía, se mocaba,

saltaba de vuelta a la tabla, remaba un par de veces, avanzaba unos tres metros y luego volvían a derribarla. Su ánimo decayó muchas veces.

Cerró los ojos. Los abrió, los cerró. Podían poner fin a este mundo o permitirlo. Se encontraba en un momento en que un creyente, un creyente reflexivo, meditaría sobre la obra de Dios y lo buena que era. Las olas eran perfectas a derecha e izquierda. A lo lejos se oían los largos y potentes gritos del hombre del sombrero vaquero que cabalgaba una ola lenta y baja hacia tierra. Pilar pensó en el tipo de su grupo de la iglesia que enseñaba a todos a ganar al flipper. Pensó en penes curvos. Por un momento la cautivaron los que proponían que Dios estaba en la naturaleza, a nuestro alrededor, que era la acumulación del mundo natural. «Dios —sugerían— está en todos los seres vivos. Dios es belleza, Dios está en las hierbas altas y en la espuma que remata una cascada.» Esas cosas. Le gustaba la idea de que Dios estuviera en cosas visibles porque le gustaba ver cosas y quería creer en esas cosas que le gustaba mirar: le encantaba la noción de que todo estaba aquí y era fácil de contemplar y por tanto los ojos de uno venían a ser el clero, la conexión entre Dios y...

Vio a Hand terminar por fin su cabalgada cerca del estuario y saltar ágilmente de la tabla al agua como si descendiera de una cuadriga. Hand permaneció de pie un segundo, hundido hasta las rodillas, ajustándose el bañador. Luego volvió a inclinarse y a sumergir la cabeza. ¿Se le había secado el pelo durante la cabalgada? Increíble. Tardaría un rato en volver.

Pero un solo Dios contenido implicaba o insistía en la idea de una jerarquía que Pilar no aceptaba. Dios daba paso a un sistema de extremos e implicaba elecciones, y las elecciones requerían separaciones, divisiones, sutiles condenas. No estaba preparada para elegir un Dios, de modo que en el mundo de Pilar no existiría esa clase de dios y, por tanto, la deidad trascendental...

Pero entonces, ¿por qué un Dios? El agua oleosa no era Dios. No tenía ni pizca de espiritual. Era agua oleosa, y cuando Pilar metía en ella la mano resultaba perfecta y le besaba la palma una y otra vez y jamás dejaría de besársela, pero ¿por qué no bastaba?

Su tabla apuntaba casi directamente al sol en retirada. El sol poniente hacía que el agua se pareciera todavía más al aceite, y allí donde el sol no hacía brillar el agua el mar era negro. El sol era grande y más tridimensional que de costumbre. El agua era negra donde el sol no la convertía en dorada. El agua se iba caldeando y minuto a minuto los surfistas de alrededor se volvían más abstractos, más parecidos a siluetas que se movían a cámara lenta.

Pilar se sentó erguida en la tabla, a horcajadas. No quería hacer surf. Quería seguir sentada allí durante mucho rato, con las olas a su espalda, montadas por las vagas siluetas negras. Solo quería estar sentada y fijar la vista al frente y esperar a que más agua se volviera dorada.

Cuando el sol se ocultara y el agua ennegreciera montaría la última ola y se iría a dormir. Sentía que sabía cómo sería su vejez. Estaría demasiado cansada para moverse. Sabía que si montaba una ola hacia la orilla no podría adentrarse de nuevo en el mar.

Dejaron el pueblo al anochecer. El camino acordonado estaba plagado de baches, lleno de turistas al volante de lentos utilitarios deportivos, extremadamente cuidadosos con los coches alquilados, como elefantes esquivando charcos con cautela. Pilar y Hand pasaron de largo y condujeron alejándose del ocaso púrpura chillón. El camino de tierra pasó a ser de grava y por último de pavimento liso, pero mantuvo dos únicos carriles que serpenteaban colina arriba y abajo, cubiertos siempre por un dosel perfecto de árboles de largos dedos entrelazados en lo alto.

Al caer la noche se dieron cuenta de que sus faros eran demasiado potentes. Los coches con los que se cruzaban creían que llevaban encendidas las luces largas y los avisaban con señas. Ellos respondían a la señal mostrándoles las largas de verdad y entonces, en respuesta, los coches encendían las suyas. Les ocurrió cientos de veces. Odiaron la implicación de su propia negligencia, imprudencia, y el esfuerzo que tenían que hacer sus ojos era terrible, todos aquellos destellos, toda aquella furia rápida y brillante.

La noche anterior fue ventosa y agitada, Pilar y Hand acababan de dormirse y seguían tumbados pecho contra espalda, las rodillas de Hand detrás de las de Pilar. Se oyó un golpetazo. Hand se incorporó y al ver a Pilar dispuesta a salir a investigar, le indicó por gestos que se quedara en la cama. Ella le hizo caso porque quería saber qué haría Hand. ¿Tenía miedo Pilar? Sí. Hand la había convencido —más cuando lo pensaba que cuando no— de que el hombre del banco volvería con su arma, le mataría y luego la violaría.

Hand estaba en la puerta principal del cuarto cuando Pilar alzó la vista y descubrió el origen del ruido. Había un agujero en el techo, encima de la cama, donde antes había una claraboya. El viento había arrancado la claraboya y Pilar vio la noche clara y negra por el cuadrado del techo. Hand

regresó a la cama y fueron amigos que compartían lecho, desnudos. Hand dijo que le gustaba asomarse a la puerta en busca de invasores y Pilar dijo que se alegraba de que fuera un agujero en el techo.

SOBRE QUERER TENER AL MENOS TRES PAREDES LEVANTADAS ANTES DE QUE ELLA LLEGUE A CASA

Él está construyendo una casita en el jardín trasero para cuando el bebé sea lo bastante mayor para usarla de fuerte o club o escondite y quiere tener tres paredes levantadas antes de que su esposa llegue a casa. Su mujer está en casa de su madre porque esta ha resbalado en el hielo —durante una fiesta de patinaje de temática navideña— y necesita ayuda con los preparativos de la fiesta de vacaciones, planeada antes del accidente. Nieva ligeramente y el aire está tan frío que se ve. Está trabajando en la casita con un taladro nuevo que se ha comprado ese mismo día. Es un taladro portátil y le maravilla su eficiencia. Quiere demostrarle algo a su mujer, porque no construye cosas así a menudo y cuando sale en moto o juega al rugby es cosa de hombres. Su mujer quedó impresionada al verle montar el telescopio, un regalo de cumpleaños, en dos horas cuando el manual indicaba que tardaría cuatro. De modo que, cuando ella se ha marchado a pasar el día fuera y visto que el aire está gris y denso y la nieve cae como ceniza, trabaja rápido intentando asentar los cimientos. Una vez ha concluido los cimientos, decide que para impresionarla —y quiere impresionarla de algún modo todos los días y quiere querer impresionarla siempre— necesitará levantar al menos tres paredes antes de que regrese a casa.

TREPAR A LA VENTANA FINGIENDO BAILAR

Cinco horas ya en la I-5, largas como un día sin pan, y cada veinte minutos o así ve uno de esos pájaros. Siempre cerca del borde de la carretera, en postes doblados o saltando entre la hierba gris y algodonosa, parecen cuervos pero con una veta de naranja vehemente en el pecho. Llegan con una regularidad misteriosa, ya van diez, y están solos. Fish, de casi treinta años y a ciento treinta de velocidad, no sabe cómo se llaman esos pájaros. Son pájaros desdichados.

El trayecto desde San José hasta Bakersfield es despiadado: uno se creería en Iowa o Texas si no fuera porque se nota vagamente el aire del mar que sopla por encima de las montañas del oeste. Estas tierras del interior resultan más calurosas y húmedas de lo que Fish, que se crió en Illinois, quiere que sea California. El calor rebota en la carretera en forma de ondas líquidas, los coches resuellan asmáticos y el pene de Fish se pega al muslo de un modo que parece irrevocable. En realidad, durante un rato el viaje no está mal —con un sinfín de colinas aterciopeladas bajo la puesta de un sol rojo granero—, pero luego la carretera se limita a seguir quejumbrosamente hacia el sur y es tan recta que te dan ganas de acabar con todo y arrancarte la cabeza.

Fish se dice en voz alta, no por primera vez, que mataría a su primo Adam si se le presentara la ocasión y no tuviera que pagar las consecuencias. De niños, a Adam y a él los acostumbraron a considerarse hermanos porque sus madres eran íntimas y ninguno de los dos tenía hermanos.

No se parecían en nada.

Adam era hijo único mientras que Fish tenía una hermana menor, Mary, que ahora está casada y tiene dos parejas de gemelos, todos ellos pecosos y locos —se tiran sobre las visitas como perros—. Adam vivía en Aurora y Fish en Galena, de modo que solo se veían una vez al mes y en verano compartían anodinos paseos en canoa por el bajo Wisconsin, descendiendo en tranquilos grupos de niños de dientes afilados, pobres, con pañuelos al cuello y brazaletes de sogas blancas.

Fish se dirige a ver a Adam —ahí va otro de esos pájaros negros de explosivo plumaje en el pecho— porque su primo ha intentado suicidarse otra vez. Es el séptimo intento, y ahora Fish sabe que debería haber cogido un avión. Está casi seguro de que de San José salen vuelos directos a Bakersfield que tardan menos de una hora. ¡Mierda! Cada vez que recorre este trayecto se promete no repetirlo jamás y, luego, al cabo de un par de meses está otra vez en las mismas, aporreando la ventanilla, con la espalda empapada de sudor, el brazo izquierdo quemado por el sol y maldiciéndose a sí mismo.

Son un mínimo de cinco horas, tiempo de sobra para idear algún plan, algo que decir. Intenta concentrarse en Adam pero se descubre divagando constantemente a la deriva y saltando a otros temas como la comida o la guerra. Años atrás pensaba que podía influir en la vida de Adam, pero ahora se sabe mero espectador, un padre que contempla un evento deportivo en el que participa su hijo, con las manos crispadas en puños, incapaz de influir en el resultado.

Fish pasa frente a una enorme planta procesadora de ternera donde almacenan mil vacas tan apretujadas que no pueden ni mover la cola para espantarse las moscas. No se ve nada de tierra bajo sus pellejos condenados. Pobres y estúpidas vacas, piensa Fish, nacidas para morir, nacidas para que se las coman, nacidas para pasear sobre sus propias heces. ¡Dios! Apesta, con un hedor entre dulce y sanguinolento, como a entrañas humanas si pudieras abrirte en canal y acercarlas a la nariz para inhalar.

Adam no habla con su madre ni con los padres de Fish y nunca ha tenido trabajo, al menos que Fish recuerde, lo que en cierto modo impresiona porque ha aguantado muchos años sin ningún ingreso legítimo. Hay personas que lo hacen, que desvían suficiente energía, fondos y buena voluntad de quienes les rodean para existir sin llamar excesivamente la atención; es como robar la televisión por cable pero a mayor escala. Fish le habrá entregado a Adam a lo largo de los años unos veintidós mil dólares, que su primo ha gastado con frugalidad: en eso, es listo. Es listo en todos los sentidos, en realidad, incluso para sobrevivir a tantas tentativas de suicidio. Quizá sea inmortal, piensa Fish, y de pronto la idea le arranca una risotada.

El otro primo de Fish, Chuck, abogado de Charlotte especializado en derecho tributario y con cara de cura, sonrosada y sorprendida, dice que Adam aparenta unos cuarenta años a pesar de tener solo veintiocho. Chuck lo atribuye a las drogas. Chuck sabrá.

Hace casi un año que Fish no ve a Adam y ahora le da miedo. Si Adam parece un viejo, significa que Fish es viejo y que los dos son viejos, que todo el mundo es viejo y... Mierda, otro pájaro de esos. Seguro que tienen nombre.

Fish está convencido de que Adam espera convertirse en la misteriosa mancha que cambia el rumbo de la vida de su familia y amigos. El problema está en que a Fish jamás le ha fascinado la gente que intenta matarse. Quizá si se interesara más en el concepto, Adam no seguiría tratando de poner a prueba lo intrigante que es. Con los recursos que exigían de todo el que rodeaba a su primo, la vida de Adam y sus intentos por acabar con ella creaban una especie de vacío hacia el que atraía todo el aire sano de los alrededores y a todas sus personas cercanas: Adam les robaba las palabras y la posibilidad de disfrute. Y, sin embargo, en conjunto Adam no resulta para nada un extraño como, por ejemplo, el tipo que reparte el correo de Fish, un hombre llamado Kojo.

«¿Es diminutivo de Kojak?», le preguntó Fish cuando se conocieron. Fue un día polvoriento, ventoso, con un sol que parecía un planeta de arena. El cartero se rió. Se rió durante unos diez minutos. Fish se sintió halagado, luego se asustó. A Kojo le gustaba reír, reír a lo grande, con una expansividad nada convincente, pero no le gustaba vestir los pantalones del uniforme. Siempre llevaba pantalones cortos, por mucho frío que hiciera.

Una vez entró en casa de Fish a tomar una cerveza y se la bebió rodeando la boca de la botella con los labios, como si hiciera una felación. Luego se arremangó y le enseñó a Fish un injerto de piel que le habían hecho «solo por la tontería». «Me extirparon un poco de piel de la zona lumbar y me la injertaron en el brazo.» Los poros de la piel nueva eran más pequeños y la superficie más suave, menos envejecida. Kojo aseguró que algunos médicos harían cualquier cosa por dinero.

Al cabo de una semana Kojo le trajo un collage, del tipo que componen las chicas de instituto, con frases tomadas de revistas femeninas —«¡Solo las mejores amigas lo saben!», «Test: ¿Sus colegas son de fiar?»— pegadas encima de fotografías, recortes de libros, imágenes de Winnie the Pooh y Piglet haciendo volar cometas juntos o paseando por el bosque de noche entre árboles de troncos musculosos.

Fish atrae a esta clase de gente. En el instituto había un chico mayor, que estudiaba último curso cuando él estaba en segundo, alto y echado hacia atrás. Tenía un cabezón inmenso, un cuadrado casi perfecto, y quería que Fish cruzara el país en coche con él aunque solo lo habían comentado una vez,

fugazmente, mientras contemplaban el entrenamiento del equipo femenino de natación.

—Me gusta el estilo mariposa —había dicho el tipo. Se llamaba Brendan o Brandon o Stuart.

—Está bien —había contestado Fish.

Ahí había quedado la conversación, sin más, y al cabo de dos meses un Brandon jadeante había aparecido sonriendo y con la frente sudada de tanta concentración cuando Fish salía para el entrenamiento de fútbol.

—No me digas que no, Fish. Nos marchamos y a este puto colegio que le den, nos largamos a Florida. ¡A tomar por culo esta puta mierda!

Fish, que no quería decirle que no, se limitó a decir «Perdona» y seguir al resto del equipo por la colina, hasta el campo de arriba, rectangular pero en pendiente por los cuatro costados, como una sepultura recién ocupada.

Cuando Kojo le mostró el collage a Fish, insistiendo para que lo abriera en el umbral, Fish no supo qué decir. Meneó la cabeza con una suerte de admiración, después le dio las gracias a Kojo y quedaron para dentro de tres semanas —tomarían una cerveza a final de mes, eso, «a pasarlo bien»— y luego, a la mañana siguiente, alquiló un apartado de correos.

Fish está conduciendo, abofeteándose para mantenerse alerta, y mientras cuenta para asegurarse de que Adam lleva siete. Uno: las muñecas (con una sierra pequeña contra sus brazos delgados y blancos como el papel). Dos: veneno (bebió cera para el suelo servida en un vaso de tubo transparente). Tres: disparo al estómago. O a un lado del estómago; la bala le rozó, atravesó la ventana y llegó a la iglesia episcopaliana de la casa de al lado. No hubo muertos ni heridos, pero Adam se sintió tan mal que, cuatro: se apuñaló en la pierna con una cuchilla de carnicero. Cinco: intentó meter un secador de pelo en la bañera con él dentro, pero por lo visto el aparato era a prueba de suicidios —se apagó solo y Adam se quedó tiritando en el agua, que se había enfriado mientras él reunía el valor para suicidarse—. Seis: ¿cuál fue el sexto? ¿Empotrar un coche contra un árbol? No quedó claro si el accidente había sido intencionado.

Esta vez, anteanoche, Adam, medio borracho —siempre estaba hecho polvo cuando lo intentaba—, había saltado del tejado de un motel. Al menos eso le había contado a Chuck el auxiliar médico que había encontrado a Adam inconsciente en el aparcamiento, despatarrado como un conejo en el capó de un camión. Según Chuck cayó desde unos trece metros.

Adam podría haberse tirado a un desfiladero seco que había a pocas manzanas del motel y se habría matado seguro: allí la caída era de unos treinta metros. En cambio, saltó cuatro plantas, a un patio, se rompió la clavícula, se partió la pierna izquierda y se dobló la espina dorsal.

La carretera está tranquila. La I-5 está dividida, un estrecho valle separa a los que van de los que vienen, de manera que Fish, con la cabeza embotada y la vista vidriosa, solo ve a los coches que le preceden en su mismo sentido. A Fish le gusta ver las caras de los que viajan en el otro sentido para construir historias sobre ellos, desearles bien o mal, pero así no hay nada, este viaje... es de pena. Te dan ganas de detener el mundo y destruirlo con un hacha.

Esta mañana la almohada de Fish estaba empapada de sudor y medio fuera de la ventana; se ha despertado entre ruidos de ametralladoras y gritos. No es inusitado, pero en esta ocasión iba en el avión, no lo veía desde fuera. Todavía no había despegado. Algo iba mal, el aire del mundo había encogido y luego habían entrado los hombres. Sacaron armas de un compartimento y empezaron a disparar desde delante sin parar, todo se movía demasiado despacio. Fish estaba en una de las últimas filas, escuchando los chillidos, constantes pero ondulantes, y maquinando, apretando y relajando los puños, mirando alrededor por entre los sillones de atrás y de enfrente en busca de un par de personas que se le unieran y le ayudaran a poner fin a todo el asunto. El hecho de que estuviera vivo para oír el sufrimiento significaba que debía detenerlo.

Mientras desayunaba siguió actuando bajo la borrosa impresión de que el ataque había sido real, pero la CNN no dijo nada. Con todo, se sentía deprimido, confuso, con remordimientos. Estaba aplastando latas de aluminio en el caminito de la entrada, distraído, con los nervios alterados, cuando Chuck telefoneó desde Charlotte y le describió lo que Adam había hecho.

—Esta vez no pienso ir —dijo Fish.

—Yo podré ir dentro de cuatro días —repuso Chuck—. Quédate hasta un día antes de que llegue yo. Asegúrate de que no está paralítico. Comprueba que lo tengan en una habitación decente y demás.

Hacía dos años, después del número 3, Chuck contrató un seguro para Adam, un plan bastante caro, así que se molestaba en comprobar a menudo si la inversión valía la pena.

Chuck no conoce a Adam tan bien como aparenta, y en consecuencia su benevolencia puede ser menos complicada que la de Fish. Nunca compartió

dormitorio con Adam. Nunca encontró los pañuelos de papel apelmazados de Adam embutidos, como cerebros en un jarrón, en una oronda botella azul que había ganado en un carnaval. Nunca pilló a Adam frotando las piernas de Mary después de una carrera, con las manos aferradas como tentáculos alrededor de las pantorrillas.

Fish conduce un coche de alquiler. Telefoneó a la empresa que pasa a recogerte en un sedán envuelto en papel marrón. Llamó hacia mediodía y le dijeron que le mandarían el coche a las dos. Entre las doce y las dos, esperó en su casa. Vio béisbol en la tele. Puso un vídeo de él y su padre corriendo la maratón de Chicago. Su padre llevaba el aparato ortopédico que usaba por aquel entonces y tenía bigote. Al ver la cámara, se da la vuelta y corre de espaldas. Luego la madre de Fish deja la cámara y la cinta termina. Adam no era muy atlético. Fish jugaba a una cosa con él —el único juguete bueno de Adam— en la que pequeños jugadores metálicos de fútbol americano se movían por un campo vibrante. Era un trasto raro, porque no había modo de controlar a los capullitos aquellos: te limitabas a mirar mientras el campo los mandaba disparados de un lado a otro, apelotonándose o cayendo solos.

Fish vio parte del campeonato nacional de aeróbic. Cerró todos los armarios de la casa y, con el taladro nuevo, reforzó todos los goznes. Se acercó andando a la papelería a ver si encontraba algún regalo para Adam. No tenían gran cosa. Compró una postal de felicitación del *bar mitzvah*; le pareció divertido porque Adam, a quien tenían que apuntarle cuándo reír, no entendería la broma.

Fuera era verano. Compró un helado de cucurucho SnoKone, envuelto en el mismo papelucho parafinado que empleaban desde hacía cien años, a un hombrecillo en un carrito. Lo sostuvo con cuidado entre los dedos. Era soberbio, demasiado perfecto para cambiar. No quería comerse el helado: aquella cúpula azul estaba demasiado bien hecha, como una minúscula luna perdida que cupiese en su mano.

El helado empezó a derretirse, así que se lo comió en dos bocados.

Volvió a casa pensando que tal vez debería esperarse otro día o incluso dos más. En realidad, cuanto antes llegara, antes se sentiría Adam lo bastante bien para dejar el hospital y antes volvería a intentarlo. Cuanto más tiempo se quedara en el hospital, controlado probablemente mediante algún sistema eficaz, mejor. Fish estaba seguro de que allí estaba contento. Adam siempre estaba contento en el hospital.

A las dos y media Fish llamó a la agencia de alquiler de coches y le dijeron que ya estaban de camino y le pidieron que volviera a darles su

dirección. La dio y esperó.

A las tres, volvió a telefonear y contestó otro tipo. El tipo nuevo dijo no tener constancia de la reserva de Fish.

—Esto es un desastre —se quejó Fish—. Llevo siglos esperando y tengo que largarme al Bakersfield de las narices.

El nuevo suspiró y se comprometió a volver a comprobarlo. Luego regresó al teléfono y pidió perdón, había encontrado la reserva anotada en el tablón de anuncios.

—Alguien —dijo el nuevo— la ha colgado en el tablón sin avisar a nadie más. —Se dirigía a algún compañero de trabajo sin nombre.

—Claro, pero para eso sirve el puñetero tablón de anuncios, para no tener que avisar a todo el mundo personalmente. —Fish quería echar un vistazo a la oficina—. Menuda putada, hostias.

—Bueno, lo lamento.

—Tengo a un amigo hospitalizado, capullo.

Fish estaba sorprendido; no había considerado pronunciar esa frase. Comprendió que se trataba de uno de esos momentos en que la impaciencia de uno —¿o la palabra adecuada era «furia»?— equivocaba el objetivo. De todos modos, le habría encantado pegar al nuevo hasta hacerle suplicar.

El tipo nuevo le aseguró a Fish que enseguida pasarían por su casa y colgó. Fish salió al diminuto patio amarillo de delante de casa y recogió los aros de cróquet del césped. Llevaban allí tres meses, desde la visita de los niños de Mary. Esos niños no jugarían bien ni aunque les fuera la vida. Tampoco prestaban atención al reglamento. Se limitaban a golpear las pelotas como monos, chillando y balanceándose y corriendo hacia la calle.

Ahora son las siete y le quedan dos horas por delante. Este trayecto se mofa de nuestras nociones sobre el tiempo. Este trayecto podría acabar con cualquiera.

La boca de Adam se curva en exceso. Jamás ha sido capaz de sonreír sin dibujar una mueca ni de escuchar sin adoptar un aire despectivo. En verdad no es culpa suya. Sencillamente tiene demasiados músculos en la zona, alrededor de la boca. La mayoría de la gente nace discapacitada.

Se mudó a Baltimore justo antes del instituto, así que Fish no lo veía a menudo, pero un verano, recién separados los padres de Adam y cuando los primos ya eran demasiado mayores para el campamento de verano, Adam se quedó con la familia de Fish en Galena. Al principio durmió en el sótano,

junto a la diana y bajo el ventanuco medio cubierto de suciedad. Cuando se quejó del tictac y los crujidos del calentador, lo trasladaron al dormitorio de Fish. Era un cuarto pequeño con una única ventana encima de la cama de Fish completamente pintado y con las esquinas inferiores plagadas de pegatinas de hologramas y gafas de realidad virtual.

Ese verano, cuando Adam jugaba al fútbol americano con los amigos de Fish todos los domingos en el embarrado parque redondo al final de su calle, entraba demasiado fuerte y discutía demasiado. Fish se disculpaba en su nombre. Todo el mundo supuso que simplemente era un chaval vehemente, que tenía que demostrar algo, como los chicos que han intentado entrar en el equipo pero han quedado fuera en el último momento. Aunque Adam era diferente, más descontrolado, menos centrado en el resultado del partido.

Una vez le rompió la pierna a un chico. Ese fin de semana hacía calor; eran unos veinte jugadores. Un chaval había traído conos de la obra en la que trabajaba e imaginaron que podrían montar un partido en toda regla, hasta con saque inicial. De manera que se repartieron en dos equipos y le dieron una patada a la pelota. Echaron a correr como locos unos hacia otros y un chaval llamado Catanese, mayor que ellos pero flacucho, todo codos y rodillas, recogió la pelota de saque, que golpeó en su pecho cóncavo.

El chaval corría hacia la banda cuando Adam cruzó la defensa sin que lo bloquearan y salió volando casi en horizontal perfecta durante un instante, hasta que finalmente placó a Catanese, clavándole los hombros en las piernas. Se oyó un ruido seco como el de un bate al partirse y todo el mundo vitoreó porque Catanese estaba rozando la diagonal y su equipo tendría una posición penosa en el campo. Pero entonces Catanese enrojeció, la sangre le inundó la cara, y le vieron agarrarse la pierna con una mano de cada lado, con delicadeza, como si quemara demasiado al tacto. Se echó hacia atrás chillando, fuera de sí, salvaje.

La pierna, la tibia, se había partido en dos. Era un espectáculo digno de un campo de batalla, el hueso asomaba por los pantalones de pana como un palo de una bolsa de basura.

—¿Has visto lo que he hecho? —preguntó Adam. Fish se lo había encontrado colina arriba, junto al parque nuevo, escondido en un tobogán. Pensó que Adam alardearía de haber golpeado con tanta fuerza a Catanese, pero en lugar de eso dijo—: ¿Por qué iba yo a romperle la pierna a nadie? ¿Qué me pasa?

Fish le contestó que había sido un accidente, que no era culpa suya, que así era el fútbol americano, un juego violento. Para entonces Adam estaba

tirándose de la piel de debajo de la barbilla, pellizcándola y retorciéndola.

—No debería placar —continuó Adam, estirando todavía más fuerte—. Lo peor de todo es que había pensado que pasaría algo así, ¿sabes? —Entonces adoptó un susurro significativo—: Sabía que pasaría esto. En cuanto le pongo la mano encima a alguien me... Siento ganas de partirlo por la mitad, ¿me entiendes? Me dan ganas de echar a correr hasta un grupo de gente y luego explotar.

Fish asintió. Adam parecía a la vez horrorizado, orgulloso y cautivado. Desprendía un aura que no era buena, el destello salvaje de un científico que acababa de descubrir una fórmula con la que matar a millones de personas.

Estaban subiendo a Catanese a la ambulancia, que había aparcado dentro del terreno de juego, lo que a todo el mundo le pareció estupendo; nunca antes había ocurrido. Fish cruzó con Adam el césped, ahora negro y húmedo, sin decir gran cosa. Casi no quedaba luz, así que pusieron rumbo a casa por miedo a la noche que pronto traería el lunes. Ya en casa, entraron por detrás, pasaron junto a los padres de Fish que jugaban al Pong y subieron las escaleras, Fish en silencio, paseando los dedos por cada balaustre, y Adam charlando, suspirando, sin tocar nada.

Fish encuentra aparcamiento bajo una gran pared del hospital de ladrillos rosas, dividida por el tipo de escalera metálica propia de los depósitos de agua —quizá, una salida de incendios—. Los jardines son espléndidos o al menos así, a oscuras, lo parecen: senderos de adoquines serpentean entre sauces y palmeras enanas, con los aspersores silbando. Al entrar, un hombre uniformado de azul le sujeta la puerta.

—Visitante, presumo —dice el hombre.

—No sé —contesta Fish.

—Claro que sí. Tiene un aspecto radiante.

El hombre ríe por lo bajo y Fish le da las gracias, incapaz de decidir si animarle o no. Le da las gracias y le dice al hombre, un asesor de algún tipo, adónde se dirige, y el asesor, con uniforme de faena y con los zapatos envueltos en bolsas de plástico, acompaña a Fish hasta la unidad de Traumatología-Enfermería. «De otro modo, no habría hecho más que confundirle», dice el tipo. Y Fish no tiene claro si es un insulto o qué.

Adam está en la habitación 318, en el otro lado del edificio. Fish confía en que no comparta habitación, porque en los hospitales los compañeros de habitación siempre están deformes o demasiado enfermos o demasiado sanos

para estar donde están. Escuchan las conversaciones y juzgan. Pero cuando entra en la habitación no hay ningún compañero, solo un pajarito de mujer, cetrina y con pinta de lechuza, comiendo un pastelillo de chocolate sentada en una silla cerca de Adam.

Fish saluda a la mujer del pastelillo y se acerca a Adam. Su primo está tumbado cuan largo es, lleva collarín y clava la vista en el techo. Fish adentra su cara en el campo de visión de Adam.

—Vaya —dice Adam, sorprendido.

Fish gruñe.

Adam no aparenta cuarenta años. Aparenta doce. Lleva una gorra de béisbol y no tiene la cara arrugada ni floja ni demacrada. Entre las pecas y la gorra tiene el aire de un niño recién operado de las amígdalas.

—¿Y ese gorro? —pregunta Fish. Luce el logotipo de un equipo de una liga menor, un castor sosteniendo un bate mordisqueado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Adam. Abre un poco más los ojos, atrapando el destello de los faros de un coche en el aparcamiento.

—¿Quién te lo ha dado? —dice Fish.

—Una de las enfermeras. Ronnie.

—¿Te lo puedes quedar o es solo para mientras estés aquí?

—No sé. Creo que es para mí. ¿Has venido en coche?

—Sí.

—Caramba. Gracias, tío.

—Menudo viajecito.

—Lo sé —contesta Adam con lo que Fish considera admiración y gratitud suficientes—. Lo siento. Gracias.

En la mesilla móvil quedan restos de la cena, el almuerzo o ambas comidas: tapioca y dos tangelos y, al lado, una minipagoda inclinada de fiambreras. La señora del pastelillo ha terminado de comer y se limpia las uñas con una chincheta. Fish se la señala a Adam con la cabeza y este gira la suya hacia ella. La mujer lleva una identificación hospitalaria enganchada a la blusa.

—Se sienta aquí conmigo —explica Adam—. Siempre tienen a alguien conmigo para que no intente nada.

Resultaba obvio que a Adam le gusta pensar que le consideran un paciente grave, un hombre peligroso.

Fish echa un vistazo a la mujer del pastelillo para comprobar si los escucha, pero no escucha; la mujer está viendo una película en el televisor de Adam: Fred Thompson interpreta al presidente y viste con ese estilo

insatisfecho que le caracteriza. Fish mira por la ventana. En el aparcamiento, las farolas tiñen los coches de color cobre, inclinándose hacia ellos como santos altos y delgados hacia bebés. Ve su coche de alquiler y añora estar en él.

Adam sostiene un tubito con un botón.

—¿Es para la morfina?

—Sí.

—De modo que te tiras de un edificio y te regalan morfina... ¿Sin límite de cantidad?

—No. Hay una cantidad límite por hora. Lo tienen todo pensado.

Fish sabe que es solo cuestión de tiempo que Adam empiece a contarle por qué saltó del tejado del motel, pero no quiere oírlo. «¡Si al menos fuera interesante!», piensa. Pero nunca lo es. «Quería hacerme daño —dirá Adam—. No sé por qué.» Ninguno de los dos dirá nada interesante. Adam dirá «A veces me siento fatal, como oscuro» o «A veces es como si viera cosas... a través de un agua oscura». Adam quiere que Fish lo entienda, pero Fish no está interesado y además recordará a Adam de dónde robó la parte esa del agua oscura —*La canción del verdugo*, el libro favorito de Adam— y los cientos de sentidos en los que los dos, Fish y Adam, son iguales en esa oscuridad. Han visto las mismas cosas, tienen las mismas necesidades. Adam no lo admitirá y comenzará a disculparse por todo y durante demasiado rato. Estará demasiado arrepentido, demasiado dócil, y a Fish le entrarán ganas de espolearlo.

Pero en un momento dado comenzarán a hacer planes para cuando Adam reciba el alta. Es la única parte que interesa a Fish: lo que ocurrirá en adelante. Fish se sentirá inspirado, expondrá lo que ocurrirá durante los primeros días, las semanas siguientes, cada pequeño movimiento durante años. Primero, un piso diferente en otra ciudad, lejos de los terapeutas criminales de Bakersfield que no paran de recetarle medicamentos a Adam, todos los medicamentos habidos y por haber. Luego un trabajo sin importancia combinado con la escuela nocturna y, por último, una mujer, mayor, más curtida, sabia pero cálida, que lo ate a un poste del sótano cuando convenga. O quizá en realidad necesita un hombre. Necesita un hombre fornido, un gay peludo que vaya a bares de ambiente. Le aportaría a Adam amor y respeto pero también sería lo bastante paternal, severo y vigilante para salvarlo de sí mismo.

—¿Cómo está Mary? —pregunta Adam.

—Bien.

—¿Dónde vive ahora?

—No puedo decírtelo.

—Es mi prima. ¿No puedes decirme dónde vive?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tiene niños pequeños, Adam, y tú eres un tipo que se dispara y salta de los tejados. Que te jodan.

Por un instante Adam parece dolido o finge estarlo, luego cierra los ojos. Fish teme haberle hecho sentir más único y amenazador, precisamente, lo que Adam quiere.

Tiene la barbilla marrón y recompuesta por una raya de hilo negro con puntas asomando por toda la línea de sutura, como si le hubieran cosido arañas en la cara.

—Au. No hagas eso —dice Adam.

Fish le está tocando los puntos.

—¿Por qué no?

—Para, capullo.

—¿Cuántos? —Parece un cactus o algo así. Menuda pasada de puntos.

—Doce. Aparta, coño.

Fish le lanza una miradita.

—Perdona —se disculpa Adam. Pues aquí carece de derechos. Tras un trayecto en coche de cinco horas, Fish tiene permiso para tocar lo que le plazca.

Fish se acuerda de la tarjeta y la deja caer sobre el pecho de su primo. Adam intenta verla.

—Tienes que levantarla. Si no, no la veo.

Fish la abre y se la muestra. Es un elefante rodeado de caracteres judíos con la leyenda «Feliz *bar mitzvah*» escrita debajo.

—Un elefante judío —dice Adam.

—Supongo.

A Fish solían gustarle los hospitales. En particular las salas de espera. Cuando a su última novia, Annie, le extirparon el apéndice, Fish estuvo treinta horas en el hospital y lo pasó estupendamente. Conoció a gente, aprendió cosas: esa noche reinaba un extraño ambiente universitario. Jugó a las cartas con tres tíos más y le ganó ciento veinte dólares de un tirón a uno a cuyo hermano le estaban reinjertando un dedo. El tipo se había accidentado abriendo un agujero en la pared de su hijo porque sospechaba que el chaval vendía metanfetamina y quería pillarlo. Había sido una buena noche.

Pero no quiere quedarse con Adam. Fish consulta el reloj. Son las ocho y cuarenta. Decide marcharse a las nueve. Luego llamará a Annie para ver si le deja pasar la noche en su casa. Annie se interesa por la política local y tiene unos labios ridículos, hinchados como animales de goma, y la voz más grave que él. La última vez que la vio le rascó la cabeza con tal maestría, en círculos tan convincentes, que Fish creyó elevarse, ascender. Hablan bastante a menudo y además Annie vive en L.A., de modo que Fish imagina que pasará a verla no en busca de sexo o romance, sino solo por descansar en algún lugar donde la suya no sea la única respiración, donde no tenga que dejar el televisor encendido toda la noche. Si Annie no está en casa, Fish volverá a San José esa misma noche. Podría hacerlo. De noche es más fácil.

—¿Lo sabe tu madre? —pregunta Fish. Sabe que la madre no está al corriente porque Adam le aseguró a Chuck que si su madre lo descubría el siguiente intento iría en serio.

—No. No creo.

El padre de Adam murió hace unos años, a causa de un bypass chapucero, y ahora la madre vive en Australia. Se fue allí con un hombre que conoció en una producción de teatro de barrio de *Fiorello!* Él interpretaba al protagonista a pesar de ser rubio y medir casi dos metros.

Entra una enfermera. Filipina, joven. La tarjeta identificadora dice que se llama Hope. Fish siente el impulso de comentar algo dado que la mujer trabaja en un hospital y su nombre en inglés significa «esperanza», pero imagina que se lo recuerdan a menudo.

—Es un buen nombre para una enfermera —dice Fish. Qué coño.

La enfermera le toma la tensión a Adam. Fish observa, encantado con la rapidez con que la banda se llena de aire, con lo tensa que se pone. Ese aparato siempre parece ilegal.

—¿Qué tal los dolores? —le pregunta la enfermera a Adam.

—Bien.

La enfermera retira la tarjeta del *bar mitzvah* del estómago de Adam y la coloca en la mesilla de noche, cerca de una jarra con herramientas color denim que recuerdan a piruletas pero coronadas por estrellas marinas de espuma. Tal vez sean limpiadores, para lavar bocas u otros orificios húmedos. Fish considera brevemente coger uno y enchufárselo por la nariz a Adam. Solo de pensarlo le entra la risa.

Fish se marcha mientras Adam se queda adormilado a ratos, con expresión perdida, casi beatífica. Durante un instante fugaz en que abre los ojos, Fish le informa de que volverá a visitarle al día siguiente.

Es noche cerrada, las luces crepitan, y Fish conduce hasta el motel donde según Chuck se hospedaba Adam. Se supone que debe recoger las pertenencias de Adam: cuatro bolsas. Adam llevaba viviendo en el motel un mes, desde que le pidieron que abandonara el centro de reinserción por despellejar un pollo en su cuarto. Al menos eso es lo que dice Chuck. Si de verdad Adam despellejó un pollo, lo hizo solo para poder contarlo. Chuck le había dicho que preguntara por el señor Ali. Chuck se encargaba de la logística. Era el abogado de Adam, su benefactor y su historiador médico. Fish era el tipo que podía acercarse en coche y recoger las bolsas.

Cuando llega al motel, se está registrando un equipo de voleibol femenino. Espera veinte minutos mientras las chicas deciden quién dormirá con quién y qué bolsas dejan en el minibús. Fish lee hasta el último folleto del vestíbulo e idea un tentador plan de visita al Museo de la Irrigación.

Cuando le toca el turno, pregunta por el señor Ali, pero la mujer del mostrador, de párpados pesados y vestida con un sari color maíz, le informa de que no está. «Soy la señora Ali. ¿En qué puedo ayudarle?» Fish le muestra la carta que Chuck ha enviado por fax en la que pide las pertenencias de Adam. Chuck insistió en terminar la misiva con la frase: «Confío en que lo expuesto no represente ningún problema». Todas las cartas legales que escribe Chuck terminan así. Pierde la mitad de los casos.

Fish ve las bolsas detrás de la mujer, en un pasillo estrecho con el suelo de cemento. Hay dos bolsas de plástico transparente allí, alertas, y dos bolsas de deporte, una cubierta de barro. La señora Ali lee la nota y luego mira a Fish. Es entonces cuando él casi rompe a llorar. Por lo visto tiene la frente llena de agua; sus ojos son meros portales que muestran que se está ahogando. ¿Qué está mirando la mujer? ¿Hasta qué punto está al corriente? Seguro que lo sabe. La ambulancia recogió a Adam en el motel y ella o su marido empaquetaron y almacenaron sus pertenencias. La mujer tenía a Adam por un agitador, un saltador, y ahora tiene a Fish por alguien menor, alguien que recoge las bolsas de gente como Adam. Ahora Fish está entre la gente que vive en moteles y salta de los tejados. Hay una carretera justo por encima del motel, y la gente circula por delante del establecimiento a ciento treinta kilómetros por hora preguntándose qué ocurre en el sucio mundo de debajo.

—Tengo que llamar al señor Ali —dice la mujer, y lo llama, por un auricular más grande que su cara. Cuelga el teléfono y conduce a Fish al

pasillo de detrás de la recepción.

—Gracias —dice Fish al salir.

—De nada —contesta ella, abriéndole la puerta—. ¡Bien! —añade, y en cuanto Fish se va pasa el pestillo de derecha a izquierda.

Fish carga las bolsas en el maletero y luego recuerda que quería investigar. Hasta ahora se le ha olvidado y, de pronto, se emociona. Se dirige al patio para ver dónde saltó Adam. Pero no encuentra ninguna zona del motel que alcance cuatro plantas de altura. Solo hay un edificio de dos plantas, en forma de ele alrededor de la piscina, y el tejado no tendrá más de seis metros de alto. «¡Tonto del culo!» Fish lo ha descubierto. ¡Por supuesto! Al fin y al cabo, trece metros no es el estilo de Adam, pero seis sí. Saltó desde allí. «¡Tonto del culo! ¡Cobarde! ¡Cagón!» ¿Quién salta seis metros? ¿Quién hace algo semejante? No está bien. Demasiadas cosas están mal en todos los sentidos en algo así, en esto de saltar desde tejados de seis metros de alto. Adam tenía que saber por fuerza que cinco metros y medio no bastaban para matarse, que solo servían apenas para romperse los huesos. Y la única cosa más triste que un tejado de motel de cinco metros y medio es el tío que lo mira fijamente.

Fish regresa al coche y abre el maletero. Mira dentro de una de las bolsas de plástico en busca de algo sólido. La mayor parte de los contenidos son blandos, ropas, y de vez en cuando algo húmedo, pero pronto encuentra un trofeo, uno pequeñito de un tenista con el nombre grabado en el pie. Entre los pliegues de camisas y calcetines encuentra también desodorante, un puñado de casetes, que Fish saca para escuchar en el camino a casa, y un frasco de colonia llamada Together, que le arranca unas risas. Adam es el único hombre que Fish conoce que usa colonia. El resto de los objetos destacables se reducen a cinco cinturones, unidos cual serpiente de cascabel, y un bote de polvos de talco de medio kilo.

Y ahora una mujer cruza el aparcamiento en dirección a Fish. Toda ella se mueve: los tobillos, poco firmes sobre los talones; los brazos que se balancean; la cabeza, que avanza a cada paso como si fuera también un elemento de propulsión. Sus facciones no van a juego: barbilla pequeña, nariz ancha y ojos gélidos, casi de lobo. Viste pantalones y cazadora vaqueros con unas botas de terciopelo azul puntiagudas y la camiseta funcional, ajustada, de una adolescente poco femenina.

—Hola —saluda la mujer.

—Hola.

—¿Qué haces? ¿Llegas o te vas?

Por alguna razón, la mujer le recuerda al Sur. Fish piensa en Kentucky y no sabe por qué. ¿Tiene diecinueve años o treinta? No sabría decirlo.

—Guardo estas cosas.

—¿Entonces?

—Voy a hacer una visita.

Pasan de las diez y Fish todavía no ha telefoneado a Annie. Si llama demasiado tarde no le invitará a su casa.

—¿Me acercarías en coche? Intento llegar a San Diego.

—Claro. Lo que pasa es que no voy tan lejos.

Un camión aparca detrás de ellos y suspira.

—Me bajaré donde pares.

Fish la mira para comprobar si lleva pistola o una palanca. Quiere ayudarla pero, sobre todo, quiere marcharse. No hace mucho, en una gasolinera de Daly City, un hombre con sombrero de paja le pidió a Fish veinte dólares porque no llevaba suelto y a cambio le entregó un cheque. Fish supuso que no podría considerarse humano si se negaba, de modo que accedió. Al fin y al cabo el hombre tenía coche y vestía americana, de modo que se trataba simplemente de una pequeña transacción entre ciudadanos solventes. El tipo anotó el número de teléfono de su casa en el cheque y todo. Pero le devolvieron el cheque.

Fish solo había querido ayudar a aquel hombre. Se pasó ese primer día pensando que lo había ayudado, creyendo en la comunidad de almas, en Daly City o cualquier otro lugar. Y luego ese hombre se lo quitó. Entró dentro de Fish y se lo quitó.

Fish se sube al coche y desbloquea la portezuela del acompañante. Retira una bolsa de sorpresas y un cartón de leche y la mujer ocupa el asiento del pasajero, a pocos centímetros del suyo. La mujer recoge el mapa del suelo, lo pliega rápidamente, con pericia, y lo guarda en el compartimento lateral.

—Gracias. Eres un encanto —dice la mujer, tendiéndole la mano como una aristócrata—. ¿Cómo te llamas?

—Eddie.

La mano de ella está fría. Fish no sabe si debería besarla o estrecharla. No hace ni una cosa ni otra, se limita a sostenerla unos segundos y luego la suelta.

—Qué raro —dice la mujer—. Mi hermano se llama Eddie. Se llamaba.

Entonces Fish sopesa revelar su nombre verdadero. En cambio, pregunta:

—¿Se ha cambiado el nombre?

—No, murió.

—Oh. Lo siento.

—No pasa nada.

Fish sale del aparcamiento y coge el camino de entrada. No pasa nada. Quiere decirle a la mujer cuánto odia esa expresión, pero no lo hace. «No te preocupes» tiene sentido, es un toquecito en el hombro, la manera de tranquilizar a alguien, pero «No pasa nada» implica que no existen motivos de preocupación en ningún lugar del mundo y eso no es cierto.

Entran en la carretera. Fish le pregunta el nombre. Se llama Wendy.

—¿Adónde vas? —pregunta Wendy.

—A Redondo Beach, creo.

Annie vive allí. Cerca de la playa, en un apartamento con un futón que es una cueva pegada al garaje de una familia de cinco personas. Tiene el piso abarrotado de figuritas de cristal de animales míticos a los que modelaron las orejas mientras el cristal aún estaba fundido: hipogrifos, hidras, sátiros, una esfinge minúscula del color del cantalupo.

—Mi ex vive en Redondo —cuenta Wendy—. Ahora está casado. La mujer tiene cuatro hijos. Dos de ellos retrasados.

—Ya. —La mujer le mira fijamente. Fish se pregunta qué aspecto tiene de perfil.

—¿Qué estabas haciendo en el motel?

—Nada. Recoger unas cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Las cosas de un amigo. —Por alguna razón la frase suena sospechosa. Pero la deja pasar. Wendy parece impresionada.

Wendy presiona varias veces el botón de sintonización de la radio y encuentra la canción «Oooh-oooh, Jackie Blue».

—Me encanta esta canción —dice Wendy, y se palmea las piernas con fuerza. Deja ahí las manos, agarrándose los muslos como para mantenerlos en su sitio.

—¿Y qué? ¿Te va la fiesta?

—¿Qué?

—¿Te-va-la-fiesta?

—¿En general? No sé...

—Ya sabes. Fiesta.

Fish se ha perdido. La mira suplicante.

—Tú y yo, de fiesta, guapo. Deberíamos irnos de fiesta a algún lado. Podríamos parar a tomar unas copas y todo eso. Pillar una habitación. Algo de hierba. Lo que sea.

Por fin Fish entiende. Mierda. Las mujeres normales no llaman a los hombres «guapos», solo las camareras y las prostitutas. Es una pena, eso sí. «Guapo» es una palabra muy bonita.

Fish medita la proposición. Los muslos de Wendy le tienen la mente atacada. Pero costaría demasiado pasar el rato con una mujer así, ¿verdad? No lo sabe. «¿Cómo he llegado a mi edad sin saber cuánto cuestan estas cosas?» Pero no puede. Nunca se quita la camisa en presencia de gente que no conoce. Wendy le vería los pelos de los hombros y la cicatriz de la hernia, mucho más siniestra de lo estrictamente necesario, y pensaría que es un mal partido, que el pelo y la sonriente cicatriz son la prueba de que necesita pagar para conseguir la clase de compañía que ella podría ofrecerle.

—No, prefiero ir directamente a Redondo —contesta Fish, como si decidiera si ver o no una película de tarde—. Mi amigo me está esperando. Además de su mujer, mi madre y los demás. Mis primos. —Su boca añade parientes más rápido de lo que su mente los cuenta—. Seguro que están todos esperando.

—Podemos darnos prisa, si quieres.

Otro pájaro negro y naranja cruza la carretera bajo y veloz. Fish quiere preguntarle a Wendy si sabe cómo se llaman: ¿tordos? ¿pinzones? Tampoco iba a cambiar nada que supiera el nombre. Un nombre es un diagnóstico, lo que tampoco cambia nada en lo más mínimo. Echa una mirada rápida a Wendy; sus hombros miran hacia él y tiene el mentón agachado.

—No soy cara.

Fish abandona la carretera y para bajo la cubierta de una gasolinera; hay tanta luz que parece de día y piensa en Reno. Wendy ha pedido ir al baño y aquí su piel luce azul, traslúcida, como iluminada desde dentro, y ha desaparecido la humedad. Sin embargo, en lugar de ir al lavabo, va directa a la cabina y mientras habla por teléfono se despide de Fish, como si fuera su padre que la hubiera acercado en coche a un concierto. Fish se va.

Para cuando encuentra un teléfono desde el que llamar a Annie es demasiado tarde. Fish la despierta, o ella finge estar dormida. La primera

sílaba de Annie está cargada de desdén y Fish se pregunta si Wendy seguirá en la gasolinera donde la dejó, unos kilómetros más atrás.

—Tienes que empezar a pensar en los demás, cielo —dice Annie, ahora sin enojo, sin nada, y cuelga.

Al cabo de veinte minutos Fish está de vuelta en el hospital. Pasa de la medianoche y no confía en que le dejen subir a la habitación de Adam. Aparca el coche en el mismo lugar y calcula cuál es la ventana de su primo. Sabe que Adam está en la tercera planta y las dos ventanas posibles están a uno y otro lado de la escalera de acero. De modo que corre por debajo de los sauces y entre las palmeras enanas y empieza a subir.

Es la ventana de la izquierda. Ve a Adam a la luz del televisor. Ahora la cara de niño de doce años está de frente a Fish, con los ojos cerrados. La mujer del pastelillo ha desaparecido.

Cuando Fish está a punto de golpear en el cristal, Adam abre los ojos. Al ver a Fish, no se lo cree. Para asegurarse guiña un ojo como si mirara por un telescopio. Fish saluda y Adam, solo con los dedos, le devuelve el saludo.

Fish no ha pensado más allá. Si tuviera algún mensaje específico que comunicarle a Adam podría transmitírselo mediante mímica, pero no tiene esa clase de mensaje.

Adam articula la palabra «¿Cómo?» y señala a Fish. Este está a punto de imitar el gesto de subir una escalera pero cae en la cuenta de que no puede hacerlo sin quitar ambas manos de los travesaños. Lo intenta con una mano, pero se parece al gesto de comprar, parece dirigir un carrito de la compra. Adam no lo entiende.

Fish niega con la cabeza para empezar de cero. Decide que abrirá la ventana, se colará en el cuarto y charlarán. Pero el marco de la ventana forma parte de la estructura del edificio. No cede.

Fish golpea el cristal con la cabeza, dos veces. Adam sonrío. Fish lo repite unas cuantas veces más para entretenerlo. Adam finge pasárselo en grande. No es tan divertido como fingen ambos, pero no tienen nada mejor que hacer. Pronto, Adam bosteza. Fish bosteza. A Adam se le cierran los ojos, de modo que Fish le indica por gestos que se verán mañana, ondula la mano como si creara una ola, una ola que significa mañana y no para de ondular.

Fish conduce hasta Redondo y se registra en un Red Roof de la carretera. Se dice que verá a Annie por la mañana y luego visitará a Adam de camino de regreso y se ocupará de las bolsas después de registrarlas todas y tirar las

pastillas y cualquier otra cosa que no quiera que caiga en manos de Adam. Decide comprarle una o dos maletas como Dios manda, algo de armazón duro, resistente. Lo hará mañana.

¡Mañana!

Mañana puede meter las cosas de Adam en las maletas duras y llevárselas a su primo, subirlas a la habitación de hospital, alinearlas junto a la puerta para que estén preparadas cuando tenga que marcharse. Adam puede ser un joven prometedor con maletas resistentes y limpias. Fish volverá a empaquetarlo todo, lo ordenará en dos hileras, los pantalones a un lado y las camisas al otro, y el resto de las cosas irán en la otra maleta: calcetines y ropa interior y artículos de tocador y cinturones, los polvos de talco. Mañana podrá hacer todo eso mejor que hoy. ¡Mañana! ¡Mañana!

La habitación de Fish en el Red Roof es oscura y sabe que ha sido tonto. Las paredes huelen a gente y él no se merece algo así, que vuelvan a engañarlo de esa manera. Se ha prometido muchas veces que nunca más se molestaría, que nunca más desperdiciaría su buena intención, casi como un recién nacido, con alguien tan indiferente. Se ha terminado lo de que le tomen el pelo. ¿Por qué iba a colarle un cheque sin fondos el tipo aquel de Daly City? Qué violento... No piensa ser un imbécil. No quiere formar parte del mundo de debajo de la carretera. No. Hoy ha sido mañana y mañana siempre es lo mismo. No, pasará de Annie y de Adam y conseguirá una escopeta e irá a la granja de la I-5 y disparará a un puñado de vacas estúpidas. ¡Ja, ja! De todos modos están sentenciadas —son muchos los animales que están hechos para morir—. Quizá les corte la cabeza y las vacíe y se ponga una de máscara. ¡Sí! Por diversión. Porque sí. La humedad de una de esas cabezotas pesadas... Le encantaría saber qué se siente dentro. Su pelo limpio terminaría ensangrentado, su cara mojada, sucia de todo lo que no hubiese extraído bien antes de ponerse la puta cosa en la cabeza.

ESPERA FURIOSA, FLORECIENDO

Es madre soltera y el único hombre que le interesa es su hijo, que tiene quince años y no ha llamado. Son las dos y treinta y tres minutos de la madrugada y no ha telefonado desde las cinco y cuarenta de la tarde, cuando avisó de que cenaría fuera. Y ahora ella está viendo *Elimidate*, bebiendo vino tinto con un chorrito de ginebra e imaginándose que golpea a su único hijo con un palo de golf. Se imagina cruzándole la cara de una bofetada seca y piensa que el ruido que haría casi compensaría su preocupación, su imposibilidad de conciliar el sueño, los centenares de pensamientos funestos que le han pasado por la cabeza durante las últimas horas. ¿Dónde está su hijo? Ni siquiera sabe dónde pensaba ir ni con quién. Su hijo es un solitario, es un excéntrico. Ella cree que su hijo es de la clase de adolescente que se relaciona con anormales por internet. Y sin embargo, por alguna razón, sabe que su hijo está a salvo, que está bien pero algo le ha impedido telefonar o que ni siquiera se le ha ocurrido llamarla. Quizá el chico está poniendo a prueba sus límites y ella le recordará las consecuencias de semejante desconsideración. Y cuando la madre piensa en lo que le dirá y a qué volumen hablará, experimenta un placer extraño. El placer es similar al que se obtiene de rascar apasionadamente un cuerpo abrumado por la irritación. Abandonarse al acto de rascar, por todas partes y con rabia —lo que ella hizo hace tan solo un mes a causa de una urticaria—, es el placer más profundo que ha conocido. Y ahora, mientras espera a su hijo consciente de lo justa que será su indignación, de lo plenamente justificada que estará cualquier cosa que grite a la cara del irresponsable de su hijo, se descubre aguardando su llegada del modo como el hambriento aguardaría una comida. Asiente con la cabeza. Tamborilea con un bolígrafo en sus labios resecaos. Intenta ordenar sus pensamientos, decidir por dónde empezar con el chico. ¿Hasta qué punto deberían ser generales sus críticas? ¿Deberían referirse de modo específico solo a esta noche o debería ser esta la excusa para abordar todos los defectos de su hijo? ¡Cuántas posibilidades! Tendrá permiso para llegar a donde quiera, para decir cualquier cosa. Se sirve más ginebra en el vaso de merlot y cuando alza la vista, a las

dos y cuarenta y siete, los faros del coche del hijo se dibujan en la ventana delantera. Esto va a ser divino, piensa. Va a ser estupendo. Será fantástico, maravilloso; rascaré y rascaré y florecerá. Corre hacia la puerta. No puede esperar a que empiece.

SILENCIO

La última vez que conté esta historia, la terminé con una conversación que tuve con el resplandor niquelado de la luna sobre un lago negro de la isla de Skye. Fue así:

—Tom, tienes suerte de contar con Erin y otros como ella. —La voz del reflejo niquelado de la luna no era tan profunda como cabría imaginar. Eso sí, era la voz de un cantante, de un tenor, uno que se quería a sí mismo sin reservas.

—Gracias —contesté—. Me siento afortunado.

—A menudo pienso en bajar a vivir entre vosotros, para montar un buen follón. Se ve siempre tan caótico que creo que me gustaría.

—Supongo que es un follón, sí.

—Parece un lío tremendo. A decir verdad, parece casi imposible sobrevivir ahí. Qué sufrimiento.

—No se sufre tanto.

—Pero, Tom, ¡con tanta ley del péndulo! El péndulo de todo el mundo no para de oscilar, adelante y atrás, y siempre te golpea el péndulo de alguien. Anda uno ocupado en sus cosas cuando el péndulo de otro se balancea y ¡pum!, te golpea en la cabeza.

—Sí pasa, sí.

—Os vi a Erin y a ti junto al cobertizo.

—Oh.

—Estaba allí.

—Es lógico. Yo también te vi.

—Os observo a menudo, Tom. Tengo tiempo de sobra. Para mí el tiempo es diferente.

Yo seguía pensando en lo que el reflejo niquelado había visto. Pero él, sin embargo, se consolaba al zumbido de sus propios pensamientos.

—Yo siento el tiempo igual que vosotros soñáis. Vuestros sueños son un embrollo. No recordáis el orden de los sueños, y cuando os acordáis de lo

soñado los recuerdos se confunden. Las caras cambian. Todo se reduce a un montón de luces y sombras. Así es el tiempo para mí.

Tres días antes, en el aeropuerto, me sorprendió que Erin se presentara. Que viniera. Que tuviera coche.

—¿Sabes conducir por el otro sentido? ¿Aquí arriba también va así?

—Sí, va así. Sí, sé.

Erin tenía buen aspecto. Era pálida. Tenía la nariz larga, un tanto curvada, casi rota, en armonía perfecta con su exquisito pelo grueso color chocolate, un pelo que parecía cepillado mil veces por elfos mágicos.

Yo siempre he sido el amigo. He sido inofensivo, el que escucha, el que espera.

—Tienes mucho mejor aspecto —me dijo.

—Gracias —contesté, sin entender a qué se refería.

Yo había cogido un avión para pasar fuera un fin de semana largo y los dos habíamos planeado acercarnos en coche hasta la isla de Skye. Nos abrazamos y gruñí hundido en su suéter, me aparté y la observé mejor. Sus ojos seguían siendo del azul de los océanos en los mapas. Todavía tenía pecas oscuras, casi lunares, en realidad, redondas y discretas, esparcidas por toda la nariz y las mejillas. Ya contaba con eso, pero además me encantaron sus vaqueros color café ligeramente acampanados y algo desgastados en la zona de su atrevido y contundente trasero —Erin había participado en una obra universitaria sobre las mujeres de Robert Crumb—. Así de estupenda era Erin: ¿cómo yo, con mi torso informe y mi cuello grasiento, había conseguido permiso para acercarme a ella? Me enderecé apoyándome en los talones e intenté no sudar ni gritar ni cogerla y llevármela a hombros.

En Edimburgo llovía y estaba oscuro al mediodía. Me desconcertó que Erin —Erin Mahatma Fullerton— se sintiera tan segura en aquella ciudad cuando hacía solo un año que nos había dejado a Washington y a mí. Que supiera conducir por el lado incorrecto de la carretera con tanto aplomo.

—Eres increíble —le dije, acerca de su conducción—. ¿Cómo no te lías? ¿Cómo sigues viva?

—Supongo que estoy acostumbrada a que todo se me dé bien.

Todo se le daba bien. No se me ocurría nada que Erin no hiciera bien. No la envidiaba por ello. No me sentía amenazado. Debería poder afirmarlo sin

que se me juzgue.

Erin conducía con la mano en el volante pero sin agarrarlo, simplemente apoyaba la muñeca. Le apreté una rodilla.

—Esto es rarísimo —dijo, y luego se rió adelantando al máximo la cabeza. Era la primera vez que la veía hacerlo.

—Lo sé. Pero está bien, ¿no?

—Sí. Está bien. —Volvió a reír del mismo modo. Cada vez que lo hacía estaba a punto de golpearse la cara con el volante. Era un hábito nuevo y falso: ¿a qué edad dejamos de adquirir afectaciones así? Confié en que no lo repitiera porque, en caso contrario, tendría que pedirle que parara.

Nos habíamos conocido en una manifestación, o de camino a una manifestación, alguna convocatoria confusa y desesperada. En teoría se trataba de una marcha contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, pero había devenido un acto en contra del posible bombardeo de Afganistán. Era septiembre.

Yo me había fijado en sus pantalones azul violáceos varias manzanas antes y rápidamente la había seguido y le había preguntado si se dirigía a la plaza Freedom. Sí. Se mostró de lo más sociable y aceptó que la acompañara hasta allí. Me dijo que la movía la curiosidad, que no quería acercarse demasiado a la manifestación porque trabajaba para el Ministerio de Hacienda.

Me reí. ¿En serio? En serio. ¿En qué trabajaba exactamente? Trabajaba de enlace entre Hacienda y el FMI. Volví a reírme. Nunca había conocido a nadie de Hacienda.

—Espera —me dijo. Se detuvo, con un nudillo tocándole los labios.

Clavé la mirada en el nudillo apoyado en sus labios. Entonces ocurrió algo que debería haber sido imposible: un pajarillo se posó en su hombro. Erin no se inmutó.

—¡Caramba, caramba! —le dijo al pájaro—. ¿A que es extraño? —me preguntó a mí.

El pájaro se marchó y Erin me guió por un atajo. Atravesamos un arco de mármol y un centro comercial al aire libre. Hundí los dedos en una fuente con el agua demasiado caliente. Pasamos frente a una tienda Cartier mientras los ruidos de la manifestación iban subiendo de volumen por encima de nuestras cabezas. Ante nosotros teníamos unas escaleras relucientes y a la izquierda, el parque. La seguí.

Me pareció que el físico de Erin tenía algo de experimental. Parecía carecer de brazo izquierdo. Bajamos las escaleras; yo caminaba a su derecha, por tanto, así no podía averiguarlo.

Me incliné hacia delante y confirmé que por la izquierda no se balanceaba ningún brazo ni ninguna mano. Cada vez estaba más convencido de que solo tenía un brazo. Un monovolumen grande y negro frenó ante nosotros y la vi claramente reflejada en la ventanilla. Cuatro polis vestidos de antidisturbios bajaron del vehículo, cuatros moles hurañas, y a Erin le faltaba un brazo. Aunque no se sabe por qué no quedaba mal ni parecía débil, el efecto era armonioso: no se trataba de una discapacidad, sino de una mera variación viable. En lugar de permitir que le colgara una manga, Erin se la había cosido al hombro. O el fabricante. No se veía la costura. Me pilló mirando. Se giró y echó a andar.

¿La gente la miraba raro? En primer lugar, dependía del ángulo de visión. Los que captaban la ausencia y confirmaban que era manca a veces ladeaban la cabeza o se detenían brevemente. No por repulsión. Más bien por simple sorpresa, como cuando ves dos gemelos idénticos adultos vestidos igual o un gato con correa. Yo quería intimar con ella porque me parecía el futuro, una clase nueva de persona, una especie nueva. A los trece años había tenido un amigo medio francés medio vietnamita que me provocaba la misma satisfacción: salvaba el espacio que separaba mi mundo del que yo creía nuevo.

En la periferia de la manifestación rodaban algunas cámaras de televisión. Contemplamos a los manifestantes entrar y salir de la plaza. No quedaba claro si la protesta estaba empezando, acabando o en pleno apogeo. Reinaba una energía afable. La proporción entre manifestantes y encargados de documentar su presencia era más o menos de uno a uno.

—No pareces muy contento —me dijo.

Lo cual me alegró. Sonreí. Me sentí como un pájaro que se hubiera posado en su hombro. Erin era tierra virgen donde podría asentarme. Podría llevar conmigo todo cuanto tenía.

Le pregunté si le preocupaba perder su empleo si aparecía en la televisión. Me llevé un nudillo a los labios.

—En realidad no. Hay montones de trabajos. Hay muchísimas cosas que hacer. Demasiadas, la verdad. De todos modos va siendo hora de largarse. Esta ciudad me ahoga.

Se rió con los ojos cerrados. Me reí y la observé. Supe entonces que le conseguiría un empleo donde yo trabajaba, que ella y yo intimaríamos, que descubriría las cosas que quería saber de ella.

Se sentó en el bordillo.

Cerca de nosotros el cartel de un hombre barbudo proclamaba: AMIGO DE LA TIERRA.

Erin lo señaló.

—Es un amigo de la Tierra —dijo.

Una pareja pasó de largo, jóvenes y cogidos de la mano, con la cara cubierta por pañuelos negros. La expresión de Erin se entristeció.

—Tengo que salir una temporada de este país —anunció.

Eso ocurrió hace más de dos años. En el presente, bordeamos la malcarada fortaleza negra de Edimburgo en nuestro cochecito con olor a plástico. Subimos la colina y cruzamos el aparcamiento del castillo rechinando bajo la lluvia y, ya entre las murallas de piedra, nos apuntamos a una visita guiada dedicada a esclarecer la historia de las joyas reales del país. Hicimos chistes muy, muy divertidos sobre las joyas de la corona y el papel de las campesinas en su protección y ocultación. Vimos filmaciones de soldados escoceses de la segunda guerra mundial, o tal vez fuera la primera, a pesar de que casi todas las películas mostraban a los soldados paseándose por ahí con las pipas en la boca. A causa de las viejas filmaciones aceleradas parecían nerviosos, con movimientos de pájaro. Vimos un largo fragmento en el que soldados con faldas bailaban por parejas con los brazos en jarras en un escenario exterior, presumiblemente para entretener a sus colegas. Giraban y giraban, a veces con una mano en la cabeza, otras con la mano en la barriga... Es difícil de explicar.

—Ya no enseñan a bailar a los soldados como antes —dijo Erin.

Todos los hombres de la filmación estaban muertos. Cuando era muy joven no podía ver nada en blanco y negro en la tele porque sabía que la gente del televisor ya no era más que polvo. Abracé a Erin por detrás y ella miró fijamente mis manos entrelazadas, flácidamente, alrededor de su cintura.

Sabía que Erin no había sido feliz desde que se mudó a Londres. Aunque sus preocupaciones venían de casa. Recibía noticias de la familia y se sentía inútil. Su primo favorito, marine, estaba en Kabul. Los padres de Erin seguían casados pero salían con otros; su madre se veía con un jubilado que levantaba

la señal de stop en el cruce de un colegio. El hombre descansaba en una silla de jardín entre grupo y grupo de peatones.

—Siempre di por sentado que no regía del todo —dijo Erin del hombre, que se llamaba Jedediah—. No que fuera retrasado, pero... —Puso cara de zombi. Se rascó las sienes y bizqueó. Ahora el tipo dormía en la cama de su madre.

Nunca antes me había interesado por alguien como Erin. Erin tenía un máster en administración de empresas que yo no comprendía —ni los másters en administración de empresas en general ni el hecho de que ella hubiese querido sacarse uno—. Sabía de comida y quesos e islas caribeñas bautizadas con nombres de santos. Pero era muy fuerte y hasta temeraria. Había dejado su empleo en Washington y ahora estaba aquí.

Quería fundar una comunidad de expatriados en Londres, Escocia o Irlanda. O Noruega. Todavía no se había decidido y estaba examinando posibles ubicaciones —un sitio, decía, «donde no estén todas las iglesias rodeadas de andamios»—. Skye era uno de los candidatos. Erin acababa de visitar Montenegro y había vuelto decepcionada. «Me esperaba más bigotes —dijo—. Bigotes y fedoras.»

Yo tenía la impresión de que había idealizado en exceso la idea de vivir en el extranjero, pero no se lo dije. Recorrimos el museo del castillo, lleno de un sinfín de cosas viejas detrás de cristales nuevos. Erin se quejó de que estaba perdiendo amigos por culpa de sustancias varias y bebés, de que discutía por teléfono con todos sus conocidos de Estados Unidos. Estaba convencida de que en todos los casos ella tenía razón, pero, aun así, quería saber si me parecía algo loca. Le contesté que estaba perfectamente.

—Yo siempre estoy de tu lado —dije.

—Bien. Pues quédate cerca y juntos eliminaremos sistemáticamente todas las locuras de mi vida.

El coche no tenía reproductor de compactos, pero Erin tenía un adaptador que conectaba su lector portátil con el radiocasete. Mientras ella nos llevaba colina abajo hacia el centro, yo lo conecté todo solo para descubrir que los cables no aguantarían enganchados sin alguna clase de adhesivo.

—Espera —me dijo Erin.

Detuvo el coche en un pequeño mercado situado en la parte de atrás del castillo y bajó corriendo. Era la primera vez que nos separábamos desde el

aeropuerto y ocurrió demasiado pronto. Apoyé la mano sobre el cuero donde Erin había ido sentada. Deseé que estuviera más caliente.

Erin regresó corriendo y sonriendo como si hubiera robado algo. Abrió la portezuela, la lluvia y el viento entraron ruidosamente, y Erin subió al coche. La portezuela se cerró sola de golpe.

—Adivina qué he comprado.

Adiviné:

—Celo.

—Biiieeen... —Erin retorció el dedo índice en el aire, tratando de arrancarme más palabras de la boca, como jugando con un yoyó. Casi me vuelve loco de deseo.

—¿Celo especial? —aventuré, con ganas de cogerle la cara y estrujársela y lamérsela.

—No solo celo. Celo Scotch.

—Ya.

—¿Lo pillas? ¿Scotch?

—Oh.

La lluvia tamborileaba.

Erin sacó el celo de la bolsa de papel blanco con ademán elegante. Abrió mucho los ojos, tratando de mostrarme impresionado.

El celo era amarillento, de color ámbar. Se parecía a la cinta adhesiva que usábamos en primaria, antes de que inventaran el celo de calidad.

—Parece viejo —dije.

—No, no, este es el mejor. ¡Esta gente lo inventó! Probablemente aquí arriba, en el castillo. Un puñado de monjes, tardaron siglos.

Erin se esforzaba por arrancar algo de celo del rollo, pero no venía unido al habitual dispensador. Quería ayudarla, aunque sabía que me lo pediría si fuese necesario. Esa era la norma.

A los pocos segundos Erin estaba enfrascada en el ensamblaje, enrollando el adaptador y el lector portátil con celo. Pero la cinta no pegaba. Se desprendía al instante. Parecía papel. Aquello no era cinta adhesiva. Carecía de cualquier tipo de cualidad adherente.

Me reí y me callé enseguida. Erin estaba enfadada. Desprendió otra tira de celo y comprobó si enganchaba con los dedos.

—Ni siquiera es pegajosa —se quejó—. Es increíble.

Arrancó el coche y seguimos viaje.

—Se supone que es celo Scotch, ¿no? —dijo—. Maldita sea.

A través de las Tierras Altas al anochecer. Por montañas verde eléctrico donde enormes rocas blancas destacaban como dientes.

—Esto es el paraíso —le dije a Erin, encantado con el sonido de la palabra «paraíso» y con la esperanza de impresionarla. Ahora conducía yo, y pronto descubrí que conducir por el otro carril no resultaba demasiado difícil—. Me encantaría vivir aquí —comenté, tratando de parecer soñador.

—Aquí no se puede vivir. No hay nada. Ni trabajo.

—Se puede trabajar a distancia.

Silencio de Erin.

—Si tú vivieras aquí... —empecé a decir, pero cambié de opinión.

Me sonrió sin convicción. Absorbí hasta el menor destello de su sonrisa.

Cuando conocí a Erin yo trabajaba en una empresa procesadora de estadísticas, un pequeño establecimiento fundado por un ex pitcher de primera división llamado Dean Denny. El tipo iba armado, era memo y llevaba bigote. Tras retirarse del béisbol con treinta y dos años, se había presentado a las elecciones, había perdido, había dedicado diez años a participar en grupos de presión a favor de cualquiera, desde Exxon a Greenpeace, y luego había creado el Instituto Americano de Estudios Estadísticos. El instituto ocupaba un edificio victoriano reformado en Alexandria, donde atendía a las fundaciones sin ánimo de lucro de Washington, algunos organismos federales y aquellos que querían influir en las primeras, los segundos o ambos. Los otros dos empleados se llamaban Michael y Derek, Michael era el hijo de Dean y Derek un viejo amigo de Michael y ex asistente personal de Alan Simpson, senador por Wyoming.

A los dos meses de conocer a Erin le conseguí trabajo en el IAEE. Me daba miedo que Erin detestara a Michael y a Derek, de que la cargaran. Hacía poco que Michael y Derek se dedicaban a cambiar siglas del nombre de la empresa por diversión e imprimir tarjetas de visita con el resultado. Eran unos cachondos, un par de capullos. A mí me llamaban La Tortuga.

El Hombre Tortuga.

Luego Tortura.

Luego Tontura. Luego Tonsura.

Por último retomaron Tortuga.

Eran divertidos y leales. Se reían de los Dockers pero vestían pantalones asombrosamente parecidos a los Dockers. A veces iban al trabajo con gorra de béisbol, con la visera cuidadosamente doblada en una sonrisa invertida de

bordes deshilachados. Su calzado siempre era perfecto: viejas Nike de excursionista de caña baja en tonos terrosos o Bucks blancas impecablemente descoloridas y desgastadas. Vestían al estilo que ciertos catálogos al estilo Cape Cod intentaban imprimir en sus modelos, pero a aquel par se les daba mejor y sin ningún esfuerzo, se metían un solo lado de la camisa por dentro, sus ropas se veían usadas pero nunca raídas...

Parece como si yo prestara atención a su guardarropa, pero no lo recuerdo así. Sabemos de qué clase de hombre hablo. Tipos majos, que distinguen el bien del mal. Yo tenía la impresión de que, en caso de apuro, harían más por mí de lo que yo haría por ellos. Lo llevaban en la sangre; no eran de los que se lo piensan dos veces.

El Instituto Americano de Estudios Estadísticos era el único de su especie en la Costa Este y por tanto éramos los mejores en lo nuestro. Éramos los que elaborábamos las estadísticas —cuántos accidentes laborales se producen al año, cuántos niños son acariciados por curas cada década, a cuántos gatos les arrancan las zarpas en zonas urbanas cada semana, lo que fuera— y, entre otros servicios, extrapolábamos tales datos a frecuencia por día, hora, minuto, lo que resultara más grave. Sabíamos cuáles eran las cifras más pertinentes —525.600 minutos al año, 31.536.000 segundos— y, en consecuencia, siempre encontrábamos el modo de que cualquier tema o tendencia resultara lo más amenazador posible. Tres millones de ardillas envenenadas por alimentos procesados al año es una cosa, pero si el público descubre que una de esas ardillas muere cada doce segundos, bueno, entonces, por pura lógica, tienes a una población motivada para actuar.

Dada la proximidad física, los cuatro conocíamos una cantidad excepcional de información sobre nosotros. Si queríamos, podíamos escuchar hasta la última palabra que pronunciara cualquiera de los otros por teléfono o cualquier otro medio. Pronto desarrollamos una actitud protectora hacia los demás, pero en especial hacia Erin, acerca de la que nos gustaba fingir que necesitaba protección. Era hija única y se había criado en las afueras de Asheville —conservaba un ligerísimo deje— y, como solía decir, ahora se sentía como si hubiera heredado tres hermanos. La primera vez que lo dijo, al cabo de unos meses de trabajar juntos, los tres codiciamos el comentario, queríamos que nos considerara sus hermanos —al menos, animó a Derek a empezar a levantar pesas—. Pero Erin consiguió que cualquier anhelo romántico por ella pareciera antinatural. Hasta entonces todos habíamos cobijado intenciones de diversa intensidad en tal sentido. Mis sentimientos hacia Erin eran confusos. La quería.

Ella notaba cosas. Cuando me sentaba enfrente, en una comida, Erin terminaba por encontrar el momento para, tras estudiarme durante unos segundos, afirmar: «Tienes ojos de pececillo. Hueles a limpio. Como un niño pequeño». Daba igual lo que dijera, siempre se lo agradecía. «Escondes algo por debajo de la superficie —me dijo un día comiendo un bocadillo, filtrándose por el más pequeño de mis poros y leyendo todos mis recuerdos—. Como un puñado de dientes con ganas de salir.»

Yo quería amarla heroica, desinteresadamente: honrarla y defenderla y castigar a la gente que le mirara el muñón de un modo ofensivo. Pero pronto descubrí que tenía pretendientes de sobra y, como mínimo, algunos mejores que yo. Todos parecían hombres callados, sin complicaciones, por lo general mayores que Erin y que, de manera invariable, aparentaban más edad de la que tenían, y vestían de lana. Pero de vez en cuando veíamos fugazmente a algún «viejo amigo» o a un conocido de tal gimnasio o tal grupo —iba a muchos conciertos—, y esos hombres nos preocupaban. Esos hombres eran más delgados, iban mal afeitados y calzaban botas.

Ella repartía sus atenciones entre los tres con una ecuanimidad enloquecedora. Solíamos almorzar todos juntos, pero a veces, fruto de una rotación casual pero calculada, comíamos con ella a solas. Durante una temporada, Michael y Derek se adentraron en un terreno donde se les permitían bromas procaces acerca del brazo inexistente. Yo nunca me sumaba a la broma, ni Dean. A Derek, Erin le permitía llamarla Zurdita, pero en cierto momento Michael perdió el derecho a bromear sobre el brazo aunque no sé por qué. Me alegré.

Michael, Derek y yo, los tres inseguros con respecto a las intenciones propias y ajenas, acordamos una noche de borrachera que nunca la tocaríamos, ni siquiera en un estado similar al que nos encontrábamos en ese instante. Aunque todos tuvimos nuestros momentos de intimidad. Derek la sacaba a dar vueltas en moto, Michael le enseñó a asar un cerdo. Yo era el único al que Erin —por quererme más o por ser el menos viril— le contaba sus relaciones masculinas.

Erin aseguraba no querer hablar demasiado de los hombres, pero lo hacía y a la menor provocación. Escuchar sus nombres o los mote que Erin les ponía —Dedos, Señor con Queso, Mr. Robinson— me incomodaba; estaba claro que muchos de ellos seguían acechando no muy lejos y que o bien Erin no era muy experta en atajar esas relaciones o bien no deseaba hacerlo. Se quejaba de que por lo visto atraía a hombres que querían «extraer» algo de ella. Era la palabra que Erin empleaba con frecuencia al referirse a aquellos

hombres no identificados, «extraer». Yo la consideraba perfecta, a pesar de que deseaba que se anduviera con más ojo o que procurara no cruzarse en el camino de esos hombres malos. Los hombres malos, le decía yo, no siempre se descubren a primera vista, aunque no estaba convencido de que fuera cierto.

—No puedo desconfiar de las intenciones de todo el mundo —me decía Erin.

—Mal hecho. Tienes que preocuparte de sus intenciones. A los tres minutos de conocer a un hombre, sus intenciones contigo están decididas por completo.

—No me lo creo.

Detenidos en una prominencia del terreno, la neblina se arremolinaba a nuestro alrededor como si fuera a dejar un genio por estela y, cuando escampó, abracé a Erin apoyando mi pecho en su espalda. Hundí la cabeza en su nuca. Ella aceptó el abrazo y giró la cabeza para verme, luego me estrechó con intensidad fugaz... y me soltó. Erin me sabía débil y tonto. Pero cuando me soltó, la volví a atraer hacia mí e indiqué con la tenacidad de mi abrazo que me gustaría retenerla así al menos uno o dos minutos, atiborrarme de ella hasta saciarme. Estaba abrumado: la codiciaba a ella y al mundo, por este orden.

No perdí ojo del lateral de su cara para ver si la giraba hacia mí. En caso de que ocurriera la besaría brevemente y luego me reiría, fingiendo que era solo una tontería. La besaría durante el lapso suficiente para satisfacer la curiosidad que me despertaba besarla pero con una brevedad que me permitiera quitarle importancia al beso: ja, ja, qué desmadre, no tiene la menor importancia.

¡Pero siempre importaría! Siempre recordaría este momento, estos abrazos y, en caso de producirse, ese beso. Lo catalogaría y referenciaría con frecuencia, y esperaba que a corto plazo atracarse de tanto afecto platónico evitaría que acometiera alguna acción más drástica. Ante un resplandor así, con ese aire patente de corrección, costaba muchísimo trabajo no hacer nada mal. Nos abrazamos durante tres minutos y luego nos separamos y la besé en la cabeza mientras ella fijaba la vista en mi cuello.

Volvimos al coche.

Eran las ocho en punto de un día azul subacuático cuando cruzamos el puente de la isla de Skye. Había niebla, una condensación brumosa que todo lo teñía de gris. Teníamos un mapa, pero tan vago que enseguida nos perdimos. La isla desprendía una especie de calma profunda, y yo lo único que quería era una posada pequeña y cálida donde solo quedara una habitación disponible — lo siento, no nos quedan dobles—, para que tuviéramos que compartir cama.

Nos detuvimos a pedir habitación en una modesta pensión cuyo cartel anunciaba «Sra. MacIlvane». Varios farolillos guiaban al visitante hacia la entrada, una enorme puerta escarlata con un picaporte en forma de cornamenta en el centro. Salió a abrir una mujer pálida y corpulenta, tan parecida a Terry Jones travestido que casi nos echamos a reír. Me habría gustado que la mujer hablara en falsetto, pero su voz resultó sorprendentemente matizada, casi neblinosa.

Erin le preguntó si quedaban habitaciones libres y me fijé en que la mujer no vio que era manca. Erin tenía un modo especial de permanecer de pie, un modo que, según me dijo ella misma, adoptó el día que nos conocimos. Dicha postura ofrecía solo tres cuartas partes del cuerpo a la vista, presentando a la gente algo más del hombro derecho de lo habitual.

Mientras la mujer nos contaba que su hijo estaba en casa y ocupaba la única habitación disponible, el hombre de la casa, rechoncho y con una mata de pelo gris peinado hacia la izquierda, apareció por detrás y le dio en la rodilla, haciéndole perder el equilibrio. La mujer dio media vuelta, le pegó en el hombro y los dos nos sonrieron, tímidos y orgullosos.

—Les va a costar un poco encontrar habitación esta noche —dijo el hombre.

—Este fin de semana han subido muchos aficionados a los pájaros —explicó la mujer—. Alguien ha corrido la voz de que aquí hay frailecillos y han subido a buscarlos.

—¿Son aficionados a la ornitología? —preguntó el hombre.

—Sí —contestó Erin—. Muchísimo.

—Bueno, siento lo de la habitación —repuso el hombre, a punto de cerrar la puerta—. Los invitaríamos, pero tendríamos que compartir cama.

—Y ya no lo hacemos —dijo la mujer, fuera de vista, riéndose. Y una puerta grande de color escarlata se cerró en nuestras narices.

Mientras conducíamos sin rumbo especulamos sobre la vida sexual de aquella pareja. En algún momento comenté algo acerca de que posiblemente Erin quisiera montárselo en grupo con la pareja de ancianos.

—Parece que quieras pasar la noche con Terry Jones y su marido.

Creo que dije algo así. Era broma, pero no entoné bien y sonó fatal.

Erin, con toda la alegría disponible en el mundo, contestó:

—No, gracias. Esta vez no.

Le pregunté qué quería decir.

—Nada.

—¡Has practicado sexo en grupo!

Se calló.

—¡Erin! Pillina.

Silencio.

—¿Con quién?

Nada.

—Dímelo. Tienes que contármelo.

Un suspiro.

—No fue nada. Un poco extraño. Olvídalo. ¿Ves algún otro lugar donde pasar la noche? ¿Sale algo en el mapa? No quiero tener que regresar a Kyleakin.

Este intercambio representaba un nivel de intimidad que nunca habíamos alcanzado. Las historias que habíamos compartido con anterioridad siempre habían surgido de manera voluntaria, estimulante pero no retadora. Ahora la estaba presionando y sentía una gran proximidad.

—¡Dime con quién! ¿Otra chica, una pareja, qué?

—No lo sé. Para.

—¿Quiénes eran? ¿Alguien que conozca? ¡Apuesto a que eran dos tíos!

Lo estábamos pasando en grande. Al mismo tiempo, tenía la impresión de estar metiendo la cabeza en el fondo de un horno.

—No fue nada. Algo extraño.

Se me secó la boca y fingí mantener la sonrisa. ¿Por qué perseguimos información que sabemos que nunca nos quitaremos de la cabeza? Estaba invitando a pasar a mi casa a un huésped violento y permanente. Se cagaría en mi cama. Me rasgaría la ropa, prendería fuego a las paredes. Le veía acercándose por el camino de entrada y detenerse frente a la puerta, sabedor de que yo sería tan tonto que le invitaría a pasar. Aun así, abrí la puerta.

—Sabes que no pararé hasta que me lo cuentes —dije, tratando aún de resultar jocosos.

Una niebla se abalanzó sobre el coche y Erin encendió los faros.

—¿Quién? —pregunté, a sabiendas. Casi a sabiendas de quién era mientras mi vista se acostumbraba a la penumbra que nos separaba.

—¿De dónde ha salido esta niebla? ¿Por qué te obsesionas así?

Erin comprobó el retrovisor lateral y bajó la ventanilla para ajustarlo. Yo ya sabía que estaba en lo cierto.

—Dímelo —dije, en voz muy baja.

Erin detuvo el coche y me miró.

—No seas pesado. Creía que ya lo sabías.

—Déjame conducir —dije.

Los dos salimos en silencio y pasamos por delante del coche, de carrocería humeante, cuyos faros iluminaron nuestros rostros blancos y aterrados.

Conduje más rápido. Erin era execrable. Eran viles, los tres. Alimañas con pantalones Dockers. Y mentirosos. Cerré los ojos y no vi colores.

La carretera negra devoraba las luces de nuestros faros. Yo zigzagueaba a derecha e izquierda con las líneas dobles; jugaban conmigo. No lograba imaginar que alguna vez quisiera volver a hablar con ella, ni con ellos. Casi resultaba un alivio.

—Tom.

No contesté. Quería encontrarme en una guerra. O en una caja. Algún lugar donde siempre supiese lo que hacer.

No quería estar en Escocia. Solo salir de Skye sería un avance, que la bahía se interpusiera entre los dos. Iría a Muck o Eigg o Benbecula o Rhum. ¿Cómo es que ya lo sabía? Mucho antes de que Erin me diera alguna pista ya lo sabía. Decidí que sí, que ojalá me hubiera mentido. Ya no me gustaba su cara. Había enrojecido y estaba flácida: prácticamente le colgaban los carrillos, ¿verdad? ¿Quién era esa persona? Era un animal.

Dos destellos de blanco y un golpe y algo negro y un par de ojos: había atropellado a un ser vivo. Erin ahogó un grito, en silencio, y de inmediato pensé, extrañamente complacido, que estaba tan acobardada por sus pecados que reaccionaría con silencio a un accidente de tráfico. No podía gritar.

Paré el coche.

—Un perro, creo —dijo Erin.

Di marcha atrás. En el retrovisor, un bulto negro interrumpía la carretera, situado justo en la divisoria. Las luces de freno no bastaban para iluminarlo. Di la vuelta al coche para enfocarlo con los faros. No era un perro. Era una oveja.

Tenía la lana negra y los ojos casi blancos, pero también grises y azules. Reflejaban de plano las luces del coche. Le salía sangre por la boca. Tenía la

cabeza torcida. Dios mío, dijo Erin.

Había dos ovejas blancas junto a la carretera. Estaban hablando con la oveja muerta. Avanzaron vacilantes hacia el centro de la calzada, donde yacía el cuerpo de la oveja negra. Querían que la oveja muerta se levantara y seguir camino.

Erin y yo dijimos: Dios mío, Dios mío, mira eso. Por primera vez en la vida pensé que los conocimientos científicos del mundo cambiarían por algo que yo había presenciado. Seguro que esa comunicación entre ovejas, esa conciencia de mortalidad, no era conocida.

—¿La recogemos? —preguntó Erin.

Lo pensé.

—No. Está justo en el centro. No la atropellarán más, no se cruzará en el camino de nadie más. Deberíamos dejarla donde está.

Las dos ovejas miraron hacia el coche y nos hablaron a Erin y a mí. «¿Cómo habéis podido hacerlo?» Balaron al coche. «¿No os basta con lo vuestro? ¡Monstruos!»

—Ay, Dios mío —se lamentó Erin—. Nos están hablando.

Los dos animales se dirigieron al coche. Rápidamente ganaron velocidad y echaron a correr hacia nosotros.

—Me están asustando —dijo Erin.

Metí la marcha atrás. Retrocedí cincuenta metros. Volví a parar el coche y eché un vistazo. Una oveja seguía hablándonos y la otra había dado media vuelta y había reanudado la conversación con la negra desmembrada.

Seguimos adelante, ahora muy despiertos los dos. Mientras atravesábamos Portree, un pueblecito de tabernas y posadas de madera y tiendas de lana, me sentía destrozado, pero solo cuando me concentraba en lo ocurrido. «Que les jodan.» Cuando lo pensaba movía los labios y luego sonreía. Erin me veía sonreír y no me devolvía la sonrisa porque sabía por qué sonreía.

Al hotel de Portree le habían concedido demasiadas estrellas: estaba bien construido pero carecía de encanto. Doce periódicos diferentes abiertos en abanico esperaban en la mesa excesivamente lacada del salón, una robusta chimenea mascaba sus cereales en un rincón, los techos eran abovedados y las camas con dosel, pero la luz tenía un tono enfermizo y las paredes olían a lluvia y frustración. Lo único acogedor era un gato que dormía encima del mostrador. Bostezó, enseñándome sus dientes de plastilina.

Reservamos una suite con dos habitaciones.

—Tom —dijo Erin cuando salimos a las silenciosas escaleras.

No contesté.

En la suite, cerré una puerta corredera blanca que me separaba de la parte de Erin. Me cambié y bajé las escaleras solo, al trote, determinado a reclamar mío el comedor. En torno a mi mesa, parejas silenciosas me observaban y respiraban sobre sus platos. Miré por el ventanal. El reflejo de la luna se dibujaba trazado con tiza sobre el fondo negro de la bahía en calma. Los cubiertos pesaban demasiado.

Me despertaron toses. Erin corrió al baño a toser pero solo sirvió para que retumbara más al rebotar contra las paredes embaldosadas. El sol empezaba a despuntar. Erin se sonó. Abrí las puertas correderas a tiempo de verla salir del cuarto de baño vestida solo con una pequeña camiseta. Con la puerta del baño abierta, una luz dorada la iluminaba desde atrás. Erin apagó la luz y regresó la oscuridad.

—Perdona —dijo—. Vuelve a dormir.

Forcé la vista. Las piernas de Erin eran más delgadas y suaves de lo que había imaginado. Pensé en pegamento blanco.

—Me encuentro fatal.

Estaba emocionado. Dios había actuado con celeridad. Erin estaba transformada: el día anterior era fuerte y de movimientos veloces; hoy, frágil y estropeada. Se bebió un trago de jarabe para la tos Nyquil y cayó dormida.

Corrí las puertas y dormí hasta las nueve. Quería marcharme, pero me preocupaba lo que pensaría de mí el personal del hotel por dejar sola a una amiga manca y enferma para irme a revolotear por la isla. Bajé y le dije al hombre de la recepción que Erin descansaba, que no la molestaran.

Era media tarde y el ambiente seguía húmedo, pero yo tenía la cabeza despejada. Costaba más estar enfadado con Erin mientras ella dormía y yo conducía lejos y a solas. Estaba en Kyleakin, la pequeña población de intersección con el territorio principal de Escocia, y me detuve antes de entrar en el puente que me llevaría de vuelta. Podía dejar a Erin. Tenía una muda en el coche. A la derecha, un grupo de edificios; justo detrás, las ruinas de un pequeño castillo.

Paré en un albergue. En la sala de reunión todos eran jóvenes y se fingían pobres, menos los cinco miembros de una familia rusa situada a la izquierda

que comía espaguetis mientras montaba un rompecabezas.

Pregunté en el mostrador dónde podía alquilar un bote.

—Tenemos un bote de remos.

El bote, apostado en la playa gris de piedras y palos cubierta de algas negras como el cabello de cien sirenas muertas, estaba boca abajo y era plateado. Desaté el nudo, le di la vuelta al bote y lo arrastré hasta el agua. Lo empujé dentro y salté a él desde una roca para no mojarme los pies. El agua de ese sitio sería brutal. La punta del pie derecho llegó al bote mojada, pero, por lo demás, lo conseguí. Estaba en el bote y me iba alejando de la orilla. Me adentraba a toda velocidad en la bahía a bordo de un bote prestado, estaba solo y podía dirigirme a donde quisiera.

Pero el bote iba mal encarado. Solo veía la playa y los edificios cada vez más pequeños. Para el pasajero de un bote todo era aventura, mirar adelante, pero para el remero todo era trabajo, apalea carbón en la sala de máquinas. Remé hasta que el albergue se redujo a una vaga silueta y las ruinas del castillo se convirtieron en un borrón. El agua estaba tranquila y resultaba fácil remar. Iba camino del océano.

Nunca había tenido un bote, pero ahora me daba la impresión de haber desperdiciado un montón de años. Me reía sin parar de lo simple que era todo, el bote, el agua. No me creía lo estúpido que podía llegar a ser todo aquello. Podía asirlo todo entre el pulgar y el índice.

Remé durante veinte minutos y entonces oí ladridos. Miré hacia la orilla en busca de un perro corriendo por la playa. Pero no vi ninguno. Me di la vuelta y me descubrí a quince metros de un par de islas rocosas que asomaban de la superficie del agua, paralelas, negras, del tamaño de un autobús cada una de ellas. Una era yerma, pero de la otra, situada unos treinta metros más atrás, escapaban afanosamente al menos cuarenta focas, montones de focas, ladrando y aleteando y sumergiéndose para huir de algo. Pero ¿de qué?

Oh.

Viré el bote y remé lejos de las rocas; me sentía fatal por haberlas molestado. Remé rápido para que regresaran a la isla. Me encontraba a medio camino de la playa cuando empezaron a saltar de nuevo a su roca.

Volví a girar el bote, de cara a las focas. Quería verlas, tenía que verlas. Esta vez me mantuve agachado, remé despacio, volviendo imperceptiblemente la cabeza de vez en cuando para comprobar el rumbo y la situación de las focas. Las focas no actuaban de modo uniforme. Luchaban.

Ladraban, saltaban unas encima de otras. Algunas se lanzaban al agua y otras emergían, asomaban del océano como si cayeran de agujeros del cielo. Tanto movimiento sin sentido, tanto chocar entre ellas, restregándose las carnes y ondulando, haciendo ruido, me molestaba, me exasperaba. Esperaba que los animales fueran ordenados. Sus cuerpos tenían sentido, sus células y venas eran matemáticas. A nivel celular, ¿no era todo funcional, lógico e inmejorable como un panal? Sin embargo, en algún punto de la escala evolutiva se perdía el orden y aparecía esto, el balanceo y los ladridos, la locura.

Y tenía los pies mojados. Tenía los tobillos mojados. Bajé la vista. El bote se hundía. Estaba solo unos centímetros por encima del agua, que se abría paso alegremente por un agujero debajo del asiento. Intenté remar pero el bote estaba acabado, no se movía. El agujero era enorme.

La playa estaba al menos quinientos metros. No la alcanzaría. Comprendí con total claridad que podía morir allí y solo pensaba en lo que los tres harían el fin de semana de mi funeral, juntos otra vez. Dejé los pantalones, los zapatos y el cinturón en el bote y salté antes de pensar en el impacto que recibiría en el pecho. Sacudí los brazos, pero pronto cogí ritmo y nadé hacia la orilla con las llaves del coche en la boca y el viento, ahora que se había ocultado el sol, soplando cada vez más. Nadé con una rabia necesaria. Tragué la más fría de las aguas.

En la playa me levanté y me sentí inmenso. Los niños rusos del albergue me vieron salir del agua y corrieron adentro. El mundo había intentado matarme pero sentía explosiones en el pecho y había vencido. Había alcanzado la orilla y pronto estaría dentro del coche, respirando aire caliente. Me cambiaría de ropa y quedaría como nuevo.

Mientras conducía de vuelta al albergue sabía que Erin era solo un ser humano en este mundo: no valía la pena enfadarse por sus flaquezas. No podría controlarse ni queriendo y lo único que podía hacer yo, como alguien capaz de sobrevivir en cualquier circunstancia, era ser caritativo con ella. Erin, como las ratas, se aparearía con cualquier persona o ente con quien compartiera la jaula. Ya no estaba enfadado. Quería abrazarla, perdonarla, acariciarla como a una mascota.

Volvía al hogar junto a Erin y quería celebrarlo. Entré en su habitación al tiempo que ella se despertaba y se arrastraba hasta el lavabo para vomitar. La observé bajar la cabeza sobre el borde del váter, oí el ruido del agua cayendo

sobre más agua. Necesitaba contacto. Quería que me viera vivo. Quería comerme su vómito... cualquier cosa con tal de tocar su boca con la mía.

—¿Estás despierta?

Erin estaba arrodillada frente al inodoro.

—No hace mucho. ¿Me disculpas un segundo? —pidió, cerrando la puerta despacio.

—Perdona —me excusé, y regresé a mi cuarto.

Miré el canal de noticias en el bar y tomé un par de bebidas que nunca había probado, ambas con whisky, licor que siempre había detestado pero que ahora me parecía la única bebida apropiada para alguien como yo, alguien capaz de salvar su propia vida. Era entrada la tarde cuando volví a la habitación de Erin, abrí las puertas correderas y me la encontré vestida y con aspecto casi normal.

—Estás levantada.

—Sí. Me encuentro bien.

—Te he oído en el baño.

—Sí, era lo último que me quedaba. Estoy vacía. Me siento bien. Me gustaría ir en coche a algún lado.

Salimos en coche.

Llevábamos las ventanillas bajadas y todo olía a húmedo, cada brizna de hierba prometía nuevos brotes. Los bordes de la carretera estaban vallados y las ovejas se mantenían a distancia. Bajamos del vehículo tres o cuatro veces junto a la costa, paseamos por senderos terrosos y mojados para contemplar el mar gris a lo lejos, más allá del ganado en las montañas y las casitas blancas.

Llegó la lluvia. Soplaban un viento fuerte y rayas rectas rasgaban el aire desde el cielo hasta el suelo. Salimos una vez, en Moonen Bay, para caminar por la orilla de una pequeña playa de piedras grandes y redondeadas y en cuestión de minutos acabamos empapados. Erin habló.

—Gracias por ser bueno, Tom.

Asentí. Me sacudí, empapado. Erin no sabía nada.

A medida que el día oscurecía llegamos cerca de la cima de la isla. Yo conducía y ella consultaba el mapa. Erin había encontrado un faro que quería visitar antes de que anocheciera.

En Loch Mor descendimos por una colina mullida hasta un valle. El sol poniente desapareció y dejó un cielo de rojos recargados. La luna apareció demasiado pronto. El valle se inclinaba en torno a un lago en forma de

lágrima, de color rosa a causa de los extraños estallidos fucsias del crepúsculo tardío. Brezos violetas amorataban la tierra de hierbajos verdes mientras bajábamos a saltos. El lugar estaba concebido por un muchacho melancólico en un ataque de emoción.

Agarré a Erin por la cintura y la alcé, me la eché al hombro. Quería decirle «¡Mira qué sitio!», pero opté por callarme, quizá para castigarla. La dejé en el suelo y ella huyó de mí corriendo.

La alcancé cuando se apoyó en una pared rocosa de cara al lago en forma de lágrima. Observé una roca blanca partida y surcada de musgo. ¿Se parte la roca y permite así la presencia del musgo o el musgo agrieta la roca? Erin apoyó la barbilla en mi pecho.

—Es precioso —dijo.

—¿Dónde está el faro?

—Debe de estar por ahí detrás.

Erin señalaba un inmenso afloramiento rocoso de unos trece metros de altura y perfil de yunque volcado de lado. Seguimos el sendero que bajaba hacia la derecha por la pendiente del valle. No se veía el faro. Cuando el sendero se niveló nos dirigimos a un acantilado: una caída de casi treinta metros sobre una playa rocosa y un oleaje malevolente. La luna estaba tan alta que se reflejaba en el lago con resplandor niquelado.

Donde suponíamos que el sendero terminaría en el mar resultó que continuaba descendiendo por otro valle más pequeño al fondo del cual se encontraba el faro, en lo que parecía el mismísimo fin negro y azul de este mundo. Erin ahogó un grito. El faro no era una construcción pequeña y solitaria, sino inmensa y rodeada de un puñado de edificios oscuros. Recordaba a un complejo penitenciario con vallas y torres de vigilancia.

—Bajemos —propuse.

—Ve tú. Yo lo veré desde aquí.

—Solo no voy. Pero me apetece mucho verlo.

—Perdona. Se parece demasiado a una montaña encantada para mí.

Dimos media vuelta y el viento barrió el valle con dudosas intenciones. Remontamos la colina contra el viento, en dirección al coche. La chaqueta de Erin no tenía botones ni cremallera; se la aguantaba con la mano. Señalé un rebaño de ovejas a lo lejos, a la derecha. Bajo aquel viento oscuro resultaban fantasmagóricas, conspiradoras. Sabían que habíamos matado a una.

—Corre —dijo Erin.

Corrimos sendero arriba y alcanzamos un pequeño cobertizo en el que paramos a descansar. Estaba acalorado por el ejercicio y, a cobijo del viento,

hacía más calor. Erin apoyaba espalda y cabeza en el edificio, jadeando. El cartel del cobertizo, que ahora pendía sobre nuestras cabezas, advertía: «ATENCIÓN, TORNO EN USO».

Me incliné hacia Erin. La acerqué a mí y la besé en el pelo.

—Perdona —dijo, hablando en mi pecho.

—¿Por qué?

—Lo del faro ha sido idea mía.

—No pasa nada.

—Pero lo siento. Perdona, en general.

Tenía la cara roja y áspera; parecía pasar mucho frío. Volví a inclinarme sobre ella y le froté la espalda con manos escrutadoras. El frío y los muslos de Erin me habían excitado, el viento me mareaba.

—Date la vuelta —le dije.

Se colocó de cara al cobertizo, dándome la espalda. Me abrí el abrigo y la envolví con él, juntando mis brazos delante de su estómago.

—¿Más calentita? —pregunté.

—Sí.

Se estremeció fugazmente para demostrarme que estaba a gusto, apretándose contra mí. Estaba empalmado. Supuse que Erin lo notó, porque dejó de moverse.

Acerqué mis labios a su oreja y le lamí el borde. Erin no emitió ningún sonido. Estreché mi abrazo y la acerqué más a mí, palpitando contra su cuerpo. Sentía vértigo, mi cabeza iba a la velocidad de un perdigón. Erin me abrazó y me frotó los riñones mientras yo abarcaba toda su oreja con la boca y respiraba en sus cavidades. Erin se arrodilló y se volvió de cara a mí.

—No —dije, dándole la vuelta de nuevo. Le bajé los pantalones, luego bajé los míos.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy muy...

No logré terminar la frase.

—¿Qué? —jadeó Erin.

—Solo quiero... —Ahora la acariciaba entre las piernas, en busca de humedad. Hundí un dedo.

—¡Ay! Me has hecho daño.

—Perdona —me disculpé.

Me removí entre sus piernas, por debajo de ella. Estaba cálido y seco. Necesitaba...

—Espera —me dijo.

—No puedo.

Encontré la entrada y empujé. Apreté la mejilla contra la nuca de Erin, su suave pelo se me metía en la boca. Embestí con más fuerza. Erin separó los pies, levantó la mano y apoyó la palma abierta en el cobertizo. Retrocedí, sin soltar sus caderas, y entré hasta el fondo. Dentro me sentía inmenso; todo estaba muy cerca. La piel de Erin, desnuda, estaba fría.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor y vi tres ovejas a menos de seis metros de distancia, inmóviles, mirándonos fijamente. El viento nos arañaba, en el valle éramos muy pequeños. Las ovejas no se movían.

Yo no podía mantener los ojos cerrados, no podía apartar la vista de las ovejas que nos observaban. Me faltaba el aliento, estaba congelado, mareado. Me sentía acabado antes de terminar. Salí de Erin y retrocedí. Me abroché los pantalones y me encaminé al sendero azotado por el viento. El reflejo niquelado de la luna reposaba ausente, sin hacer nada.

—Perdona —dije.

De espaldas a mí, Erin se subió los pantalones a la altura de los muslos.

—No te disculpes. Aún resultaría más raro.

—Mierda. Qué mal.

—No digas eso. Es qué mal si decimos qué mal. No es verdad. No pasa nada.

Quería ayudarla a subirse los pantalones pero sabía que rechazaría mi ayuda. Quería sentarme. Quería que me cortaran en pedacitos y se me comieran.

—Erin.

Apoyándose en la pared, fue deslizándose hasta quedar sentada. Me miró con ojos entornados.

—Me has hecho daño, Tom.

—Perdona.

—¡Joder! —dijo—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder-joder!

—Perdona.

—Me has hecho daño.

—Perdona.

—Al menos podrías haber esperado.

Quería tirarme de la roca en forma de yunque. O quería contarle a Erin que quería tirarme para que así me compadeciera, viera mi sufrimiento. Permanecimos sentados un minuto, lanzándonos alguna que otra mirada de vez en cuando. Yo quería borrar el camino que me había conducido hasta ella.

Intenté tocarla en el hombro, donde le faltaba el brazo. Me apartó la mano.

—Mierda —dijo—. Todo este puto año ha sido una mierda.

En el cuarto de Erin había una gata. Ya la había visto en el vestíbulo del hotel, pisando cautelosamente a lo largo de la repisa de granito de la chimenea. Era muy pequeñita y maulló lastimosamente cuando entramos.

—Tiene hambre —dijo Erin.

No estuve de acuerdo. En mi opinión, el animal solo quería más de lo que merecía, seguro que la alimentaban habitualmente, pero no dije nada. Me alegré de que Erin me hablara.

Erin decidió bajar a por leche para la gata y, cuando abrió la puerta, el animal trató de salir con ella. Pero Erin lo empujó dentro y cerró la puerta.

Alimentaríamos a la gata y la queríamos, fijo. Encontré comida en una neverita de debajo del televisor. Anacardos. Abrí la lata y esparcí trocitos de anacardos por la moqueta. La gata se abalanzó a picotear entre los frutos secos; los devoró en cuestión de segundos. Le serví otro puñado y se lo comió. Se abrió la puerta y Erin entró con un vaso de leche blanca inmaculada. Jamás había sido tan feliz como cuando la vi entrar. No me despacharía, todavía no.

Al cabo de unas horas, la gata dormía y Erin, tumbada al lado, tenía los ojos entornados. Se oía un ronroneo. Me sentí contento. ¿Por qué reconforta tanto velar el sueño de otro? Todos —¿no es cierto?— queremos criaturas durmiendo en nuestros hogares mientras vamos de un lado a otro apagando las luces. Yo lo quería ahora. Rocé la suave cabeza de Erin y ella me lo permitió. Me lo permitió porque estaba cansada. Parecía profundamente cansada. Después de Escocia no volvería a saber de ella.

Mientras mis dedos revoloteaban entre los cabellos de Erin, la luminosidad exterior atrajo mi vista lejos de la habitación. La persiana dibujaba franjas en la luna, pero se veía el reflejo niquelado en la bahía. Parecía papel de aluminio cuando, después de arrugarlo, se alisa con el pulgar o el dorso de un cuchillo. Sonrió, me miró con complicidad ingrata y empezó a hablar.

TU MADRE Y YO

Ya te lo conté, ¿no? ¿Lo de cuando tu madre y yo conseguimos que el mundo se pasara a la energía solar y eólica, hidráulica y todo eso? ¿Nunca te lo he contado? ¿Me alcanzas el queso? No, el otro, el cheddar, eso. De veras que pensaba que te lo había contado. Qué cabeza tengo.

Bueno, pues el mérito de reducir nuestra dependencia del petróleo e inaugurar la Edad del Viento y el Sol es nuestro, de tu madre y mío. Fue impresionante. Aunque el nombre no es nuestro. Eso se le ocurrió a tu tío Frank. Siempre quiso tener un grupo que se llamara así, la Edad del Viento y el Sol, pero nunca aprendió a tocar la guitarra y no sabía cantar. Cuando cantaba vocalizaba demasiado, ¿sabes? Cantaba como si tratara de enseñar inglés a niños turcos. A niños turcos con problemas de aprendizaje. Cantaba rarísimo.

¿Ya has terminado? Vale, toma, Monterey Jack. Échalo en el cuenco. Todo, bien. La cosa era bastante simple, consistía en convertir la mayor parte de la electricidad del país. Llegó un momento en que todo el mundo sabía que teníamos que aguantarnos y poner el dinero para que las ciudades generaran su propia energía porque, joder, ¡al principio era carísima! ¿Todos esos paneles solares y molinos de viento de los edificios urbanos? Antes no existían. No, no estaban. Consulta las fotos, tesoro. Sencillamente no estaban ahí. Los tejados de millones de edificios no se aprovechaban para nada, así que me dije: Oye, que los edificios generen parte de la energía que consumen o toda, y encima hasta puede quedar bonito: a todo el mundo le gustan los molinos de viento, ¿no? Los molinos de viento son una pasada. Así que empezamos en Salt Lake City y después seguimos por otros lugares.

Oye, ¿me rallas ese? Solo la mitad de ese trozo de muenster. Ten un cuenco. Gracias. Luego nos ocuparemos del cheddar. El cheddar es el siguiente. Después del cheddar va el pecorino. Nunca en el orden inverso. Hazme caso, cielo, Jack, muenster, cheddar, pecorino. Es la única manera.

Justo después se inició un período de gran actividad. Tu madre y yo solíamos ocuparnos de un gran proyecto como la transformación de la energía

y luego nos dedicábamos a un puñado de asuntos menores y rápidos. De modo que pintamos todas las carreteras de rojo. Tú no te acordarás, ni siquiera habías nacido. Pero por aquel entonces nos dedicábamos a las carreteras, así que las pintamos casi todas de rojo, la mayoría, sobre todo las autopistas: de un rojo correoso que pegaba con todo, con las cosas verdes y los cielos azules y los bosques de cedros y los pantanos dorados y las playas de color azucarado. Creo que teníamos razón. A ti te gustan, ¿verdad? Antes eran grises. De locos, ¿a que sí? Tu madre opina que el amarillo también habría quedado bien, un tono como el ocre pero algo más dulce. En fin, esa misma semana, nos libramos de la financiación de la educación ligada a los impuestos sobre la propiedad —¿puedes creerte que antes tragaban con semejante mierda?—, prohibimos los pantalones cortos de ciclista salvo para los profesionales y abrillantamos el pelo de todo el mundo. Sí, fuimos nosotros. Tu madre y yo.

Fue justo después del trabajo con los grupos de presión... ¿Eso tampoco te lo he contado? Debo de estar perdiendo la cabeza. ¿Nunca te he mencionado a los grupos de presión, nunca te he hablado de cuando deportamos a sus miembros? Esa parte, lo de la deportación, fue idea de tu madre. Yo me limité a proponer prohibir los grupos de presión. O al menos prohibirles que hicieran donaciones y obligarles a colgarse un cencerro para que todos los oyeran venir. Y entonces, tu querida mamá, que me parece que iba un pelín achispada —estábamos en un bar donde servían cerveza Zima especial, y ya sabes cómo le gusta a tu madre la Zima—, dijo: ¿Qué te parece si, para asegurarnos de que esos cabrones no regresan a Washington, los mandamos a todos a Groenlandia? Vaya, la idea se propagó sola. A la gente le encantó y Groenlandia les brindó una cálida acogida; por lo visto llevaban tiempo buscando modos de potenciar el turismo. Montaron algunas jaulas y un mirador y obtuvieron un gran éxito.

Para serte sincero, entonces estábamos un poco desquiciados. Esas cosas, en especial lo de los grupos de presión, ¡jo!, ponían a tu madre muy cachonda, chico. De hecho, me parece que te concebimos por esas fechas. Tu madre era como un maremoto...

Oye, no me mires así. ¿Qué pasa? ¿Me he pasado de la raya? ¿No quieres saber cuándo te concebimos? Cualquiera pensaría que te gustaría saber esas cosas. Bueno. Admito mi error.

En fin, ya puestos, nos deshicimos del genocidio. La idea principal consistía en crear y mantener una fuerza militar de unos veinte mil soldados bajo los auspicios de las Naciones Unidas que pudiese ser desplegada en

cualquier parte del mundo en unas treinta y seis horas. No se trataría de los acostumbrados cascos azules, que se limitaban a contemplar la carnicería. Los nuestros tenían que ser tipos duros. Estábamos asqueados del modo como el mundo civilizado miraba para otro lado mientras cientos de miles de personas se mataban entre ellas en Ruanda, Bosnia, Armenia y demás. Por aquel entonces la ONU acostumbraba a mandar una docena de soldados belgas. Unos tíos muy majos, pobres, pero la verdad, con un genocidio en Ruanda que llega a ochocientas mil muertes en un mes, ¿vas y envías a doce belgas?

De manera que planteamos nuestra propuesta, a las Naciones Unidas le gustó y en menos de un año la fuerza estaba montada y en marcha. Y chico, uf, tu madre otra vez como una moto. Fue cuando tuvo lugar tu fecundación, y por eso te llamamos Johnna. Ahora me acuerdo... antes me he confundido. De hecho a tu madre y a mí nos pillaron en un lavabo de la ONU después de la votación a favor de nuestra propuesta. El lavabo, todo mármol y dorados, estaba lleno de gente y en el peor momento entró Kofi en persona. Desde luego le sorprendió encontrarnos allí, sobre el lavamanos, pero debo admitir que el tipo se enrolló muy bien. La verdad es que creo que incluso disfrutó, se quedó mirándonos un minuto, porque estaba claro que nosotros no íbamos a quedarnos a medias...

Vale. Dejaré el tema. Es solo que forma parte de la historia, tesoro. Todo cuanto hicimos empezó con amor y terminó en lujuria...

Pero tienes razón. No resulta apropiado.

Justo después de lo del genocidio íbamos atacados, estábamos ocupadísimos. Lo atribuyo en parte a las vitaminas que tomábamos: un tratamiento muy intenso de hierbas, vitaminas y batidos de proteínas. Salíamos disparados de la cama e íbamos de un lado a otro brincando como conejos. Eso fue cuando cubrimos Cleveland de hiedra. Has visto las fotos. Fuimos nosotros. Simplemente dijimos: Oye, Cleveland, ¿y si estuvieras todo cubierto de hiedra, incluso los edificios? Y les pareció estupendo. Aunque no de buenas a primeras. ¿Sabes quién nos ayudó con eso? Dennis Kucinich. Yo le llamaba Sparky porque era un batallador. Tu madre le llamaba The Kooch, que significa El Bailón.

Vamos a necesitar los tres tipos de salsa, cielo. Sí, los cuencos pequeños. Solo tienes que verterlo hasta el borde. Bien. A tus hermanos les gusta mezclarlo. Yo soy fan del suave.

Después de Cleveland y la hiedra hicimos que los niños volvieran a memorizar poesía. Nosotros no habíamos aprendido ninguna al crecer —eran los años setenta y ochenta, y hacía mucho que nadie enseñaba esas cosas— y

lo echábamos de menos. A las chicas les pareció bien y los chicos se apuntaron cuando comprendieron que les ayudaría a llevarse a la cama a mujeres mayores que ellos. Por entonces prohibimos usar pieles fuera de las regiones árticas, inundamos el mercado de diamantes, oro y plata hasta que perdieron todo su valor, arreglamos el agujero de la capa de ozono —eso te lo podría enseñar porque lo grabamos en vídeo— y luego hicimos lo de las llamas. ¿Qué haces? ¿Le echas nata agria a la salsa? No, no. No está bien, cielito. Por Dios.

Pues sí, pusimos llamas por todas partes. Fuimos nosotros. Nos gustaba contemplarlas, así que criamos seis millones y las repartimos por ahí. Antes no estaban, tesoro. No. Vaya, mira, ahí hay una, en el jardín trasero. ¿No te parece una preciosidad? Ahora son tan comunes como las ardillas o los ciervos y eso tienes que agradecerérselo a papá y mamá.

Es la hora del jalapeño. Usa el cuchillo pequeño. Te vas a cortar la mano. No querrás hacerte daño, ¿verdad? ¿Ves la cicatriz que tengo en el pulgar? Parece una guadaña, ¿a que sí? Me la hice cuando negociábamos la retirada de las vallas publicitarias del país. Estaba trepando a una valla en Kentucky para iniciar una huelga de hambre o algo por el estilo, una tontería, supongo, y menudo tajo me hice en el pulgar izquierdo.

¿Por qué las vallas publicitarias? ¿Alguna vez has visto una? ¿En los libros? Bueno, supongo que nunca me gustó verlas: me parecían muy feas y una intrusión en la conciencia colectiva involuntaria, un cáncer de la tierra. En Vermont las habían ilegalizado y ¡menuda diferencia! De modo que tu madre y yo revivimos la campaña de lady Bird Johnson contra las vallas publicitarias y, por supuesto, el noventa y ocho por ciento del público nos apoyó, de manera que la cosa fue bastante rápida. Al cabo de un año prácticamente se habían retirado todas las vallas. Inmediatamente después concebimos a tu hermano Sid y me ataron los tubitos.

Pásame un poco de ese pastel, tesoro. Tomaremos pastel de melocotón después del evento principal. Quiero rociarlo por encima con crema Cool Whip y meterlo luego un minuto en el congelador. El truco es de Frank. A Frank se le ocurren muy buenas ideas para mejorar los postres refrigerados o congelados. No, no es su trabajo, cielo. Frank no tiene exactamente un trabajo, por decirlo así.

Supongo que en gran parte lo que hicimos, lo que hizo posible mucho de todo esto, fue eliminar la naturaleza bipolar de lo que entonces pasaba por debate. Con frecuencia los medios de comunicación tomaban incluso la idea más lógica, como la financiación privada de los estadios deportivos o que las

universidades exigieran cuarenta horas de servicio comunitario para licenciarse, y conseguían que pareciera que existiesen dos enfoques igualmente convincentes sobre la cuestión. De modo que hicimos que no perdieran la perspectiva de las cosas en lugar de volver loco a todo el mundo y polarizar todos los debates. O sea, llegó un punto en que no podías cambiar una bombilla porque la prensa encontraba el modo de sacar a relucir al único lunático del planeta que no quería que se cambiara. Así que los sentamos a todos, a todos los miembros de los medios de comunicación, y les dijimos: «Mirad, todos queremos progresar, todos queremos un mundo mejor para nuestros nietos y demás. Sabemos que necesitaremos mejorar el consumo de carburante de los coches y que todos los críos necesitarán un programa de enseñanza especial para niños con carencias, y vamos a necesitar desfiles semanales en todos los pueblos y ciudades para mantener la moral y tendremos que deshacernos de la norma del strike tres y los mínimos obligatorios y la ejecución de los prisioneros retrasados... Todo ello tendrá que ocurrir antes o después, así que no os dediquéis a exagerar vuestra oposición. No vayáis por ahí exaltando al personal». Sinceramente, apuesto a que cuando se ilegalizaron los linchamientos la prensa lo presentó como si apoyarlos tuviera alguna validez. Seguro que en el tercer párrafo decían algo así como: «No todo el mundo está contento con la legislación antilinchamientos. Hemos hablado con un residente local al que no le hace ni pizca de gracia...». En fin, los sentamos a todos, servimos algunos bastoncitos de zanahorias y cebolla para mojar y en un par de horas tu madre y yo lo habíamos solucionado.

Por esa época vivimos un período de lo más productivo. En unos seis meses establecimos un salario mínimo global, conseguimos que los detectores de humo se desconectaran sin necesidad de arrancarlos del techo y logramos que Soros comprara Amazon para evitar su quiebra. Fue divertido: nos llevó en su avión privado y tenían unos refrescos a los que tú mismo le añadías el colorante. ¿Los has probado alguna vez? Están buenísimos pero no puede írsete la mano: si exageras con el jarabe te pasas una semana hinchado. Bueno, después regresamos a casa, descansamos unos días y luego descubrimos la cura para el Parkinson. Nosotros, cielo. Sí, fuimos nosotros. ¿Nunca consultas nuestro álbum de recortes? Pues deberías. Está en el garaje con tu tío Frank. ¿Estás seguro de que está dormido? No, no le despiertes. Aunque supongo que tendrás que despertarlo de todos modos, no creo que quiera perderse la «comida grande».

Tras el Parkinson, solucionamos bastante bien lo del sida. No lo curamos, pero exigimos a las empresas farmacéuticas que pusieran a disposición gratuita de todo el mundo los medicamentos inhibidores si querían operar en Estados Unidos. Tenían unos márgenes de beneficio desorbitados, de modo que transigieron, enmendaron algunas cosas y todo salió bien. Ocurrió por la época en que hicimos los edificios más curvilíneos y los coches más parecidos a cajas.

Después del sida y las curvas nos ocupamos de las elecciones. Al principio las prolongamos durante más de dos meses y a cuenta de los fondos públicos, además obligamos a las cadenas a ceder dos horas por noche a la campaña. Más o menos por la fecha de tu nacimiento, los candidatos se gastaban cada uno doscientos millones en anuncios televisados porque los informativos solo dedicaban noventa segundos por noche a las elecciones. ¡De locos! De modo que resolvimos el asunto y luego perfeccionamos el voto electrónico y por teléfono. Tío, la participación creció de manera espectacular. Todos creían que el problema era la apatía cuando resulta que el problema era ¡encontrar el puñetero colegio electoral! Y tanta burocracia: regístrate ahora, vote luego, diríjase a este colegio pero sáltese el trabajo para hacerlo, esto, lo otro. ¿Votar un martes? Por Dios. El voto electrónico o por teléfono, eso sí que era simple, y la participación pasó de más o menos un cuarenta a un ochenta y ocho por ciento. Creo que lo arreglamos durante el fin de semana del día de la Hispanidad. Recuerdo que acababa de cortarme el pelo muy corto. Sí, como en la fotografía del pasillo. Lo llamábamos estilo Timberlake.

Fue cuando a tu madre le entraron otra vez las calenturas. Salió y se compró un trasto, una especie de columpio con arnés...

De acuerdo. No necesitas saberlo. Pero lo del arnés viene a cuento porque le dio una idea a tu madre —algunas de las mejores ideas las tenía tumbada—: se le ocurrió ilegalizar tener más de un presidente de la misma familia. Era una queja personal de tu madre. Habíamos tenido a los Adams y a los Bush y estábamos a punto de tener a los Clinton y sencillamente tu madre se hartó. ¿Qué coño pasa?, preguntó. ¿Es que vamos a tener una monarquía o qué? ¿Es que somos tan burros que hemos de ir a por agua siempre al mismo pozo? Esto no es una audición de Aaron Spelling, ¡es una puñetera votación a presidente! Yo le planteé el tema de los Kennedy y me contestó: «¡Que les den!». O tal vez no dijera eso, pero vino a querer decirlo. Tu madre es muy apasionada, puro fuego...

Ejem. Así que se salió con la suya mediante una enmienda constitucional.

Siguió otro período de mucho trabajo. Una semana hicimos que todos los coches fueran eléctricos e instalamos piscinas con toboganes en todas las escuelas de primaria. Elevamos la esperanza media de vida a los ciento sesenta y cuatro años, ilegalizamos fabricar o vestir suéteres Cosby y mejoramos el aspecto de los penes: los hicimos más aerodinámicos, con mejor color y menos pelos. La gente supo apreciar los cambios. Y lo último que hicimos, y eso sí que te lo he contado, fue el programa que permite que todo el mundo pueda regresar a un año de su infancia. Por quinientos ochenta dólares puedes regresar al año que elijas y revivirlo. No se te permite cambiar nada ni hacer nada de otro modo, pero regresas a esa edad y vives el año entero con lo que ahora sabes. Esa sí que fue una buena idea, tío. A todo el mundo le encantó, y nos compensó por todos a los que habíamos cabreado cuando pintamos hasta el último centímetro de Kansas de color púrpura. Yo elegí el período comprendido entre cuando tenía diez años y medio y once y medio. Quinto curso. Tío, qué gozada.

Hablando de niños de diez años, ahí viene tu hermano. ¡Y el tío Frank! No hemos tenido que despertarte. «¡Hola hermano, tíos! ¡Esta la noche de los nachos! Sí, sí.» Y aquí está tu madre, bajando las escaleras. Con el pelo recogido. Es uno de los logros que más me enorgullecen, haber convencido a tu madre para que se recoja el pelo más a menudo. La primera vez que se lo recogió, una semana antes de casarnos, me quedé sin aliento, tenía la impresión de haber conocido a una gemela de tu madre y estaba hecho un lío. ¿Estaba engañando a mi amor con otra versión de ella con el largo cuello a la vista y el pelo cayéndole en hélices hasta rozarle las clavículas? Ella me aseguró que eso no se consideraba infidelidad y así nos casamos, con tu madre con el pelo recogido: así desfilamos al son de la música y la fanfarria, todo amarillo y blanco, codo con codo, con pasos largos y regulares, ella y yo, tu madre y yo.

NAVEED

Stephanie está en su dormitorio, rodeada de sus cosas, y en ese dormitorio está James, a quien conoce por amistades comunes y quien tiene los antebrazos perfectos. Esta noche se han quedado los dos últimos en una fiesta en honor a un amigo que se marcha del país para criar llamas en Bolivia o quizá a cultivar café. Ahora están en el cuarto de ella, Stephanie y James, porque se gustan un montón, sobre todo esta noche, en que los antebrazos de él parecen verdaderamente excepcionales. Pero James solo se quedará en la ciudad de Stephanie una semana más, después irá a Oregón a trabajar de guarda forestal de algún tipo. La cuestión es que juntos no tienen futuro, pero Stephanie se muere de ganas de mantener una relación sexual con James. Pero si lo hace, James elevará el número de parejas sexuales de Stephanie a trece y, en su opinión, serían demasiadas. No demasiadas para ella —puesto que solo se arrepiente de dos, ambos llamados Robert, ambos demasiado gordos por detrás—, sino demasiadas para cualquiera con quien termine casándose. Ya oye la conversación, dentro de un año o de cinco, con el hombre de su futuro, quienquiera que sea —también tendrá unos antebrazos de escándalo—, cuando tras mucho titubear y adivinar y sospechar por fin acuerden intercambiar información acerca de sus compañeros pasados: números, nombres, frecuencias, locales. Y Stephanie sabe ya que trece parecerá excesivo. Cree que incluso doce, cifra en la que se encuentra ahora, parecen demasiados y que es probable que espanten a un hombre no muy seguro de sí mismo. Pero trece es otra cosa, con otras complicaciones más siniestras. Trece es la docena del panadero, y esta frase, «docena del panadero», es el problema. Sabe que se casará con un hombre equilibrado y seguro de sí mismo, con sentido del humor, y un hombre con sentido del humor oír la cifra trece y, sin el menor atisbo de duda, hará alguna broma relacionada con la frase «docena del panadero». Y aunque los dos se reirán cuando su prometido pronuncie la frase y volverán a reír cuando él evoque la imagen de los panaderos reales, con sus batas blancas y sus gorros y sus manos enharinadas, haciendo cola para echarle un tiento a Stephanie —¡ja, ja, jo, jo!

—, tanto a Stephanie como a su amado les asqueará en secreto la imagen y la frase y su origen y de este modo será el principio del rápido desmoronamiento de su amor y respeto mutuos. No se recuperarán de la imagen mental de Stephanie y el montón de panaderos, de su cuerpo cubierto de harina o revuelto entre la masa ni de la que parecerá inevitable incorporación de un rodillo de amasar. Todo lo cual la deja sin opciones por el bien de su futuro: tiene que dormir no solo con James, sino con cualquiera que se presente durante el próximo fin de semana. Se llamará Naveed y con él, tal como Stephanie comprende en un instante de lujuriosa revelación, serán catorce y no trece, y para catorce no existen expresiones relacionadas con panaderos ni con tenderos de ninguna clase.

APUNTES PARA UN CUENTO DE UN HOMBRE QUE NO MORIRÁ SOLO

Unas ocho mil palabras.

Avance rápido. Lenguaje sencillo. Ninguna descripción de habitaciones o mobiliario.

El hombre tiene setenta y pico años. Es dinámico, lúcido.

Nombres posibles: Anson. O Basil. Greg.

No quiere morir solo.

Es más, quiere morir rodeado de cuantas más personas mejor. El cuento trata sobre si puede conseguirlo y cómo.

¿Por qué quiere estar rodeado de tanta gente? Por muchas razones, siendo desde luego el miedo una de las más destacadas. Le gusta la gente. Le gusta conocer gente. El día que conoce a cincuenta personas, como en una misa o recogiendo firmas a favor de alguna causa, es mucho más feliz que los días que solo conoce a una. Deja el televisor encendido cuando se va a dormir. Es una imagen/motivo recurrente. Muchos de nosotros dejamos la tele encendida al irnos a dormir. Algunos solo en los hoteles. Pero ¿por qué lo hacemos? ¿Por qué lo hacíamos de niños? ¿Por qué, de pequeños, nos reconfortaba tanto dormir bajo la mesa llena de invitados? ¿O en el sofá mientras la familia veía una película? ¿Porque no queremos estar solos al dejar el mundo de la vigilia?

El cuento tiene lugar en Memphis. Debería incorporar esa enorme pirámide de cristal al lado del río, bajo el puente.

Basil.

Basil padece una enfermedad terminal. Cáncer de huesos. Pero no debería ser una historia sobre el suicidio. Tiene que haber un modo de que sepa que va a morir y pueda disponer o tratar de disponer una muerte rodeado por miles de personas sin quitarse él mismo la vida.

El cuento empieza el día que se le ocurre la idea. Tal vez ha cobijado vagas nociones al respecto durante años pero ahora toman cuerpo y va a contárselo a sus hijos y a su hermano. Tiene un hermano algo mayor que él y tres hijos: dos chicas, que ahora tendrán cincuenta años y pico y a las que crió con ayuda de la mujer con la que estuvo casado largo tiempo y que murió hace veinte años. Era más alta que él. Olía a lilas. Tuvo vitíligo. También tiene un hijo varón de menos edad, unos veintitrés años, y cuya madre era mucho más joven que Basil. Fue una aventura. Ahora ella se ha vuelto a casar y vive en Tokio.

La idea horroriza a las dos hijas. Las avergüenza. No se explican qué le pasa a su padre. Las hermanas quieren que su padre muera en casa. Quizá, periódicamente, también las avergonzaba de niñas. Era un hombre bastante normal —pongamos que era tocoginecólogo—, pero con alguna que otra excentricidad. Siempre llevaba la ropa hecha un desastre, con lamparones. Ellas y su madre eran más limpias. En ocasiones bebía demasiado, trabajaba obsesivamente en un Modelo T que se había comprado en el instituto y era de esas personas capaces de levantarse en un restaurante y cantarle a alguna de ellas el «Cumpleaños feliz» a pleno pulmón. Condujo un viejo Trans Am hasta que cumplió los sesenta, cuando lo cambió por un Hyundai, que consumía menos gasolina. Hace años que colecciona cactus.

Su hijo, que dejó los estudios hace un año y trabaja de bombero/guarda forestal, comprende lo que su padre le cuenta. A él, por ejemplo, siempre le asustó mucho la oscuridad. Por otro lado, es una persona más solitaria que su padre. Le gusta patrullar por el monte Saint Helens —donde trabaja— y aunque es sociable y amigable, necesita estar mucho más tiempo solo que Basil. ¿Lleva barba? Lleva barba.

Se llama Dennis. O Daniel o Derek. Va a ayudar a su padre con su proyecto.

Pero ¿en qué consiste exactamente el proyecto? No están seguros de por dónde comenzar.

Basil telefona a una vieja amiga, Helen, con la que salía de veinteañero. Durante décadas Helen ha sido una conocida organizadora de eventos: galas, mítines políticos, estrenos, fiestas de debutantes. Sabe cómo reservar un local y llenarlo con una multitud. En físico y actitud recuerda un poco a Ann Richards. Basil y Helen no hablan desde hace unos veinte años, pero siguen siendo amigos, amigos perezosos.

Retoman el contacto. Él se presenta un día en el despacho de Helen, consciente de que debería haber llamado antes. Pero le encanta sorprender a la gente (otro detalle que incomoda a sus hijas). Le hacen pasar al despacho de Helen y ambos se observan y descubren algo muy similar el uno en el otro. Dicen que la gente que se parece a veces se atrae, y este es el caso. Se parecen de un modo esencial, al que no ha afectado que hayan envejecido: quizá los dos tienen los ojos pequeños y pecas. Se abrazan y Helen se sienta en una silla a su lado y se cogen de las manos —ella le coge los dedos—. Él la encuentra luminosa. Ella piensa que está loco. Helen se aviene a ayudarlo.

Derek regresa a Tennessee para ayudar a su padre. Se quedará hasta el final. Él, su padre y Helen se reúnen una tarde en el patio trasero de Basil. Basil tiene tres perros que no paran de pelear. Llegan a casa con heridas nuevas un día sí y el otro también. Con todo, los tres duermen en el cuarto de Basil, juntos y en paz.

Helen conoce su oficio, el oficio de los eventos, de modo que sugiere algunas ideas. ¿Durante el descanso de un partido de fútbol? ¿La Universidad de Tennessee? ¿En un partido de baloncesto del Memphis State? ¿Uno de la liga menor de béisbol? El problema podría estar en que tal vez los asistentes no quisieran presenciar algo así y eso no sería justo. Basil decide que no quiere imponerle su muerte a nadie. La asistencia debe ser voluntaria.

Pero la distancia tiene algo de atractivo, dice Derek. Contemplantarlo desde la línea de las cincuenta yardas en un campo de fútbol americano, si Basil ocupara el centro del campo, sería mucho más agradable que estando todos apretados en un sitio pequeño. Derek ha visto a un bombero amigo suyo dejar

de respirar en una camioneta después de sufrir múltiples quemaduras por todo el cuerpo. Le abrumó lo duro que resultó asimilar que la respiración había cesado, que cada inspiración era la mitad de fuerte que la anterior. Insiste en que sería mejor interponer una distancia cómoda.

Aclaran lo que Basil quiere: quiere cientos, si no miles, de personas. Quiere que haya cierta distancia si así se desea. Quiere ser capaz de conocer gente. Debería formarse una cola de bienvenida opcional para que la gente pueda acercarse a desearle buena suerte, estrecharle la mano o tocarle en un hombro. Parecido a un velatorio pero para una persona viva, lo cual, por supuesto, tiene mucho más sentido. Una conversación entre Derek y Basil:

DEREK: ¿Quieres restringir la cola de bienvenida solo a los conocidos?

BASIL: No, no. Que pueda sumarse cualquiera.

DEREK: ¿De modo que personas completamente desconocidas puedan acercarse a saludarte, a despedirse?

BASIL: Claro.

DEREK: Pero la gente es rara. Hay mucha gente rara. ¿No te da miedo que se cuele alguien raro?

BASIL: ¿En algo así? Creo que la ocasión ya es selectiva, ¿no te parece? La gente es rara pero, por encima de eso, es buena. Primero es buena y luego rara.

DEREK: Supongo. Pero apuesto a que se presenta algún siniestro. Y evangelistas.

¿Deberían incluir algún entretenimiento? Helen quiere saberlo. ¿Una orquesta? Podrían celebrar un concierto. Que todo girara en torno a la música. A todos les parece buena idea. Tal vez la música siga cierto ciclo, del nacimiento a la muerte, adaptándose a todos los estadios intermedios.

Basil se ha encariñado con la idea de la música. Pero nada demasiado estridente. Nada de tañer platillos.

Consideran por un momento limitarse sencillamente a abrir las puertas de un estadio e invitar al público a entrar para despedirse de un hombre llamado Basil.

El cuento podría titularse «Todos se despiden de un hombre llamado Basil».

Tal vez puedan organizar una prueba en un local más pequeño. Ponen un anuncio en el periódico con palabras como las que anteceden y ya está. Esperan y esperan y solo se presentan siete personas, y todas se marchan enseguida cuando ven que solo están Basil, Helen y Derek.

Se están acercando a la solución. Saben que debe ser un evento grande y que debe haber música y quizá baile, aunque sea lento. Nada de bailoteos descontrolados, dice Basil. Pero un baile lento, un vals, algo así sería bonito.

Basil no sabe explicar muy bien por qué quiere algo así, pero su hijo y su amiga Helen se convierten en los encargados de aclararlo mientras tratan de convencer a otros para que les ayuden o asistan al evento. Una conversación de muestra entre Derek y el director de origen ruso de la Memphis Symphony, al que Derek trata de convencer para que actúe en el evento:

DEREK: Creo que sencillamente le encanta estar rodeado de gente. De montones de gente.

NIKITA: Entonces, ¿por qué no se pega un tiro en medio de un partido de fútbol y ya está? Aunque supongo que no tiene gracia.

DEREK: No quiere imponer su presencia a la gente. Quiere que la asistencia sea voluntaria. Habíamos pensado en celebrar un concierto y que tú dirigieras la orquesta.

NIKITA: Es una idea tan truculenta que parece rusa.

DEREK: Esperamos que quede bonito.

NIKITA: No ha existido una sola muerte bonita en la historia de la humanidad.

Debaten la clase de precedente que sienta todo el asunto. Una conversación entre Helen y su ayudante:

AYUDANTE: Me parece estupendo, pero ¿y si todo el mundo quisiera hacerlo? El país entero despediría a todos los suyos con desfiles, fiestas y conciertos.

HELEN: No tiene nada de malo. Ya tenemos los Premios a Toda una Vida y cosas por el estilo. Además, no hay tantos Basil por el mundo. Creo que esto se considera un comportamiento muy raro y pocas personas de mi edad elegirían seguirlo. A la mayoría le basta con tener la familia cerca y, eso, con suerte.

AYUDANTE: ¿No hay elefantes que se alejan de todo el mundo para morir solos? ¿No buscan un lugar solitario?

HELEN: Creo que la mayoría. Me parece que lo hacen muchos animales. Los gatos. Los rinocerontes.

AYUDANTE: Pero ¿hay animales que hagan esto, que quieran morir rodeados de miles de individuos? No lo creo.

Se discute un poco si debe servirse comida o no y Basil decide que la comida es buena idea. El vino estaría bien, aunque se opone a que se sirva cerveza o alcohol puesto que podrían animar demasiado al personal. Pero decide que el vino suavizaría la situación. Vino tinto, en una barra y pagado al contado.

Está la historia esa del romano Petronio, el organizador de fiestas de Nerón. Noche tras noche Petronio tenía que idear un espectáculo mejor que el anterior, tenía que encontrar algo más elaborado, extraño, inolvidable. Se cuenta que una noche colocó una bañera en medio de una celebración y se metió dentro. Luego se cortó las venas de las muñecas y su sangre empezó a caer lentamente en la bañera. De vez en cuando se envolvía las muñecas y detenía así periódicamente la hemorragia para charlar con algún invitado. Pero poco a poco fue muriendo para aquellas personas, en la fiesta.

Basil conoce esta historia y quiere asegurarse de que su caso no es similar. Helen se muestra de acuerdo y saca a colación una cuestión interesante: para que la cosa funcione y mantener la dignidad —tanto la de Basil como la de los espectadores—, Basil tiene que ser el centro, no el público. No tiene que haber más motivos para su presencia que el deseo de Basil de que estén presentes y la voluntad de los demás de presenciar un momento importante en la vida de un desconocido. Como cuando la gente vitorea a los que pasan desfilando aunque no los conozcan.

Basil no logra decidir si el evento debe celebrarse de día o de noche. De día resultaría más festivo, ligero y abierto, y podría ver la cara de la gente si así lo quisiera. Pero desde luego de noche podría ser más bonito, todos con velas y

las estrellas luciendo en lo alto. Al final opta por una solución intermedia: al anochecer.

Entre Basil y Helen existe un trasfondo fértil y melancólico. Hacía décadas que habían perdido el contacto, pero ahora se lo pasan estupendamente juntos, se hacen reír —Helen ríe de estómago y enseguida se le enrojecen hombros y cara— y se maravillan mutuamente de la fuerza y el tesón de cada uno. Es una pena que vuelvan a reunirse para que ella le ayude a morir. Se intuye que tal vez podrían tener una breve aventura, pero deciden que es mejor no complicarse. Basil siente sus huesos huecos, como conchas unidas por un cable. Solo les queda sacudir las cabezas ante el hecho de que, ay, podrían haber disfrutado de muchos años de felicidad compartida. Ella también colecciona cactus.

El hermano mayor de Basil es o muy brusco y batallador o ha perdido lucidez y vive en una residencia con asistencia constante. Probablemente esto último.

Alguien, una de las hijas, propone que se retransmita la muerte por circuito cerrado de manera que todos puedan verla y también se limiten las posibilidades de humillación pública. Se rechaza la idea. Basil y Derek explican que no se trata de cuántos ojos observen a lo lejos, sino de sentirse muy acompañado, de sentir la calidez de la gente.

Anotación interesante: a Basil le queda un tiempo de vida determinado, pero su longevidad depende en cierta medida de que lleve una existencia tranquila. Cuando empieza a ir de un lado para otro planeando su muerte, llamando por teléfono y cogiendo el coche para encontrar localizaciones y conocer a gente, queda atrapado en una paradoja. La planificación de la celebración le resta días de vida, lo cual implica que debe trabajar aún más duro porque su último día se acerca cada vez más.

En algún momento Basil debería dudar. Una vez concluidos los preparativos. Quizá en mitad de la planificación. Mejor aún: cancela el evento porque parece demasiado complicado. No han tenido demasiado éxito con los preparativos y se siente fatal porque les roba mucho tiempo a Derek y a Helen. Lo cancela y lo cierto es que Helen y Derek se sienten algo aliviados.

Tenían fe en Basil y en su proyecto, pero también se alegran de pasar a otra cosa. Una muerte tranquila es una buena muerte. También puede ser bonita.

Pero al cabo de una semana, mientras ve la presentación de un nuevo presidente filipino, le vuelve la inspiración. Les telefonea y les pide volver a empezar. O mejor, empieza a organizarlo él solo porque no quiere molestarlos. Derek lo descubre cuando Basil se desmaya un día de puro agotamiento mientras trata de alquilar la cubierta de un portaaviones.

Otras personas deciden ayudar. Amigos de Derek y de Helen, vecinos, amigos, conocidos, desconocidos. Trabajan frente a la casa de invitados de Helen o en una cochera que tiene en su finca y la empresa empieza a tomar color y echar para delante, funciona y parece encontrarse en un momento imparable. Los recién llegados conforman una mezcla extraña de gente: empleados de residencias, jóvenes idealistas, hippies canosos de melenas desgreñadas, algunas personas a las que les habría gustado hacer algo más por sus familiares. Estos son los colaboradores más fervientes.

Basil se encariña con la idea de entrar a pie en el estadio, si es que acaba siendo un estadio. De momento supongamos que es un estadio, y Basil empieza a tener la sensación de que no debería entrar en una silla de ruedas ni en una ambulancia ni en un cochecito eléctrico, sino caminando, y que luego debería sentarse en un sofá. Nada de camas. Helen opina que lo mejor sería un diván.

Cuando tratan de obtener los permisos de propietarios, administradores, funcionarios, vendedores y demás, algunos lo entienden de inmediato y otros se horrorizan. En esta parte podría aparecer la policía y alguna orden judicial, así como alguna organización religiosa que no apruebe el proyecto e intente impedir la celebración. Tampoco debería tratarse de esa clase de cuento. Reprimiremos un poco nuestra incredulidad y todo resultará mucho más sencillo de lo que podría ocurrir en la vida real. Solo tenemos ocho mil palabras.

Al final, se produce en un lugar que no habían planeado. La historia da un giro y en lugar del estadio que hemos imaginado todo el rato se trata de algo diferente: un anfiteatro a la orilla del río, por ejemplo. O en mitad de un

circuito de carreras. Atraviesa la multitud, todos le tocan. Basil nota la quemazón de cada mano. O salta en paracaídas sobre el lugar, agarrado a un paracaidista profesional. Muere durante el descenso. No. Volvamos a la idea original: entra a pie, en procesión, al estilo de los atletas olímpicos en la ceremonia de inauguración.

La gente aplaude. Ha llegado el día. Hay unas cuatro mil personas. Están en un estadio de la liga menor de béisbol, en pleno centro de Memphis. Helen ha hecho cubrir con lonas todos los anuncios. De hecho, todo está cubierto de blanco. Ha conseguido que el sindicato de pintores local le preste todas las telas protectoras limpias que tienen. El estadio luce blanco como el cielo. Basil está anonadado.

Entra andando y todo el mundo lo ovaciona. Saluda. Va con su hijo Derek. Sus hijas han acudido, pero están en la tribuna, bebiendo mucho para que los detalles, para que cualquier elemento que pueda ser desagradable recordar después, se difuminen. La escena es conmovedora; reina la buena voluntad. ¿Quiénes son esas personas? Algunas han viajado desde lejos, movidas por la curiosidad. La mayoría son de la zona. Basil ha ayudado a nacer a muchos bebés en su vida, a miles, y cientos de ellos están ahora allí, adultos que le desean lo mejor.

Se sienta en el diván; está cansado por el paseo, por la emoción. Suena música; han logrado convencer al director de orquesta ruso así como a la mayoría de sus músicos, aunque falta la sección de viento. Tocan una mezcla de Brahms, Mozart, Liszt, Ellington, los Commodores y Sam Cooke. Interpretan el tema central de *En busca del arca perdida*, una de las piezas preferidas de Basil. El sol se está apagando. Basil tarda casi dos horas en sentirse a gusto, en acostumbrarse a toda la gente que le rodea. Distingue rostros individuales, ojos y cabezas y bracitos y manos que puede llevarse con él. Hay una adolescente vestida de tela vaquera de la cabeza a los pies que asiente con insistencia y mueve los labios a un ritmo que solo ella conoce. Va muy maquillada y la carne le asoma por debajo de la camisa y sus grandes ojos pintados se mantienen cerrados durante largos períodos, cuando la música compuesta por seres atormentados la hace sentir viva, y está aquí para despedirse de Basil.

Hay momentos en que todos cantan al unísono una canción en concreto, como por ejemplo «You Send Me». Helen, el verdadero amor de Basil, está sentada a su lado y contempla su rostro contenido. Le preocupa que ahora Basil no quiera partir. ¿Qué hemos hecho?, se pregunta Helen. Basil está mirando a un grupo de hombres y mujeres que han venido con sus bebés. Basil adora a los bebés y ahora querrá quedarse aquí para siempre; esto es la gloria, ¿cómo va a renunciar a esto? Helen empieza a encontrarle sentido a morir a solas, en una fría habitación de hospital de las afueras: nadie echará de menos semejantes habitaciones y por tanto facilitan la transición...

Pero los miedos de Helen son infundados. Mientras ella observa a Basil, Derek contempla a su padre y miles de personas miran al hombre que parece encantado de cerrar los ojos, Basil reverbera de este mundo al siguiente y cae dormido. Oye la música que interpreta la gente, las voces por doquier charlando de nada, riendo por nada, y está preparado.

ACERCA DEL HOMBRE QUE COMENZÓ A VOLAR DESPUÉS DE CONOCERLA

Cuando la conoció y los dos se gustaron mucho, empezó a oír mejor y veía las líneas del mundo físico más nítidas que antes. Era más listo, era más consciente, y se le ocurrieron cosas nuevas en las que ocupar los días. Consideró actividades que antes le habían intrigado vagamente pero que ahora le parecían urgentes y que, creía, debían hacerse con su nueva compañera. Quería volar en artefactos ligeros con ella. Siempre le habían intrigado los planeadores, paracaídas, ultraligeros y alas delta, y ahora sentía que iban a conformar una faceta de su nueva vida juntos, que serían una pareja que volaría los fines de semana y en vacaciones en un pequeño aparato aeronáutico. Aprenderían la terminología; se apuntarían a asociaciones. Tendrían un remolque de algún tipo, o una furgoneta grande, en el que guardar sus máquinas nuevas y las livianas alas plegadas, y conducirían hacia lugares nuevos para contemplarlos desde lo alto. El tipo de vuelo que le interesaba debe realizarse cerca del suelo: a una altura de menos de trescientos metros. Quería ver las cosas moviéndose rápidamente por debajo de él, quería ser capaz de saludar a la gente de abajo, de ver correr ñus salvajes y contar bancos de delfines, saltando lejos de la orilla. Confiaba en que esta fuera también la clase de vuelo que ella quisiera practicar. Le cogió tanto aprecio a la idea de volar con esta persona y de sus vidas entrelazadas que no estaba seguro de lo que haría si no se convertía en realidad. Aunque pensó que era raro que, mientras que el concepto de ese volar era de él y él sería la fuerza motriz que empujaría su plan hacia delante, necesitaba otra persona, esa persona nueva en su mundo, para ser capaz de llevarlo a cabo. No quería volar así solo; preferiría no hacerlo que hacerlo sin ella. Pero si le pedía que volara con él y ella mostraba alguna reserva o no le apetecía, ¿seguiría con ella? ¿Podría? Decide que no. Si ella no viaja en la furgoneta con las alas cuidadosamente plegadas, tendrá que dejarla, sonreír y marcharse, y luego volverá a buscar. Pero cuando quiera que encuentre otra compañera y

en el supuesto de que la encuentre, sabe que su plan no será volar. Será otro plan con otra persona, porque si vuela cerca del suelo será con ella.

MONTAÑA ARRIBA, EN LENTO DESCENSO

Tumbada, tumbada, Rita está tumbada en la cama mirando al techo, en el cuarto tan ruidoso para ser tan temprano en Tanzania. Está en Moshi. Llegó anoche en un jeep conducido por un hombre llamado Godwill. Esta mañana es muy luminosa pero la noche ha sido de una oscuridad demencial, imposible.

Su vuelo había llegado con retraso y los trámites de la aduana fueron lentos. Había una pareja joven estadounidense intentado pasar una caja grande llena de pelotas de fútbol. Según ellos, para un orfanato. El agente de aduanas, de caqui de la cabeza a los pies, sacó y botó cada pelota en el suelo limpio como una patena, como para comprobar la viabilidad de todas las pelotas. Al final se llevaron al hombre a una sala aparte y al cabo de unos minutos regresó mirando a su mujer poniendo los ojos en blanco y frotando el índice contra el pulgar para indicar dinero. Las pelotas de fútbol fueron autorizadas y la pareja siguió su camino. Fuera no hacía humedad, era un día despejado y claro, el aire era frío y ligero, y un viejo delgado de pelo blanco en mangas de camisa y corbata marrón saludó a Rita en silencio. Era Godwill, el hotel lo había mandado a recogerla. Era medianoche y Rita iba muy despierta en el coche; habían conducido en silencio por el lado británico de la carretera a través de la Tanzania rural, con los faros encendidos y atisbando de vez en cuando algún jacarandá y con la compañía constante de hierbas altas al borde de la carretera.

En el hotel le apeteció una copa. Bajó sola al bar del hotel, algo que nunca había hecho, y se sentó en un taburete cerca de una taquígrafa de Bruselas. La taquígrafa, cuyo nombre no entendió pero tampoco pudo volver a preguntar, lucía una melena corta y oscura de pelo grueso y estrujaba la servilleta en diversas formas de tortura, creando minúsculas momias retorcidas. La taquígrafa: rostro curvilíneo e informe como el de un niño, voz melodiosa, acento balsámico. Charlaron de la pena capital, la taquígrafa comparó las lapidaciones habituales en algunas regiones musulmanas con la silla eléctrica y las inyecciones letales de Estados Unidos. Por la razón que fuera, la

conversación fue alegre y relajada. Ambas habían visto el mismo documental sobre gente que había presenciado ejecuciones y a las dos les había asombrado lo poco que parecía afectarles ser testigos de un ajusticiamiento; se les veía hoscos e indiferentes.

¡Presenciar una muerte! Rita no podría. Incluso aunque la obligaran a sentarse detrás de la mampara, cerraría los ojos y tararearía cancioncillas sobre caramelos.

Rita iba achispada y calentita cuando dio las buenas noches a la taquígrafa de Bruselas, que le estrechó la mano demasiado rato entre sus dedos fríos y delgados. Rita cruzó la cristalera y salió al exterior, pasó junto a la piscina en dirección a su cabaña de adobe, una de las doce que se escondían tras el hotel. Pasó al lado de un hombre uniformado de verde con un arma colgada a la espalda, un rifle automático de algún tipo, cuyo cañón asomaba por encima de sus hombros y a la tenue luz del lugar parecía apuntarle a la base del cráneo. Rita no sabía qué hacía ahí el hombre y no sabía si le dispararía por la espalda cuando lo dejara atrás, pero avanzó, le dio la espalda porque confiaba en él, confiaba en el país y en el hotel: confiaba en que entre todos sabían por qué era necesario tener a un guardia armado hasta los dientes de pie y solo junto a la piscina, en calma y limpia, con la superficie salpicada de hojas. Sonrió al hombre y él no le devolvió el gesto, y Rita ya solo volvió a sentirse segura cuando cerró la puerta de la cabaña y la del pequeño cuarto de baño interior y se sentó en el frío inodoro y se acarició los dedos de los pies con las manos.

La mañana llega como un grito por un agujerito. Rita contempla los círculos concéntricos de bambú que componen el techo cónico de la cabaña. Está tumbada sin moverse, con las manos cruzadas sobre el pecho —se ha despertado así— y a través de la mosquitera, excesivamente tensa, aterradora, que la sofoca cuando piensa demasiado en ella, alcanza a ver los círculos concéntricos del techo en lo alto y los círculos suman veintidós, porque los ha contado y vuelto a contar. Los contó mientras permanecía despierta, escuchando a alguien fuera de la cabaña llenar un cubo tras otro de agua.

Se llama Rita. Tiene el pelo rojo como una rumana y las manos grandes. Ojos grandes y boca sin labios y odia, siempre ha odiado, su boca sin labios. De niña esperó a que le aparecieran los labios, a que se rellenaran, pero nunca ocurrió. Cada año desde que cumplió los dieciséis sus labios no solo no han crecido, sino que han encogido. Su padre había sido pastor de una iglesia.

Anoche pensó, de manera intermitente, que sabía por qué estaba en Tanzania, en Moshi, a los pies del Kilimanjaro. Pero esta mañana no tiene ni idea. Sabe que se supone que hoy, dentro de dos horas, debe empezar a escalar la montaña, pero ahora que ha llegado hasta aquí, pasando por Amsterdam y tras una fría noche desde el aeropuerto, sentada en silencio todo el trayecto de una hora más o menos y a medianoche, con la única compañía de Godwill —en serio que el hombre, un viejo mandado por el hotel para recogerla, se llamaba «Voluntad divina» y le alegró mucho porque el nombre le sonaba muy... muy tanzano—, ahora que ha llegado hasta aquí y está despierta no logra dar con la razón de su presencia. No recuerda el origen de su motivación para pasar cuatro días escalando esa montaña, de una blancura cegadora en la cima —una escalada que le han contado que es brutal y a menudo fatal y otros aseguran que es solo un paseo por el parque—. No estaba segura de hallarse en forma y no estaba segura de no volverse loca de aburrimiento. Le preocupaba sobremanera el mal de altura. Tenía entendido que los jóvenes eran más propensos a padecerlo y, a los treinta y ocho años, no estaba segura de seguir siéndolo —joven—, pero le daba la impresión de que por alguna razón ella, en particular, siempre era propensa y tendría que saber cuándo dar media vuelta. Si la presión resultaba excesiva para su cabeza, debía regresar. La montaña tenía casi seis mil metros de altitud y todos los meses moría alguien de edema cerebral y eso que había modos de prevenirlo. Respirar profundamente para que llegue más oxígeno a la sangre y al cerebro y, si eso no funciona y el dolor persiste, existe el Diamox, que licua la sangre y cumple el mismo objetivo más rápido. Pero Rita odiaba las pastillas y había jurado no tomarlas, si el dolor se volvía insoportable se limitaría a descender; pero ¿cómo sabría cuándo descender? ¿Cuáles eran las fases que precedían a la muerte? Tal vez llegara un momento en que comprendiera que era hora de dar media vuelta y bajar la montaña, pero ¿y si ya era demasiado tarde? Cabía la posibilidad de que decidiera marcharse, de que estuviera dispuesta a vivir a menor altitud, pero que para entonces la montaña hubiera tomado cartas en el asunto y Rita muriera allí, en un sendero o en una tienda de campaña.

Podía quedarse en la cabaña. Podía ir a Zanzíbar y beber bajo el sol. Nada le gustaba más que beber bajo el sol. Con desconocidos. ¡Beber al sol! ¡Notar que la lengua y las extremidades se atontan mientras la piel se cuece a fuego lento y los pies cavan más hondo en la arena fina! Borracha al sol se sentía en comunión con todo el mundo y sabía que todos le deseaban lo mejor.

Las manos siguen cruzadas sobre el pecho y, fuera de la cabaña, continúa el rellenar de cubos, ruidoso, constante. ¿Alguien está acarreando el agua para la ducha de Rita? En casa, en Saint Louis, su casero con abrigo de piel de castor siempre estaba llevándole agua, así que, ¿por qué no podía ocurrir lo mismo aquí, en una cabaña en Moshi, con un geco, casi traslúcido, cruzando como el rayo el techo cónico de círculos menguantes que no llegaban a entrelazarse?

Se ha comprado unas botas nuevas, caras, y ha pedido prestados una mochila enorme, una colchoneta aislante, un saco de dormir, una taza y otra docena de cosas. Todas fabricadas con plástico y Gore-Tex. Eran objetos livianos de uno en uno, pero juntos pesan mucho y están todos empaquetados en un fardo alto y ancho de color lila apoyado en el rincón de la cabaña redonda y Rita no quiere cargar con el fardo y se pregunta por qué ha venido. No es alpinista ni una excursionista ferviente, ni nadie que necesite demostrar que está en forma escalando montañas para después mencionárselo como de pasada a amigos y colegas. Le gusta el frontenis.

Ha venido porque su hermana menor, Gwen, quería venir y compraron los billetes juntas, pensando que sería un viaje perfecto antes de que Gwen comenzara a hacer vida de familia con su marido, Brad. Pero Gwen se había adelantado y se había quedado embarazada enseguida, seis meses antes de lo previsto y ahora no podía escalar. No podía escalar pero eso no excluía — Gwen empleaba esa palabra con generosidad y al azar, como otros emplean el *curry* — que Rita fuera. El viaje no era reembolsable, de modo que ¿por qué no ir?

Rita desliza las manos desde el pecho hasta las piernas y aferra sus muslos delgados como para tranquilizarlos. ¿Quién llena los cubos? Imagina que alguien de la chabola de detrás del hotel que roba agua caliente. Ha visto un puñado de adolescentes por allí. Tal vez estén robando el agua caliente para la ducha de Rita. Este es un país pobre. Más pobre que ningún otro lugar en el que haya estado. ¿Es más pobre que Jamaica? No está segura. Ella esperaba que Jamaica se pareciera a Florida, un lugar sano que se beneficia de varias generaciones de turismo floreciente y el flujo constante e irracional de dinero estadounidense. Pero Jamaica era de una pobreza desesperante casi en su totalidad y Rita no entendía nada.

Quizá Tanzania sea menos pobre. Alrededor del hotel proliferan chabolas y también casas de buena construcción con jardines y verjas. Godwill le había contado en un inglés precario que aquí por ley todos los hombres deben trabajar. Quizá la gente elige vivir con simplicidad espartana. Rita no conoce lo suficiente para juzgar la situación. ¡Los parados van a la cárcel! Lo había

dicho Godwill, a quien parecía gustarle esa ley. Lo dijo y después se echó a reír sin parar.

Mientras la mañana se extiende veloz, el sol luce claro y directo como un reflector y Rita quiere evitar pasar junto a los hombres. Ya ha pasado dos veces por su lado y no tiene nada que decirles. Pronto llegará el autobús que los conducirá a ella y a los demás a los pies de la montaña y desde que por fin se ha levantado de la cama ha estado encargándose de todo lo necesario — comer, empaquetar, llamar a Gwen— y para cada tarea ha tenido que ir de la cabaña al hotel, ha tenido que pasar por delante de los hombres sentados y de pie a lo largo de las escaleras que conducen al vestíbulo. Entre ocho y diez, jóvenes, sentados, esperando en silencio. Godwill se lo había comentado, le había contado que los hombres se apuntan a empleos como guía, portero, representante, cualquier cosa que satisfaga al gobierno y no les obligue a demostrar su presencia constante en el mismo lugar, porque en realidad no había tanto trabajo. Rita ha visto a dos de los hombres pelearse brevemente por una bolsa estadounidense para conseguir una propina de un dólar. Cuando pasaba junto a ellos trataba de sonreír débilmente, sin parecer demasiado amistosa, rica, atractiva, feliz, vulnerable, culpable, orgullosa, sana o interesada: no quería que la tomaran por ninguna de esas cosas. Pasaba de largo casi bizca de concentración informal.

La cara de Rita es ancha y casi cuadrada, su mandíbula resulta prácticamente masculina. La gente le ha dicho que parece una Kennedy, una de las mujeres Kennedy, la de la tele. Pero no es guapa como esa mujer; sino que es casi fea, con o sin maquillaje, bajo cualquier luz. Rita lo sabe a pesar de lo que digan sus amigos y Gwen. Está soltera y durante un tiempo ejerció de familia de acogida de una niña de nueve años y un niño de siete, a los que su madre natural malnutría y a los que Rita pensó en adoptar —había imaginado toda su vida, pensó y planeó cada año de su vida con aquellos críos, estaba claro que sería capaz de cuidarlos—, pero entonces los padres de Rita se le habían adelantado. Sus padres también querían a aquellos niños y tenían océanos de tiempo y espacio de sobra en casa y, pese a diversas discusiones, enseguida se zanjó el tema. Pasaron un fin de semana largo en la casa donde se habían criado Rita y Gwen todos juntos, Rita y sus padres con J. J. y Frederick, que colocaron sus trofeos en sus nuevos dormitorios, y el domingo por la tarde Rita se despidió y los niños se quedaron. Fue fácil y

sencillo para todos, y Rita se pasó una semana de vacaciones metida en la cama temblando.

Ahora, que trabaja dos domingos al mes y no puede verlos tan a menudo, Rita los echa de menos de un modo demasiado visceral. Echa de menos tenerlos a los dos en la cama, dos personitas de siete y nueve años, cuando los grillos cantaban demasiado alto y les daba miedo que crecieran y se llevaran la casa para devorarla con todo el que estuviera dentro. Era un cuento que habían oído de su madre natural acerca de grillos gigantes que se llevaban la casa.

Rita duerme en el autocar pero se despierta cuando la carretera se inclina. El vehículo, blanco y cuadrado con bordes redondeados —le recuerda vagamente a algo que se desprendiera de un cohete espacial para alunizar—, rechina y se tambalea sobre los baches de la carretera fangosa y, ¡Dios mío!, además llueve, llueve sin cesar de camino a las puertas del Kilimanjaro. Conduce Godwill y va demasiado rápido, y no aminora en las curvas cerradas ni ante los colegiales, que parecen omnipresentes con sus uniformes de parte de arriba blanca y parte de abajo azul. El desastre amenaza en todo momento, pero Rita está tan cansada que no se imagina planteando la menor objeción aunque el autocar saliera disparado por encima de un precipicio.

«¡Está despierta!», dice un hombre. Rita mira y se encuentra a Frank sonriéndole, con una alegría casi demente. Quizá esté loco. Frank es el guía estadounidense, un hombre enérgico y robusto oriundo de Oregón, de estatura media, con una barba corta y rubia que envuelve su rostro como décadas atrás protegería un vendaje la cara de alguien con dolor de muelas. «Creíamos que tendríamos que subirte a cuestras. Apuesto a que eres una de esas personas capaces de dormir en cualquier situación.» Entonces Frank se ríe, con una risa aguda, de niña, forzada y amarga.

Pasan junto a un colegio grande cuyo cartel da a la carretera. Parte superior: «REFRESCA LA CONDUCCIÓN: COCA-COLA»; debajo: «ESCUELA SECUNDARIA MARANGU». Un grupo de mujeres camina por la cuneta con sus bebés a la cadera. El autobús deja atrás el Club Social Samange, que parece un remolque de alguna empresa de la construcción. Más adelante, un pequeño edificio rosado, la tienda de modas K&J, luce un gran retrato en espray de Angela Bassett. Un niño de unos seis años arrastra un burro. Dos niñas con uniforme escolar cargan un saco de patatas. Un camino conduce al Instituto Tropical de Investigación sobre Pesticidas. La lluvia arrecia al tiempo que

pasan frente a otro colegio: «COCA-COLA: REFRESCA LA CONDUCCIÓN; ESCUELA CATÓLICA DE SECUNDARIA ST. MARGARET».

Esa mañana en el hotel Rita había escuchado una conversación entre una británica y el conserje.

—¡Hay muchísimas escuelas católicas! —había dicho la turista. Acababa de regresar de un viaje a una catarata local.

—¿Es usted católica? —le había preguntado el conserje. El conserje era corpulento, con una voz nasal aguda como un clarinete.

—Sí. ¿Y usted?

—Sí, claro. ¿Ha visto mi pueblo? ¿Marangu?

—Sí. ¿En la colina?

—Sí, claro.

—Muy bonito.

Y el conserje había sonreído.

El vehículo pasa frente a un dispensario de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, un albergue de la asociación de jóvenes cristianos, otro club social, llamado Millennium, y una fila de chicas adolescentes de uniforme, consistente en suéter color púrpura ciruela y falda azul marino. Todas saludan. Ahora llueve a mares. La gente que ven al pasar está empapada.

—Mira a Patrick —dice Frank, señalando a un guapo tanzano que va sentado al otro lado del pasillo—. Ahí sentado, sonriendo, preguntándose por qué puñetas iba alguien a pagar para pasar por todo esto.

Patrick sonríe y asiente sin decir nada.

En el grupo hay cinco excursionistas de pago y se presentan entre ellos. Están Mike y Jerry, hijo y padre con chaquetas a juego. Mike se acerca a los treinta años y su padre tendrá unos sesenta. Jerry habla con un acento que parece británico pero con las vocales sonoras de un australiano. Es dueño de una cadena de restaurantes, mientras que el hijo es ingeniero automovilístico, especializado en ambulancias. Son altos, fornidos y de piernas delgadas, aunque Mike está más gordo, arrastra con cierto esfuerzo una barriga fondona. Visten chaquetas rojas a juego, con cremalleras por todos lados y las iniciales bordadas en el bolsillo izquierdo del pecho. Mike va callado y parece que los movimientos bruscos del autocar y las curvas lo están mareando. Jerry sonríe de oreja a oreja, como para compensar la reticencia del hijo: una sonrisa destinada a presentarlos a los dos como hombre felices y dispuestos, como jugadores.

Continúa lloviendo, el frío no se corresponde con la estación. Una niebla baja se cuela entre los árboles otorgándole a su verdor natural un tono mortecino, desgastado, como si el color del bosque se hubiera filtrado bajo la tierra.

—La lluvia debería escampar en una hora más o menos —anuncia Frank mientras el autocar sigue remontando colinas, dando tumbos en el barro. Por todos lados se ve un follaje enmarañado y descuidado—. ¿Tú qué opinas, Patrick? ¿Parará de llover?

Patrick todavía no ha hablado y esta vez se limita a encogerse de hombros y sonreír. A Rita le parece que tiene una mirada evaluadora. Evalúa a Frank y a los excursionistas, calcula las posibilidades de subir y bajar la montaña sin perder la cabeza.

Grant va al fondo del autocar, contemplando el paisaje por la ventanilla, sentado en mitad de la última fila de asientos, cual timón humano. Es más bajo que los otros dos hombres pero con unas piernas enormes, como las de un levantador de pesas, y las pantorrillas gruesas y peludas. Lleva vaqueros cortados a pesar de que la temperatura obliga al resto de viajeros a añadirse capas de ropa. Tiene el pelo negro y muy corto, los ojos pequeños y azules como un bebedero. Contempla la tierra que pasa frente a la ventanilla pegada a su mejilla derecha y el viento hace que le lloren sus ojos serenos.

Shelly tiene cuarenta y bastantes años y aparenta justo su edad. Es esbelta, dura, casi nervuda. Lleva el pelo largo recogido en una cola de caballo, y aunque en otro tiempo fue rubio, hoy tira hacia el gris, pero ella no combate el cambio. A Rita le parece que tiene aires de leona, aunque no sabe por qué piensa en este animal en concreto, una leona, cuando ve a esa mujer pequeña que va sentada dos filas más adelante con un anorak del amarillo más lúcido y expectante posible. Observa a Shelly atarse un pañuelo al cuello, rápidamente y con cierta ferocidad brusca. Los rasgos de Shelly son los que Rita quisiera para sí: nariz pequeña y fina con una impecable curva ascendente, labios con líneas voluptuosas correctas, labios que de joven tuvieron que resultar sensuales y vivificadores sin el menor esfuerzo.

—Menudo asco de tiempo —comenta Shelly.

Rita asiente.

—Está empezando a irritarme —añade Shelly.

Rita sonríe.

El autocar se detiene frente a un edificio de madera torcido, malcarado, como el almacén de una película del Oeste. De un lado cuelgan carteles y herramientas agrícolas y, en el porche, a resguardo de la lluvia, dos mujeres

de mediana edad alimentan con tela sendas máquinas de coser, codo con codo. Repasan brevemente con la mirada el autocar y a sus pasajeros y luego retoman el trabajo, al tiempo que el vehículo arranca de nuevo.

Frank está hablando de los portadores. Dice que varios portadores acompañarán al grupo para cargar con los talegos, las tiendas, las mesas en las que comerán, la comida, las bombonas de propano, las neveras, la vajilla y el agua, entre otras cosas. El grupo se compone de cinco excursionistas y dos guías, y lo acompañarán treinta y dos portadores.

—No tenía ni idea —le dice Rita a Grant, detrás de ella—. Me había imaginado varios guías y un par de portadores. —Le asalta la imagen de sirvientes transportando reyes a bordo de tronos dorados seguidos por elefantes y anunciados por trompetas.

—Pues eso no es nada —interviene Frank. Frank se ha dedicado a escuchar todas las conversaciones y a sumarse cuando le parece—. La última vez que subí al Everest, éramos seis para ochenta sherpas. —Pone la mano horizontal para indicar la altura de los sherpas, que por lo visto es de metro veinte—. Unos hombrecillos, sí, pero tipos duros. Más duros que cualquiera de estos. No es nada personal, Patrick.

Patrick no está escuchando. Es el guía tanzano principal, tiene treinta y pocos años y va vestido con ropa nueva: anorak color arándano, pantalones de snowboard y gafas de sol aerodinámicas. Va contemplando el borde de la carretera, donde un grupo de chicos sigue el paso del vehículo, cada uno de ellos con uniforme escolar y lo que parece una hoz pequeña. Cuatro de ellos corren junto al autocar blandiendo las hoces, chillando cosas que Rita no oye a través de la ventanilla y por culpa de los gañidos del autocar que sigue ascendiendo entre la tierra mojada. Las bocas de los chicos siguen a lo suyo, sus ojos están furiosos y los dientes son pequeños, pero cuando Rita consigue abrir la ventanilla para oír lo que dicen el autocar los ha dejado atrás y los chavales con hoces han abandonado la carretera. Se han perdido hacia la colina, siguiendo algún sendero estrecho abierto por ellos.

Hay un gran aparcamiento negro. El cartel de la entrada anuncia «PUERTA MACHAME». En el aparcamiento esperan de pie unos cien tanzanos. Miran cómo el autocar entra y aparca y, de inmediato, una veintena de ellos se reúne en torno al vehículo y empiezan a descargar mochilas y talegos. Antes de que bajen Rita y el resto de los excursionistas, todas las bolsas están apiladas cerca del autocar, bajo la lluvia.

Rita es la última en bajar y, cuando llega a la puerta, Godwill la ha cerrado, sin darse cuenta de que ella seguía a bordo.

—Perdone, por favor —dice Godwill tirando de la palanca, tratando de abrir otra vez la puerta.

—No se preocupe, no tengo prisa —contesta ella con una risita.

Rita ve a un hombre entre el aparcamiento y la puerta del parque, un hombre como el del hotel, uniformado de verde y con un rifle automático a la espalda.

—¿El arma es para los animales o para la gente? —pregunta Rita.

—La gente —contesta Godwill con una risita—. ¡Gente mucho más peligrosa que animales! —Luego rompe a reír sin parar.

Rita calcula una temperatura de siete grados, aunque tal vez alcance los diez. Y llueve. Llueve sin cesar y la lluvia está fría. Rita no había pensado en la lluvia. Al imaginarse la escalada no había pensado en lluvia fría, fría y constante.

—Parece que nos ha tocado lluvia —comenta Frank.

Los escaladores de pago le miran.

—No tiene vuelta de hoja —añade.

Todo ocurre rápido. Se recogen las bolsas, se cargan los talegos. ¡Cuántos porteadores! Todo el mundo está empapado. Patrick habla con un grupo de porteadores. Visten colores chillones, como los escaladores de pago, pero sus ropas —simples pantalones y sudaderas— ya están sucias y no calzan botas enormes y complejas como Rita, sino zapatillas deportivas, de atletismo o mocasines. Ninguno viste ropa para la lluvia, pero todos usan sombrero.

Debatan animadamente, algunos señalan y se encogen de hombros. Un porteador se tira al suelo de un salto y se queda inmóvil, fingiéndose muerto. Los que le rodean discuten a gritos.

Rita se enfunda el poncho y lo estira por encima del torso y la mochila. El poncho era uno de los artículos que los organizadores consideraban equipamiento opcional; por lo visto, nadie esperaba que lloviera. Ahora está encantada de haberlo comprado: cuatro dólares con noventa y nueve en Target, de camino al aeropuerto. Ve a varios porteadores agujereando bolsas de basura para protegerse. Grant está haciendo lo mismo. Pilla a Rita mirándole.

—Me he olvidado el chubasquero —dice Grant—. ¿Te lo puedes creer?

—Lo siento —dice Rita.

No hay nada más que decir. Grant acabará empapado.

—No pasa nada. Si a ellos les basta, a mí también.

Rita aprieta los cordones de las botas y se ajusta las polainas. Ayuda a Shelly a ponerse el poncho, extendiéndolo por encima de la mochila, y le coloca la capucha sobre su melena leonina, gruesa y rizada, rubia y blanca. Cuando estira del plástico junto a la cara de Shelly, las dos se miran a los ojos y Rita nota una punzada de dolor en el estómago, o en la cabeza, en alguna parte. Quiere que estén aquí. Son sus hijos y ha permitido que se los quiten. La gente siempre le quitaba cosas sin armar jaleo, siempre con el convencimiento de que sería mejor para todos que Rita no se complicara la vida. Pero Rita estaba preparada para las complicaciones, ¿no? Sabe que por un tiempo lo estuvo. Fue el apartamento lo que preocupó a todo el mundo; Rita había estado a punto de adquirir uno con la idea de adoptar a los niños, pero se había echado atrás antes de firmar. ¿Por qué? No era el lugar adecuado; no era lo bastante grande. Quería algo mejor; quería estar más preparada. No estaba bien, y los niños y los padres de Rita lo sabrían y pensarían que Rita siempre sería insolvente y que tendrían que compartir habitación para siempre. Gwen se había ofrecido como cosignataria de la otra casa, la casa que habían visitado con el jardín y los tres dormitorios, pero que no podía estar bien por incluir a Gwen en la hipoteca. De modo que Rita se había rendido y ahora los niños ocupaban su viejo dormitorio, en casa de sus padres. Quiere colocarles bien la capucha, quiere estirarles del cordón para que sus caras desaparezcan de la vista y se mantengan secas. El rostro de Shelly está viejo y arrugado y Shelly sonríe a Rita y se aclara la garganta.

—Gracias, cielo.

Ahora las dos están impermeabilizadas y la lluvia tintinea sobre el plástico que las cubre por completo. Los escaladores de pago esperan de pie en el aparcamiento, bajo la lluvia.

—Los portadores abandonan —anuncia Frank al grupo—. Tienen que sustituir a los que no quieren subir. Tardarán unos minutos.

—¿Los sustitutos están cerca? —pregunta Shelly.

—Probablemente traerán chicos más jóvenes —dice Frank—. Los jóvenes siempre están dispuestos.

—Como el segundo equipo, ¿no? —apunta Jerry—. ¡Nos traen al segundo equipo! —Busca risas a su alrededor, pero ninguna de las caras frías y mojadas va a sonreír—. Como la segunda división, ¿no? —insiste, pero luego se rinde.

Rita sabe que es demasiado tarde para irse a casa. Con todo, no logra evitar el pensamiento de echar a correr los dieciséis kilómetros más o menos, casi todos cuesta abajo, que la separan del hotel, donde —por mucho que le costara— conseguiría un vuelo al cálido y plano Zanzíbar para beber al sol sin parar, hasta quedarse ciega.

Cerca, en el aparcamiento, Patrick parece cerrar un acuerdo con el hombre con el que está hablando y se acerca al grupo.

—Muy mojado —dice con una mueca—. Día largo.

El grupo se dirige a la cima, un viaje de cuatro días de subida y dos de descenso por la ruta Machame. Hay al menos cinco caminos para coronar la montaña, dependiendo de lo que el escalador quiera ver y cuánto quiera tardar en llegar, y Gwen había prometido que esta era la ruta con mejores vistas y accesible según sus capacidades. Los miembros del grupo se apuntaron todos en la página web de EcoHeaven Tours, empresa dedicada al turismo de aventura. El sitio prometía grupos pequeños a una docena de destinos: las Tierras Altas escocesas, las llanuras indonesias o los ríos del norte de Rusia. Por extraño que parezca subir esta montaña era el viaje menos exótico. Rita no conocía a nadie que hubiera escalado el Kilimanjaro, pero conocía a gente que conocía a gente que lo había escalado, cosa que le restaba cierto interés. Ahora, de pie bajo la entrada, el viaje parece irrelevante, irracional, indefendible. Recorre el mismo camino que otros miles han pisado antes que ella y además pasará frío y se mojará.

—Vale, en marcha —dice Frank, y se adentra en un sendero ancho y sucio.

Rita y los otros cuatro caminan a su lado. Al menos Rita está encantada de moverse, porque el movimiento la hará entrar en calor. Todos llevan poncho —el de Grant es una bolsa de basura—, con las mochilas debajo, y parecen jorobados o soldados. Rita se imagina el monumento a la guerra de Corea, con todos aquellos jóvenes de bronce fundido esperando con los ojos abiertos a que les peguen un tiro.

Pero Frank camina muy despacio. Rita va detrás de él; avanza a paso de elefante. Con movimientos medidos, con esfuerzo pesado. Frank lidera a los cinco y Patrick cierra el grupo, mientras que los porteadores se han quedado

atrás, todavía en el aparcamiento, reuniendo talegos, tiendas de campaña y bombonas de propano. Patrick ha dicho que luego les alcanzarían.

Rita está segura de que este ritmo la volverá loca. Juega a frontenis porque el frontenis implica movimiento, y puntuaciones y ruido y la posibilidad de que te golpee en la cabeza una pelota que va a la velocidad de un avión. Y por tanto le preocupaba que la escalada la volviera loca de aburrimiento. Y ahora se está aburriendo; aquí, en Tanzania, se aburre. Morirá de monotonía aplastante antes de tener siquiera la oportunidad de sufrir un edema cerebral a causa de la altitud.

Al cabo de diez minutos el grupo ha recorrido unos doscientos metros y toca parar. Mike se queja de un dolor en el hombro. Tiene que ajustarse los tirantes de la mochila. Frank se detiene a ayudar a Mike y, mientras lo hace, Jerry y Shelly esperan con Patrick y Grant continúa sendero arriba. No se para. Coge una curva del camino y desaparece de la vista. La lluvia y la jungla posibilitan desaparecer rápidamente y, sin tiempo a pensar el porqué, Rita sigue a Grant.

Alcanza a Grant y pronto han girado dos recodos más y ya no ven al grupo. Rita está eufórica. Grant camina rápido y ella camina con él. Casi corren. Avanzan a un ritmo que a Rita le parece más adecuado, a paso atlético, a un paso apropiado para quienes todavía no son viejos. Rita todavía no es vieja. El año pasado abandonó aquella carrera de diez kilómetros pero eso no significa que no pudiera haberla completado de no haber sido tan aburrida. Había comenzado a ir en bici al trabajo, aunque luego había cambiado de opinión; al final del día, después de hacer todo lo que podía antes de las cinco y media, estaba demasiado cansada.

Marchan por el barro y pronto el sendero se estrecha y se inclina, se hace más vertical y frondoso, peinado por plátanos de grandes hojas dentadas e irregulares. La senda está anegada, el barro es profundo y denso, pero montones de raíces atraviesan el camino, convirtiéndose en puntos de apoyo. Saltan de una raíz a otra y Grant no se permite treguas. No para. No trata de mantener el equilibrio con las manos. Es la persona con más equilibrio que Rita ha visto en la vida, característica que enseguida atribuye a su escasa estatura y a sus piernas anchas y potentes. Grant vive cerca del suelo.

Hablan muy poco. Rita sabe que es programador de sistemas telefónicos, que conecta «grupos de usuarios». Sabe que proviene de Montana y que su

voz es como la de un hombre mayor, más débil de lo que debería, espasmódica y con tendencia a romperse. No es guapo; tiene nariz casi de cerdito y los dientes delanteros astillados de manera que dejan un hueco triangular, como si hubiera intentado morder una pirámide minúscula. No tiene ningún atractivo remotamente sexual, pero de todas maneras Rita quiere estar con él en lugar de con los demás.

La selva tropical es densa y retorcida y húmeda. La neblina impide ver más allá de veinte metros en cualquier dirección. La lluvia cae sin cesar, pero la bóveda arbórea aminora y redirige el agua cientos de veces antes de que esta alcance a Rita.

Ahora no tiene tanto frío, suda bajo el poncho y el borreguillo sintético, y a ella le gusta sudar y se siente fuerte. Los pantalones, pantalones de plástico que compró por nada y que se ha puesto un par de veces para esquiar, hacen ruido, las piernas al frotarse emiten un sonido de roce constante, violento. Desearía llevar pantalones cortos como Grant. Quiere pedirle que pare para quitarse los pantalones, pero le preocupa que Grant no se detenga y que, si lo hace, los otros escaladores les alcancen y ella y Grant ya no estén solos, adelantados, pasándolo bien. No dice nada.

No hay animales. Rita no ha oído ni un pájaro ni un mono, no ha visto ni siquiera una rana. En la cabaña había geckos y lagartos más grandes se arrastraban frente al hotel, pero en la montaña no hay nada. La guía de viajes prometía monos azules, colobos, gálagos, babuinos, bushbucks, cormoranes, buceros y turacos. Pero el bosque está callado y vacío.

Un porteador baja por el sendero en vaqueros, suéter y zapatillas de deporte. Rita y Grant paran y se apartan para dejarle paso.

—*Jambo* —dice Grant.

—*Jambo* —contesta el hombre, y continúa camino abajo.

Ha sido un intercambio fugaz pero extraordinario. Grant ha bajado la voz hasta un *basso* profundo, alargando la segunda sílaba unos segundos casi de manera musical. El porteador le ha contestado lo mismo con idéntica inflexión. Ha sido como un saludo entre compañeros de equipo, parejas de dobles: simple, cálido, contenido pero implícito.

—¿Qué significa eso? —pregunta Rita—. ¿Es swahili?

—Sí —responde Grant, saltando un charco.

Lo dice con una educación que no obstante traiciona su preocupación. Rita enrojece. Sabe que Grant la considera una turista tímida y perezosa.

Quiere gustarle a Grant, que piense que se parece a él —que es rápida, culta, avezada—, al menos más que los otros, que son tan delicados, necesitados y lentos.

Suben en silencio durante una hora. La caminata es meditabunda hasta un extremo que Rita creía imposible. Le había preocupado tener que hablar con las mismas cuatro personas durante cientos de horas —personas que no conocía y que tal vez no le gustaran— o que, si los escaladores no conformaban un grupo tan cerrado, se quedara sola, sin nadie con quien hablar, a solas con sus pensamientos. Pero ahora ya sabe que eso no será problema. Llevan dos horas de excursión y no ha pensado en nada. Demasiadas capacidades deben concentrarse en elegir dónde pisar, dónde colocar el pie izquierdo primero y luego el derecho, y las manos, que a veces aferran árboles para mantener el equilibrio y a veces tocan la tierra mojada cuando amenaza una caída. Todos estos cálculos convierten en improbable cualquier otro pensamiento, desde luego, ninguno con algo de profundidad o complejidad. Y Rita lo agradece. Su paisaje, los tranquilos acres de su mente, es caro y está bien vallado y tiene banda sonora: el golpeteo de la lluvia, el roce del poncho contra las ramas, el tintineo de los mosquetones que cuelgan de la mochila. Todo ello resulta musical de un modo mínimo y tranquilizador, y Rita inspira y expira con fuerza mecánica, sin complicaciones: con respiración lenta y pesada, poderosa, robusta.

—*Poly poly* —dice un porteador de bajada. Calza mocasines con borla.

—*Poly poly* —contesta Grant—. Llegué unos días antes que los demás —añade Grant a modo de explicación y disculpa en cuanto el porteador se ha marchado. Tiene la impresión de que ha avergonzado a Rita y que ya la ha dejado sufrir demasiado rato—. Estuve un tiempo en Moshi y aprendí cuatro cosas. «*Jambo*» quiere decir «hola». «*Poly poly*» significa «paso a paso».

Un porteador les alcanza desde atrás.

—*Jambo*.

—*Jambo* —contesta Grant con la misma inflexión, el mismo alargamiento de la segunda sílaba, como si entonaran un conjuro sagrado. *Jaaaahmmmbooooou*. El porteador sonríe y continúa subiendo. Transporta una bombona de propano sobre la cabeza y carga una mochila grande entre los

hombros de la que cuelgan dos sacos de patatas. Es fácil que cargue más de treinta y cinco kilos.

Pasa de largo y Grant le sigue. Rita pregunta a Grant por su mochila, que es enorme, el doble de la de ella, y contiene palos, una cacerola y un saco de dormir. A Rita le han dicho que empaquete solo algo de comida y una muda y que deje el resto a los portadores.

—Supongo que es un poco más grande —admite Grant. Habla en un tono casi demasiado amable, demasiado complaciente. Roza la pedantería y Rita se pregunta si acabará odiando al tipo en cuestión de horas.

—¿Eso que llevas ahí es la tienda? —le pregunta a su espalda.

—Sí —contesta él, deteniéndose. Se desprende de la mochila y abre la cremallera del compartimento superior.

—¿No te la lleva un porteador? ¿Cuánto pesa?

—Bueno, supongo que... es cuestión de gustos. Yo... bueno, imagino que quería descubrir si era capaz de cargar con mis cosas. Es una opción personal.

—Siente transportar sus cosas, siente saber decir «Hola». Escupe un chorro marrón al suelo.

—¿Mascas tabaco?

—Sí. Es asqueroso, ¿no crees?

—No pensarás meterte eso en la boca, ¿verdad?

Grant está desenvolviendo una piruleta Charms.

—Me temo que sí. Es una costumbre. ¿Quieres una?

A Rita le apetece una piruleta, pero ahora no puede separar la idea de las piruletas limpias de su bolsa con autocierre —al menos lleva diez— de la que Grant tiene en la boca, presumiblemente cubierta de jugo de tabaco.

Pasados unos minutos, el sendero gira y bajo un árbol aparece una especie de híbrido entre carretilla y camilla de hospital. Es un trasto ancho y resistente, pero solo tiene un par de ruedas grandes, en el medio, una a cada lado de un catre de lona tensada. En el extremo se incluyen manillas para tirar, como en un rickshaw. Grant y Rita bromean sobre semejante artilugio, acerca de quién podría descender en él, pero evitan quedarse cerca porque como está oxidado y resulta aterrador, como parece usado con frecuencia les da qué pensar y dado que no quieren pensar, reanudan la marcha.

Cuando alcanzan un claro llevan ya seis horas caminando rápido. Se encuentran en lo que suponen su campamento y están solos. El bosque ha clareado —ahora están por encima del límite de crecimiento de los árboles—

y ocupan una ladera rodeada de niebla y cubierta por doquier de hierbas altas, finas como cabellos. La lluvia no ha remitido y la temperatura ha caído en picado. Llevan horas sin ver a ninguno de los demás escaladores ni guías, tampoco han visto a ningún porteador. Rita y Grant han caminado muy rápido y han ganado al resto, nadie les ha adelantado en la subida, algo que hace a Rita sentirse fuerte y orgullosa. Nota que en cierto modo Grant también se enorgullece, pero sabe que él no lo dirá.

A los pocos minutos Rita empieza a temblar. La temperatura no alcanza los cinco grados, la lluvia cae con más fuerza y no hay árboles para desviarla. Y no hay tiendas montadas porque se han adelantado a los porteadores del campamento. Hasta Grant parece consciente de la falta de previsión implícita en la estrategia que han seguido. Lo único que le falta a Grant es una lona impermeabilizada y sin ella no tiene sentido montar la tienda en un suelo tan mojado. Tendrán que esperar solos bajo la lluvia a que lleguen los porteadores.

—Tardarán al menos una hora —dice Grant.

—Quizá los porteadores lleguen antes —sugiere Rita.

—Lo que está claro es que no lo hemos pensado bien —repite Grant, luego lanza un escupitajo marrón sobre una hoja de plátano verde y limpia.

Se sientan juntos en un tronco empapado tirado bajo un arbusto de no más de metro veinte que ofrece algo de refugio y dejan que la lluvia los moje. Rita intenta no temblar, porque recuerda que temblar es el primer paso de la hipotermia. Respira más despacio, serena el cuerpo y asoma los brazos de las mangas para frotarse la piel desnuda.

Frank está furioso. Lanza miradas iracundas. Siente que está en un compromiso. Los escaladores de pago están todos en una tienda de lona, sentados alrededor de una mesa no más grande que las de póquer, cenando: arroz, fideos, patatas, té y rodajas de naranja.

—Sé que algunos os creéis unos hachas —dice Frank, soplando el té para enfriarlo—, pero esta subida no es cosa de niños. Hoy eres un diablo acelerado y mañana un enfermo dolorido, lleno de ampollas y malaria y Dios sabe qué más.

Grant le mira muy serio, sin mofarse ni enfrentarse a él. Clava la vista en Frank como si le explicara algo del menú.

—O te pilla un aneurisma. Tenéis un guía por algo. He subido y bajado esta montaña una docena de veces, y también es por algo. —Vuelve a soplar

en el té—. Es por algo.

Sacude la cabeza como si de pronto le recorriera un escalofrío.

—Tengo que estar seguro de que actuaréis como adultos y no como... ¡patanes! —Y con las mismas hunde el pulgar y el índice en las cuencas de los ojos, es un hombre con demasiadas cosas en la cabeza.

Al parecer, los portadores han cocinado la comida que el grupo tiene delante, pero con el rato que han tardado en transportarla desde la tienda donde la han preparado a la tienda en la que se encuentra, su provisional tienda comedor, se ha enfriado. Todos comen lo que pueden, aunque sin alegría. El día ha sido largo y cada escalador tiene alguna herida o problema. Mike se encuentra mal del estómago y Shelly ha resbalado y se cortado la mano con un tocón de borde irregular. Jerry padece las primeras punzadas de cefalea por la altitud. Solo Rita y Grant se libran por el momento de todo mal. Rita comete el error de anunciarlo, y parece que solo consigue enfurecer todavía más a Frank.

—Bueno, pues antes o después algo le pasará, señora. Ya verás. Probablemente sería mejor que enfermaras ahora porque dentro de unos días será peor, te atacará más fuerte. Así que rezad para enfermar esta noche, los dos.

—Si te sientas ahí, la palmas —dice Jerry, señalando un rincón de la tienda donde la llovizna moja el suelo por un agujero—. ¿Qué clase de equipamiento has traído, Frank? —El tono es sociable, pero el mensaje está claro.

—¿Estás seco? —pregunta Frank. Jerry asiente—. Entonces no te pasa nada.

Están sentados en pequeños taburetes plegables de lona y tienen que comer encorvados; los codos no caben. Al sentarse se han pasado el fluido desinfectante para las manos —es como jabón líquido pero frío y escuece un poco—. Rita se ha frotado las manos y ha tratado de eliminar la suciedad de las palmas, pero al terminar no le ha parecido que estuviesen más limpias. Se mira las manos tras dos aplicaciones de desinfectante y aunque están secas, todas las líneas y arrugas se dibujan en marrón.

El hombre que ha traído las fuentes de arroz y patatas, llamado Steven, asoma otra vez la cabeza dentro de la tienda, sonriendo. Lleva un suéter de lana morado con gorro a juego. Anuncia la llegada de la sopa y todos vitorean. Pronto llega por fin la sopa y la devoran. El calor de los cuerpos de los excursionistas caldea poco a poco la tienda de lona y las velas de la mesa

dan apariencia de comodidad. Pero saben que fuera de la tienda el aire se acerca helado y que, en el transcurso de la noche, descenderá bajo cero.

—¿Por qué no hemos encendido hogueras?

Es el primer comentario de Mike durante la cena.

—Por los recolectores de miel —contesta Frank—. Han quemado media montaña.

Mike parece confuso.

—Intentan expulsar a las abejas con humo para recolectar la miel —explica Frank—, pero se les va de las manos. Al menos, esa es la teoría. Puede deberse a un montón de razones, pero el caso es que la montaña ha ardido y ahora no se permite encender fuegos.

—Y por la leña —añade Patrick.

—Exacto —asiente Frank, mirando la sopa—. Los porteadores cortaban árboles para tener leña para las hogueras. Se suponía que debían acarrearla desde abajo, pero se les acababa y cortaban cualquier cosa que tuvieran a mano. Tienes razón, Patrick. Se me había olvidado. Ahora ya no se permite ni tener leña para hogueras en la montaña. Es ilegal.

—Entonces, ¿cómo se seca la ropa?

La pregunta es de Jerry, que a la luz de las velas parece más joven y, piensa Rita de pronto, recuerda a un hombre seleccionado para interpretar el papel de patriarca de una poderosa familia en un culebrón. Tiene una cabellera espesa y blanca, lisa y suave, que le cae sobre la frente como el dorso de la cresta de una ola.

—Si mañana sale el sol, ya se secará —responde Frank—. Si no hace sol, se queda mojada —añade, y se recuesta en la silla a la espera de alguna queja. Nadie se queja, de modo que se ablanda—. Meted la ropa mojada en el saco de dormir. Donde no la notéis. El calor del saco acostumbra a secarla. Si no, habrá que aguantar con la ropa mojada hasta que salga el sol.

—Por eso los porteadores se echaron atrás —afirma Jerry con seguridad.

—Escucha —repite Frank—, los porteadores se rajan constantemente. Algunos son supersticiosos. A otros no les gusta la lluvia. No tiene importancia.

Rita no acaba de ver cómo va a funcionar la escalada. No logra entender cómo van a continuar la ascensión con más lluvia a medida que arrecie el frío, falte el aire y sin la ocasión de secar unas ropas a todas luces demasiado mojadas para ponérselas. ¿Acaso no es así como enferma y muere la gente?

¿Cogiendo frío y humedad y quedándose fríos y mojados? Aunque la suya es una preocupación vaga y distante, porque en cuanto retiran los platos se apodera de ella un cansancio inconmensurable. Se le nubla la visión y un cosquilleo le recorre las extremidades.

—Supongo que dormimos juntas —dice de pronto Shelly desde arriba, detrás de Rita. Todo el mundo está en pie. Rita se levanta y sale fuera detrás de Shelly, donde sigue cayendo la más fría de las lluvias. Los excursionistas se dan las buenas noches, Mike y Jerry se dirigen a la tienda lavabo, recién montada: una estructura triangular, tres palos envueltos por una lona impermeable con una cremallera por entrada y un agujero de un metro excavado debajo. Padre e hijo transportan sendos rollos de papel higiénico que protegen de la lluvia con las bolsas de plástico en las que guardan el cepillo y la pasta de dientes. Sus siluetas son borrones rayados por las líneas grises de la lluvia fría.

La tienda de Shelly y Rita es pequeña y enseguida se calienta. Se mueven a gatas, colocando bien las cosas con la ayuda de las linternas de cabeza: parecen un par de mineros buscando una lentilla perdida.

—Un día menos —dice Shelly.

Rita gruñe su aprobación.

—De momento no ha sido demasiado divertido —comenta Shelly.

—No, aún no.

—Pero se supone que lo será, al menos yo lo supongo. La cuestión es subir, ¿no?

—Supongo.

—Cueste lo que cueste, ¿no?

—Eso —confirma Rita, aunque no tiene ni idea de a qué se refiere Shelly.

Shelly enseguida se acomoda en el saco de dormir, se gira hacia Rita y cierra los ojos. Se duerme en cuestión de segundos, respira fuerte. Coge aire por la nariz y lo expulsa por la nariz, exhala a golpes rápidos sin el menor esfuerzo. Shelly practica yoga y aunque hace una hora a Rita le resultó interesante, ahora odia el yoga y a cualquiera que promueva su diseminación.

La lluvia continúa golpeteando toda la noche, casi rítmica, aunque no lo suficiente, y Rita pasa una hora despierta escuchando la respiración de Shelly y la lluvia, que ataca a ráfagas, como si la soltaran aviones que planearan sobre sus cabezas. Le preocupa no dormirse, estar demasiado cansada al día siguiente, que el insomnio debilite su sistema y acabe por sucumbir al enema cerebral que, sabe, espera al acecho. Ve el aneurisma en forma de un inmenso troll rojo, como una muñeca duende de melena flamígera y un par de enormes

tijeras de las empleadas para inaugurar centros comerciales y concesionarios: el troll saltará desde la montaña y con sus grandes tijeras circenses cercenará el bulbo raquídeo de Rita y cortará sus lazos con este mundo.

La culpa es de Gwen. Gwen había querido ayudar a Rita a hacer algo grande. Gwen lleva décadas apoyándola despiadadamente, mandando dinero, telefoneando en nombre de Rita, consiguiéndole entrevistas de trabajo y divorciados que en la primera cita querían cogerse de las manos y cuyas manos siempre eran toscas y gordas, y Rita ya no quería que Gwen la ayudara más. Rita quería a Gwen en sentido objetivo, de un modo admirativo que nada tenía que ver con las obligaciones del afecto entre hermanas. Gwen, tan alta y delgada que no podía ponerse tacones sin parecer una especie de garza con mallas negras, pero de risa redonda y envolvente que salía de ella, como todo, con los brazos abiertos y acogedores. Podría ser presidenta de haberlo querido, pero no quería: en su lugar había optado por atormentar a Rita con su solicitud. Cestas de queso, notas de agradecimiento, aquel largo fin de semana en San Miguel cuando alquilaron el Volkswagen escarabajo descapotable. Hasta le había comprado a Rita un buzón y se lo había instalado con cemento y pala cuando una noche le robaron el viejo. Gwen hacía esa clase de cosas, hacía eso y le seguía la corriente a Brad y esperaba un bebé y dirigía un pequeño negocio, tan próspero como cabría esperar, que ofrece planes para reorganizar el ropero de los ricos de Santa Fe.

Rita sabe que no puede pedirle a Shelly que compartan el saco de dormir, pero desea sentir un cuerpo pegado al suyo. No duerme bien desde que J. J. y Frederick se fueron porque no siente su calor. Nadie lo dijo jamás, pero no les parecía apropiado que los niños durmieran en la cama de Rita. A Gwen le había parecido raro que Rita comprara una cama más grande, pero Rita sabía que tener aquellos dos cuerpos cerca, sin tocarles más allá de una pantorrilla o un tobillo para espantarles los miedos, constituía la única experiencia indispensable de su vida o de la de cualquier otra persona.

Con el corazón acelerado, Rita se promete que el día siguiente será menos castigador, menos severo. Amanecerá una mañana clara y seca y en cuanto escampe la niebla se caldeará el ambiente, incluso tal vez haga calor, porque el sol lo cubrirá todo y secará sus pertenencias mojadas. Caminarán montaña arriba ataviados con pantalones cortos y gafas de sol, en dirección al sol.

La mañana es húmeda y neblinosa y no se ve el sol y todo lo que estaba mojado la noche anterior ahora lo está aún más. Rita siente una desesperación

lacerante; no quiere salir del saco de dormir ni de la tienda, quiere que toda esa gente sucia desaparezca, quiere que sus cosas estén secas y limpias. Quiere estar a solas, al menos unos minutos. Sabe que no es posible, porque fuera de la tienda esperan más excursionistas y veinte portadores y ahora, además, un grupo de escaladores alemanes y, en el extremo más alejado del campamento, tres canadienses y un equipo de doce trabajadores —deben de haber llegado de noche—. Todo el mundo se está despertando. Oye agua correr, traqueteo de cacharros, ruido de tiendas. Está tan cansada y tan despierta que se encuentra al borde de las lágrimas. Quiere quedarse en el saco de dormir pero no despierta, quiere seguir durmiendo dos horas y media más. Dentro de dos horas y media podría recuperar las fuerzas, todas. Empezaría el día con energía y los adelantaría a todos.

Llega una conversación de la tienda de al lado. Las voces no murmuran, ni siquiera intentan susurrar.

—¿Bromeas? —dice una voz—. ¿Sabes cuánto nos han cobrado por los billetes? ¿Cuánto hace que planeamos este viaje, cuánto llevo ahorrando?

Es Jerry.

—No tenías por qué ahorrar y lo sabes, papá.

—Pero, Michael. Lo hemos planeado durante años. Ya hablábamos de esto cuando tenías diez años. ¿Te acuerdas? ¿Cuando regresó el tío Mark? ¡Joder!

—Papá, yo solo...

—¡Y piensas bajar por un día malo!

—Escucha. Nunca me había sentido tan débil, papá. Sencillamente es más duro de lo que...

—Michael. Ayer fue el día más duro, el resto será pan comido. Ya has oído al cómo-se-llame... Frank. Ayer fue el día malo. Comprendo tu preocupación, hijo, pero ahora tienes que levantar ese ánimo. Ayer fue...

—Chsss...

—No nos oye nadie, Michael. Por amor de Dios. Todos duermen.

—¡Chsss...!

—¡Tú a mí no me mandas callar! No pienso...

Se oye a alguien colocar bien un saco de dormir y a continuación las voces se vuelven más bajas y suaves.

—No pienso permitir que abandones...

Y bajan tanto que ya no se oyen.

Ahora Shelly también se ha despertado. Ha estado escuchando y mirando a Rita con una ceja enarcada. Rita le devuelve el gesto y empieza a buscar en

el talego la ropa que necesitará para el día de hoy. Se ha traído tres pares de pantalones, dos pantalones cortos, cinco camisas, dos jerséis de lana y la parka. Al ponerse los calcetines, de lana y moldeados con la forma de sus pies, con la zona del tobillo reforzada, se pregunta si Mike de verdad iniciará enseguida el descenso. Tiene una bolsa de basura vacía en la que mete los calcetines sucios, la camisa de ayer y el sujetador de correr, que huelen a lluvia, árboles y sudor viejo.

—Tendrías que romperme la pierna —susurra Shelly.

Sigue en el saco, del que solo asoma la cara. De pronto a Rita le recuerda a alguien. A una actriz. Jill Clayburgh. ¿Jane Curtin? Kathleen Turner.

—Romperme la pierna y cortarme los tendones. Tendrías que hacerlo. Porque pienso coronar esta escalada.

Rita asiente y se vuelve hacia el faldón de entrada a la tienda.

—Si vas a salir —dice Shelly—, infórmame del parte meteorológico.

Rita asoma la cabeza entre los faldones y se encuentra con quince porteadores. Están de pie entre la niebla, al otro lado del campamento, vestidos con la ropa del día anterior y con tazas en la mano, bajo la llovizna. Están frente a la tienda cocina y todos miran la cara que asoma entre los faldones. Rita se apresura a entrar de nuevo en la tienda.

—¿Qué tal? —pregunta Shelly.

—Igual —contesta Rita, más triste de lo que se ha sentido en la vida.

El desayuno consiste en gachas, té y rodajas de naranja que llevan demasiado tiempo expuestas al aire y se han secado, prácticamente son marrones. Hay tostadas, frías y duras, y mantequilla que solo se extiende con gran esfuerzo. De nuevo los cinco excursionistas de pago se encorvan en torno a la mesita de cartas y comen lo que pueden. Se pasan el azúcar moreno y endulzan las gachas, y se pasan la leche para el café y les preocupa que la cafeína les provoque retortijones y tengan que visitar demasiado a menudo la tienda lavabo, a la que ahora todos tienen pavor. Rita se había preguntado si el viaje resultaría demasiado suave, demasiado fácil, pero ahora, casi recién llegada, ya sabe que no. Esto es otra cosa.

—¿Qué tal vuestra tienda? —pregunta Frank con la barbilla apuntando hacia Grant—. No demasiado calurosa, ¿eh?

—Un poco fría, sí. —Grant se sirve la tercera taza de té.

—Grant opina que la vieja tienda del ejército de su papá es la más adecuada —dice Frank—. Pero no contabas con esta lluvia, ¿eh, Grant? Tu papá podía secar la ropa junto al fuego, pero aquí no funciona así, amigo.

Grant entrelaza las manos delante de él, extendiendo los brazos con torpeza, como si luchara contra sí mismo. Escucha y mira a Frank sin la menor emoción.

—Esa cosa no estará seca para esta noche, tendrás que dormir conmigo o con cualquier otro, amigo. —Frank se rasca la barba de un modo que parece doloroso—. Si no, el viento y la lluvia convertirán la tienda en un congelador. Te congelarás mientras duermes, sin enterarte. Por la mañana habrás palmado.

La senda serpentea como un riachuelo por entre la selva durante una hora de este día algo más seco y luego atraviesa una ladera despejada por el fuego. Ahora todos avanzan juntos, la tierra se ve negra y desnuda. Quedan restos retorcidos de árboles estirándose desde el suelo; aunque han perdido las extremidades, las raíces permanecen casi intactas.

—He aquí el incendio forestal —dice Frank.

Por fin escampa la niebla. Aunque avanzan despacio, bordeando un campo de rocas romas que llegan a las rodillas, no van tan lentos como ayer y como Rita está agotada y le duelen las piernas, desde el tobillo hasta la cadera, acepta el ritmo contenido. Grant camina detrás de ella y también parece resignarse.

Pero hoy Mike está mucho más enfermo. Los cinco excursionistas de pago lo saben porque se ha convertido en una costumbre vigilar la salud de los demás. En esta montaña la pregunta «¿Cómo estás?» no es retórica. Estas palabras dan pie en cada caso, con cada escalador, a una respuesta complicada y distinta que involucra la aparición o no de ampollas, cefaleas crecientes, tobillos doloridos u hombros machacados pese al reajuste de las tiras de las mochilas. Mike le cuenta a todo el mundo que siente como si tuviera una solitaria inmensa en el estómago. Asegura que la nota moverse sin descanso y le ha puesto nombre: Ashley, en honor a una ex novia. Busca desesperadamente un momento de paz; recuerda a un niño enfermo tumbado en el suelo del baño, doblado sobre el váter, exhausto y derrotado, que ha olvidado cómo era sentirse fuerte.

Hoy los porteadores adelantan a los escaladores. Cada pocos minutos pasa otro, o un grupo entero. Los porteadores avanzan de a uno o en grupos de tres. Cuando se cruzan optan por una de las dos posibilidades siguientes: si hay sitio para esquivar a los escaladores, cuando el sendero se ensancha o se puede andar entre las rocas o las tierras del borde, los adelantan corriendo; cuando el sendero es estrecho, esperan a que los escaladores se aparten.

Rita y Grant se están apartando.

—*Jambo* —dice Grant.

—*Jambo* —contesta el primer porteador.

—*Harabi* —dice Grant.

—*Imara* —responde el porteador.

Y él y dos más pasan de largo. Rita le pregunta a Grant qué ha dicho. «*Harabi*», explica Grant, significa «cómo estás» e «*imara*» quiere decir «en forma». Rita los mira pasar y se fija en el último. Tendrá unos veinte años, lleva una camiseta de los informativos de la CBS, pantalones caqui y botas montañeras Timberland de color crema casi nuevas. Transporta dos talegos en la cabeza. Uno es el de Rita. Está a punto de comentárselo al chico —¡Anda, mira, ese es el mío, ja, ja!—, pero se contiene. No podría decir nada en inglés de lo que sentirse orgullosa.

—¡Azul! —chilla Jerry, señalando una pequeña fracción de cielo que la niebla no cubre.

Es la primera muestra de azul que el cielo les concede desde que empezaron la ascensión y despierta en Rita un espasmo de alegría antinatural. Le entran ganas de trepar por el hueco y espatarrarse por encima de las nubes, como se haría con una escalera que subiera a una casa en un árbol. Pronto el agujero azul crece y el sol, todavía oscurecido pero justo en la vertical, calienta a través de una fina capa de nubes. El aire de alrededor se caldea casi al instante y Rita, junto con los otros excursionistas de pago, se detiene a quitarse ropa y ponerse las gafas de sol. Frank saca un par de pantalones mojados de la bolsa y los ata a un mosquetón; cuelgan, roñosos, hasta sus tobillos.

Mike tiene la mirada perpetua del que desactiva una bomba. En ningún momento deja de adornar su frente el sudor perlado detenido en las crestas de sus tres arrugas de expresión. Sorbe de un tubo de plata parecido a un bote de ketchup pero más grande.

—Alimentos energéticos —explica.

Todos se comen los tentempiés que han traído. Cada día Steven entrega a los excursionistas de pago un almuerzo base consistente en huevos y galletas saladas que nadie ingiere. Rita engulle cacahuètes, pasas y chocolate. Jerry roe cecina de ternera. Todos comparten la comida, la ropa y los artículos médicos necesarios. Shelly presta a Mike su venda elástica para que se proteja

el tobillo, que cree inflamado. Jerry presta a Rita un par de guantes de Thinsulate.

Pasan quince porteadores mientras los excursionistas comen y se cambian. Un porteador, más musculoso que los otros, todos igual de delgados, transporta una radio que emite música country. El porteador se enorgullece con despreocupación de la música, se da cierto aire de propiedad informal. Grant saluda a todos los porteadores con un «*jambo*» y la mayoría le devuelve el saludo, provocando nuevos saludos de Jerry, al que ahora le gusta pronunciar la palabra en voz alta.

«*Jam-BO!*», ruge, de modo que parece pensado para asustar.

Shelly se acerca a Frank.

—¿Qué comen los porteadores?

—¿Comer? ¿Los porteadores? Bueno, pues comen más o menos lo mismo que vosotros —contesta Frank, y le da una palmadita en la cadera—. Pero sin tentempiés —añade, y guiña un ojo.

Se oye un estruendo como el petardeo de un reactor. O un ataque de artillería. Todos alzan la vista, luego miran montaña abajo. Nadie sabe adónde mirar. Los porteadores, adelantados pero todavía visibles, se detienen brevemente. Rita ve a uno remedar el disparo de un rifle. Luego continúan.

Ahora Rita camina sola. Ha charlado con la mayoría de los excursionistas y considera que ya está al corriente. Sabe lo de los matrimonios de Shelly, lo del doctorado pendiente en filosofía, lo del hijo que vive en una casa tutelada en Indiana porque se saltó la medicación y amenazó a un compañero de trabajo con un rodillo para pizzas. Conoce a Jerry, sabe que Jerry cree que sus restaurantes unen a la comunidad, sabe que los decora según los lugares de reunión griegos en vez de seguir algún modelo contemporáneo —quiere que gracias a su comida nazcan grandes ideas— y, mientras se explayaba en el tema gesticulando con un bastón que llevaba desde hacía tres horas, Rita temió que el hombre acabara empleando la palabra «peripatético» y, efectivamente, así fue. Rita sabía que ella se estremecería y se estremeció. Y sabe que Mike no se encuentra bien y cada vez está peor y ha empezado a bromear sobre lo divertido que resultaría que un diseñador de ambulancias muriera en una montaña sin posibilidad de conseguir una.

El terreno es variado y Rita está contenta; la ruta parece planeada por escaladores con una capacidad de concentración bastante escasa. Han pasado por la jungla, la sabana, luego por otro bosque, después por un bosque

calcinado y ahora el sendero cruza una ladera rocosa cubierta por un mantillo verde, un lecho oceánico desecado, plagado de enormes rocas erosionadas y chorreantes de líquenes de color naranja sintético.

Ahora la adelantan regularmente porteadores, no solo los de su grupo, sino cientos de porteadores más, del grupo canadiense, del grupo alemán, de otros campamentos. Rita pasa junto a una mujercilla japonesa sentada en una roca roma y flanqueada por un guía y un porteador a la espera.

Los porteadores trabajan más. El primer día parecían casi caballeros y caminaban tan rápido que le sorprende verlos ahora esforzarse, lentos y pesados, en absoluto divertidos. Un porteador pequeño, de más edad, se le acerca por detrás y Rita le deja paso.

—*Jambo* —saluda Rita.

—*Jambo*.

El hombre transporta en la cabeza un talego grandote con el nombre de Jerry que se sostiene por el asa de la bolsa que cruza la frente del porteador. Por debajo de la correa, el sudor le corre por el puente de la nariz.

—*Habari?* —pregunta Rita.

—*Imara*.

—¿Agua?

El hombre se para.

Rita saca la botella de la funda de la mochila y se la tiende al porteador. Él se detiene y la acepta, sonriendo. Echa un buen trago de la ancha boca del contenedor de plástico transparente y luego reanuda la marcha.

—¡Espera! —exclama riendo Rita. El hombre se va con la botella—. Solo un sorbito —añade, indicando por gestos que le gustaría recuperar el agua. El hombre se para, bebe otro trago y se la devuelve, inclinando ligeramente la cabeza mientras se seca los labios con el dorso de la mano.

—Gracias —dice el porteador, y continúa sendero arriba.

Han acampado. Son las tres de la tarde y ha regresado la niebla. Planea liviana sobre la tierra, que es marrón, amplia y yerma. Con la niebla el campamento parece un campo de batalla medieval, desolado y listo para acoger la muerte de los hombres.

Rita se sienta con Jerry en unas piedras del tamaño y la forma de sacos de legumbres mientras montan las tiendas. Mike está tumbado en el suelo, sobre la mochila, y a Rita le recuerda el aspecto de un cadáver reciente. Mike está casi azul y tiene una respiración ahogada que Rita jamás había oído. El bastón

con el que se ayuda a caminar se extiende desde la axila de Mike de tal modo que parece una lanza que lo haya atravesado desde atrás.

—¡Ashley! —le dice Mike a su solitaria, o lo que sea que tiene—. ¿Por qué me haces esto, Ashley?

En las profundidades neblinosas alguien canta una canción. Parece en alemán, y enseguida la interrumpen las risas. Más cerca del lugar donde se sienta Rita, se oye un ruidito errático, un toc-toc, puntuado periódicamente por palabras de aliento en voz baja.

La neblina se levanta enseguida y Rita ve a Grant, que ya ha montado su tienda, rodeado de porteadores. Grant y un hombre muy joven, el más joven y delgado que Rita haya visto, están jugando a algo similar al tenis tratando de mantener en el aire una pelotita azul mediante unas finas raquetas de madera. Grant va descalzo y sonríe.

—Mírale —dice Jerry—. ¡San Grant de los porteadores!

Para cenar toca lo mismo: fideos fríos, arroz blanco y patatas, pero esta noche en lugar de rodajas de naranja hay sandía, troceada en triángulos finos, pequeñas barquitas verdes con velas rojas sobre un lago redondo de plata.

—Alguien ha subido una sandía —apunta Mike.

Ningún comentario.

—Bueno, volando no ha llegado —dice Frank.

Nadie se come la sandía porque a los excursionistas se les ha advertido que eviten la fruta por miedo a la malaria del agua. Steven, el porteador que sirve las comidas y a quien siempre precede una sonrisa, regresa enseguida y se vuelve a llevar la sandía. No dice nada.

—¿Qué pasa con el tipo que ha subido la sandía? —pregunta Jerry con una mueca.

—Probablemente se vuelve para abajo —dice Frank—. Muchos están regresando, por ejemplo, los que transportaron la comida que ya nos hemos zampado. A muchos de ellos los ves solo un día.

—De vuelta a los campos de plátanos —dice Jerry.

Rita ha estado tratando de adivinar la razón de que Jerry le resulte familiar, y ahora la sabe. Jerry se parece a un hombre que vio en una tienda Target, un tipo corpulento que estaba probándose batas y encontró una que le gustó tanto que se paseó con ella puesta por el establecimiento durante casi una hora: se lo cruzó dos veces. Como en el caso de Jerry, a Rita le horroriza y le admira esa total indiferencia al contexto, al buen gusto.

Los escaladores charlan de sus sueños. Todos toman Malarone, un medicamento contra la malaria que en la mayoría provoca sueños alucinatorios y perturbadores. La atención de Rita se dispersa porque nunca le han interesado los sueños ajenos y durante este viaje no ha soñado nada.

Frank cuenta una historia acerca de su ascensión al Puncak Jaya, el pico más alto de Indonesia, una montaña de cinco mil metros y muy fría. Buscaban a un escalador que murió allí en 1934, un explorador británico que docenas de grupos habían tratado de localizar desde hacía décadas. Pero el grupo de Frank contaba con la ventaja de poseer el diario del socio del escalador, recién encontrado unos cientos de metros más abajo. Conocedores de la ruta que aproximadamente había tomado el explorador, el grupo de Frank encontró al hombre tras quince minutos de búsqueda en la elevación correcta.

«Ahí está», había anunciado uno de los escaladores sin ningún atisbo de duda porque el cadáver se había conservado tan bien que tenía el mismo aspecto que en la última fotografía conocida del británico. El hombre había caído desde una altura de al menos setenta metros; se había fracturado las piernas pero había conseguido sobrevivir y se arrastraba a cuatro patas cuando murió congelado.

—¿Y lo enterrasteis? —pregunta Shelly.

—¿Enterrarle? —repite Frank, con perplejidad fingida—. ¿Cómo íbamos a enterrarlo? Hay cinco metros de nieve y debajo es todo piedra...

—De modo que... ¿lo dejasteis donde estaba?

—¡Pues claro que lo dejamos! Probablemente ahí sigue todavía, apuesto a que está en el mismo sitio.

—O sea, que así son...

—Ajá, así son las cosas en la montaña.

En algún momento pasada la medianoche la vejiga de Rita demanda atenciones. Rita intenta escapar en silencio de la tienda, aunque el ruido de la cremallera interior y después de la exterior es demasiado fuerte. Para cuando saca la cabeza fuera de la tienda sabe que Shelly se ha despertado.

Su aliento forma ráfagas compactas y todo se ve azul. La luna está viva y todo lo tiñe de ese color. Todo está bajo el agua pero con imposibles sombras negras. Cada roca tiene debajo un agujero negro. Cada árbol tiene debajo un agujero negro. Rita sale de la tienda al aire gélido del exterior. A su lado se distingue una silueta inmóvil.

—Rita —dice la silueta—. Perdona.

Es Grant. Está de pie, con los brazos cruzados frente al pecho, de cara a la luna y —ahora Rita lo ve— a la cresta del Kilimanjaro. Rita ahoga un grito.

—Increíble, ¿verdad? —susurra Grant.

—No tenía ni idea...

Es enorme. Es azul blanquecino e inmenso y chato en la punta. La claridad es extraordinaria. De hecho, es de una blancura cegadora, incluso a la una de la madrugada. La luna da a la cima blanca el aspecto de la porcelana china a la luz de las velas. ¡Y tan cerca! Es una montaña, pero piensan escalarla. Casi han remontado ya la mitad, lo que hace que a Rita la embargue una sensación de triunfo. Eso no se lo quita nadie.

—Acaban de marcharse las nubes —explica Grant—. Mientras me cepillaba los dientes.

Rita escudriña el campamento de tiendas y descubre otras siluetas, solas o en parejas, de pie, de cara a la montaña.

Ahora está decidida a alcanzar la cima. Piensa que se parece muchísimo a contemplar la luna a sabiendas de que también es alcanzable. Solo el tiempo y el aliento se interponen entre ella y la cima. Rita es joven. Lo conseguirá.

Se gira hacia Grant, pero ya no está.

Rita se despierta recuperada. No sabe por qué, pero ahora, mientras sus ojos se abren veloces y nota el cuerpo descansado, pertenece a esta montaña. Está lista para el ataque. Hoy correrá sendero arriba, descalza. Cargará con su talego. Cargará con Shelly sobre los hombros. Ha dormido dos noches en la montaña pero parecen meses. Está segura de que si la dejaran sola sobreviviría, armonizaría con la montaña como la más resistente de las plantas: su piel se tornaría verde brillante y sus pies se volverían robustos y nudosos, duros y astutos como raíces.

Sale de la tienda y el aire sigue gris por la neblina y todo está helado: sus botas están cubiertas de escarcha. Ya no se ve el pico. Se calza y se aleja corriendo del campamento para orinar. De camino decide que correrá hasta encontrar el riachuelo y lavarse las manos. Ahora que la montaña le pertenece puede lavarse las manos en sus arroyos, beber de ellos si conviene, habitar sus cuevas, trepar por sus caras de roca pelada.

Tarda un cuarto de hora en localizar el arroyo. Se guiaba sin éxito por las huellas de pisadas y el ruido del agua al correr y al final se limitó a seguir la camisa de rayas de un porteador cargado con dos envases de agua vacíos.

—*Jambo* —saluda al hombre, exactamente igual que lo hace Grant.

—*Jambo* —repite el porteador, y le sonríe.

Es joven, probablemente el porteador más joven que Rita ha visto, tendrá unos dieciocho años. Una cicatriz le parte la boca desde debajo de la nariz hasta justo encima del hoyuelo de la barbilla. Los envases tienen la forma y el tamaño de los empleados para transportar gasolina. El chico coloca uno bajo una pequeña cascada y empieza a llenarlo, emitiendo el mismo ruido que Rita había oído desde la cama de su cabaña en Moshi. Los dos están en cuclillas, separados unos metros; la sudadera del porteador destaca por su estampado de cebra en rosa y negro.

—¿Te gustan las cebras? —pregunta Rita. Pone los ojos en blanco, consciente de su incapacidad para decir algo más que imbecilidades.

Él sonríe y asiente. Rita le toca la sudadera y levanta el pulgar ante el chico. Él sonríe nervioso.

Rita sumerge las manos en el agua. La temperatura exacta que suponía: fría pero no vigorizante. Se rasca la suciedad de las palmas con las uñas y a cada movimiento de paleta parece liberar suelo de las líneas de las manos. Después deja que el agua corra por las palmas y siente que ha cumplido su tarea. ¡Se lavará las manos sucias sin jabón! Pero cuando ha terminado, cuando se ha secado las manos en los pantalones, se ven exactamente igual, sucias.

El sol ha asomado mientras Rita se contemplaba las manos y entonces se gira de cara al sol, bajo pero intenso. El sol la convence de que pertenece más a este lugar que el resto de los escaladores, más que los porteadores. ¡Sigue sin llevar calcetines! Y ahora el sol la está calentando, le dice que no se preocupe por que no logre limpiarse las manos.

—Sol —le dice al porteador, y sonríe.

Él asiente mientras enrosca el tapón del segundo envase.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Rita.

—Kassim.

Rita le pide que lo deletree. Lo deletrea. Rita trata de repetirlo y él sonríe.

—¿Crees que estamos locos por pagar por subir la montaña? —pregunta Rita. Está asintiendo con la esperanza de que él esté de acuerdo.

Él sonríe y niega con la cabeza, sin comprender.

—¿Locos? —dice Rita, señalándose el pecho—. ¿Por pagar por subir la montaña? —Su índice y los dedos intermedios están subiendo una montaña imaginaria en el aire. Rita señala hacia la cima del Kilimanjaro, cercada de nubes, hojas curvadas que protegen el medio kilómetro final.

El chico no la comprende, o finge no entenderla. Rita decide que Kassim es su porteador favorito y que le regalará su almuerzo. Cuando vuelvan al pie de la montaña, le regalará sus botas. Rita le mira los pies, embutidos en añejas zapatillas de baloncesto de piel falsa, y sabe que son mucho más grandes que los de ella. Quizá tenga niños. Puede darle el calzado a los niños. De pronto Rita cae en la cuenta de que el chico está en el trabajo. Que la familia del porteador está en casa mientras él trabaja en la montaña. Eso es lo que ella echa tantísimo de menos, regresar a casa junto a los niños. ¡El ruido! Siempre se enganchaban, tenían un millón de cosas de las que charlar. La interrumpían toda la noche hasta que se dormían. No respetaban lo más mínimo la intimidad de Rita y ella los quería por su despreocupación. Quiere firmar más permisos para visitas culturales. Quiere maldecir en silencio a su profesor de gimnasia por alterarlos. Quiere arrancar los chicles de la mochila de J. J. y lavar las sábanas mojadas de orina de Frederick.

Kassim termina, ha llenado los recipientes, de modo que se levanta, se despide y regresa al trote al campamento.

Porteadores y escaladores extienden sus ropas húmedas sobre rocas al sol, las tienden en las ramas desnudas de los árboles. La temperatura sube de bajo cero a quince grados y medio en cuestión de una hora y todo el mundo enloquece con el calor, con la idea de estar seco, de que todo esté seco. El campamento, visible ahora desde cientos de metros, presenta un aspecto lamentable por la acumulación de personas —unas cuatrocientas— y las cosas que llevan a la montaña. Por todas partes hay colores harapientos goteando de los árboles, sangrando tierra adentro. En cualquier dirección hay un excursionista caminando papel higiénico en mano, en busca de un rincón privado donde depositar sus desperdicios.

Rita devora sus gachas y sabe que va ganando fuerzas mientras otros van decayendo. Se aprietan alrededor de la mesa de juego, en la tienda, y por primera vez los faldones permanecen abiertos durante una comida y hace demasiado calor, demasiado sol. Los que están de cara al sol llevan gafas oscuras.

—Dios mío, qué gusto... —dice Grant.

—Gracias a Dios —dice Jerry.

—¿Estás seguro, oh, Dios, de que lo merecemos? ¿Seguro de que hemos sufrido suficiente? —dice Shelly, y ríen.

—No quiero estropear este buen humor —interrumpe Frank—, pero tengo que anunciaros algo. Quería aclarar que no podéis regalar nada a los portadores. Esta mañana a Mike le ha parecido buena idea regalarle sus gafas de sol a un portador y ¿qué ha pasado, Mike?

—Las llevaba otro.

—¿Cuánto tiempo ha pasado antes de que vieras al otro con las gafas?

—Quince minutos.

—Y eso, ¿por qué, Mike?

—Porque primero debes entregar las cosas a Patrick.

—Exacto. Escuchad. Aquí se sigue un orden, del que se encarga Patrick. Si os sentís generosos y queréis regalarle a alguien el almuerzo o los cordones de las botas o lo que sea, se lo dais a Patrick. Él se encargará de la distribución. Es el único modo de que el reparto sea justo. ¿Comprendido? Vosotros habéis venido a caminar y ellos a trabajar.

Todos asienten.

—De todos modos, ¿por qué has regalado las gafas de sol, Mike? Está más claro que el agua que al menos un par de días las vas a necesitar. Cuando llegues a la cima...

—Bajo —dice Mike.

—¿Qué?

—Que me vuelvo —repite Mike con la vista clavada en Frank y el sol iluminando sus ojos azules hasta convertirlos en gris casi incoloro—. He perdido la ilusión.

—La ilusión, ¿eh?

Frank deja una pausa de un segundo y parece pasar, en silencio, de querer bromear con Mike para que cambie de opinión a aceptar su decisión. Está claro que quiere que Jerry intervenga, pero Jerry permanece callado. Jerry hablará con Mike en privado.

—Bueno —dice Frank—, supongo que sabes lo que haces. Patrick te conseguirá un portador para que te acompañe durante el descenso.

Mike y Frank comentan los detalles del descenso. ¿Bajar todo el camino en un día? Frank opina que es lo mejor. Así no necesitarán provisiones. ¿Quién cargará con mi equipaje? Tú lleva la mochila, que el portador se encargará del talego. Probablemente llegaréis al anochecer y Godwill saldrá a recogeros. ¿Quién es Godwill? El chófer. Ah, el viejo. Sí. Godwill. Saldrá a vuestro encuentro. Si los guardas forestales creen que se trata de una emergencia le dejarán subir con el coche casi medio camino. Entonces, ¿cuántas horas de caminata tenemos? Seis horas. Creo que podré. Claro que

puedes, Mike, claro que puedes. Tendrás que poder. No hay ningún problema. Gracias por participar. Que tengas más suerte la próxima vez.

Jerry todavía no ha dicho nada. Se está comiendo las gachas a toda prisa, escuchando. Mastica la avena con mala cara, con mirada maquinadora.

Después de desayunar Rita pasa junto a la tienda cocina de camino a la tienda lavabo. Dentro de la primera tienda hay seis porteadores y un puñado de ellos fuera: la mayoría porteadores más jóvenes, con una tacita en la mano y de pie alrededor de una tina grande de plástico como las que se emplean para la vajilla y los cubiertos. Kassim también está; Rita lo reconoce de inmediato porque, como todos los porteadores, viste la misma ropa todos los días. Rita reconoce otra sudadera, de torso blanco y mangas anaranjadas y un florido logotipo de Hello Kitty en el pecho. Rita trata de cruzar la mirada con la de Kassim, pero el chico está concentrado en la cocina. Steven sale entre los faldones de la tienda con un cuenco de plata y lo vacía en la tina. Los porteadores jóvenes se lanzan sobre la tina, hundiendo las tazas en el pequeño montículo de gachas, que desaparece en pocos segundos.

El sendero asciende gradualmente enroscándose alrededor de la montaña y, Mike, gruñendo a cada paso, continúa con ellos. Rita no sabe por qué sigue todavía en el grupo. Va rezagado con Patrick y parece desprovisto de sangre y la misma mínima esperanza. Está pálido y camina escorado a un lado, y utiliza los palos de escalar como un anciano el bastón, inseguro y apoyándose demasiado en la punta de uno.

Las nubes siguen al grupo montaña arriba. Frank les ha dicho que deben mantenerse por delante de las nubes si no quieren pasar frío. Se ha hablado de nuevas lluvias, pero Frank y Patrick creen que en el siguiente campamento no lloverá: está demasiado arriba. Escalan una zona de alto desierto llamada el Paso, entre los picos Mawenzi, una silueta irregular a kilómetro y medio de distancia, y Kibo, más arriba. Justo por encima del sendero se eleva la montaña, aunque la cima sigue oculta tras una capa de nubes. Rita y Grant continúan siendo los únicos que la han visto, a medianoche bajo la luna pequeña y brillante.

Tras dos horas de subida, a Rita empieza a dolerle la cabeza. Están a tres mil cuatrocientos metros de altitud y el dolor ataca de repente. Le duele en la parte de atrás del cráneo, donde le han dicho que empezaría y crecería el

dolor. Empieza a respirar con más esfuerzo, tratando de que le llegue más oxígeno a la sangre, al cerebro. Esta respiración funciona durante breves períodos de tiempo, en los que el dolor remite, aunque después vuelve con ferocidad renovada. Rita respira deprisa, ruidosamente, y el dolor desaparece cuando camina más rápido y la pendiente es más marcada, de modo que sabe que debe seguir adelante.

Avanza con un trío de sudafricanos que han llegado por carretera a Tanzania desde Johannesburgo. Les pregunta cuánto han tardado en llegar y luego sugiere que unas dieciséis o dieciocho horas. Ellos se ríen: no, no, tres semanas, amiga. ¡En África oriental no hay autopistas! Caminan por un sendero fácil, una senda en forma de ce alrededor de la montaña, a través de un campo de esquisto. Las piedras tienen el color del herrumbre y las ballenas, los fragmentos tintinean y entrechocan con fuerza bajo sus pies.

El camino cruza la ladera más desolada del Kilimanjaro, una zona donde parece que el volcán escupiera acero oxidado en lugar de lava. El paisaje parece azotado por el viento, los fragmentos de pizarra se inclinan en sentido contrario a la cima como si todavía intentaran escapar del centro, del fuego.

Descienden a un valle por entre un bosque ralo de lobelias, árboles todos de aspecto grotesco, con el tronco gris de un cocotero pero coronado por un exuberante estallido de verde, una cabeza alocada de verdeante pelo de punta. Un arroyo recorre el camino por una grieta estrecha y poco honda de la pared del valle y se detienen a llenar las botellas de agua. Los cuatro se agachan cuales gárgolas y comparten un pequeño vial de pastillas potabilizadoras. Vierten dos pastillas, minúsculas y de color acero, en las botellas y las agitan. Esperan, todavía en cuclillas, a que las pastillas se disuelvan, luego añaden unos comprimidos blancos destinados a mejorar el sabor del agua. Se levantan.

Rita decide que se adelantará a los sudafricanos, que echará a trotar por el sendero. Frente a la disyuntiva entre el deseo de aprender más sobre la situación económica del África subsahariana y la perspectiva de salir corriendo y llegar antes al campamento, elige correr. Les dice que ya se encontrarán al final del camino y empieza a correr, y enseguida se encuentra mejor. Su respiración es más densa y en solo unos minutos se le despeja la cabeza. Rita comprende que el ejercicio debe ser intenso y constante.

Hay un hombre tumbado más adelante en el camino, donde este dibuja un recodo bajo un matorral de lobelias. Rita acelera el paso en su dirección. El cuerpo está ovillado como si lo hubieran tirado. Es Mike. Rita lo mira desde arriba, su piel es prácticamente azul. Está dormido. Está tumbado en el camino, con la mochila todavía colgada de los hombros. Rita deja caer la suya y se arrodilla junto a Mike. El hombre respira. Tiene el pulso lento, pero no parece una situación desesperada.

—Rita.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

—Cansado. Enfermo. Ashley me está matando. Quiero irme a casa.

—Bueno, estoy segura de que esta vez se cumplirán tus deseos. Estás fatal.

Mike sonríe.

Rita le ayuda a levantarse y juntos descienden despacio por el valle en dirección al campamento. El campamento se extiende a lo ancho de un valle abierto, las tiendas ocupan el borde de un precipicio: este tercer día, el campamento está deslumbrante. Llegan a última hora de la tarde y el sol sigue luciendo por todas partes. Es el valle del Gran Barranco, ubicado por encima de las nubes, que se extienden como un océano más allá de la boca del valle, como mantenidas a raya tras un cristal.

Las tiendas están montadas y Rita ayuda a Mike a meterse en una; Mike descansa la cabeza en un montón de ropa mientras el sol consigue que el interior de la tienda se vea rosada e inquietante. Cuando Jerry, que está en el campamento lavándose los calcetines en el arroyo, advierte la presencia de su hijo, entra en la tienda, le pide a Rita que se marche y, con ella fuera, cierra la cremallera.

Rita está destrozada en su tienda. Ahora que no se mueve, el dolor de cabeza cobra vida. El dolor es un animal del tamaño de una rata con púas que habita, con su cola inquieta y su respiración galopante, en el lóbulo frontal de Rita. Pero en su lóbulo frontal no cabe y por tanto el cráneo sufre una gran presión. El dolor le alcanza el extremo de los ojos. Alguien está empujando lentamente un lápiz o bolígrafo desde los lados de la frente, justo detrás de los ojos, hacia el centro de la cabeza. Cuando coloca el pulgar y el índice en la base del cráneo, nota una pulsación.

La tienda es amarilla. Con el sol parece viva: Rita está dentro de un limón. El aire parece amarillo y todo lo que Rita sabe del amarillo está presente: es la

gloria y es la anemia. Hace más calor, el sol domina el día brillando sin parar, aunque con cierta pesadumbre.

Por la noche refresca. Están a cuatro mil cuatrocientos metros de altitud y el aire es finísimo y cuando se esconde el sol el viento resulta cruel, blasfemo. Vuelve a llover. A Frank y a Patrick les sorprende que llueva porque aseguran que en ese valle es muy poco habitual, pero el agua llega justo cuando se oculta el sol, como una llovizna, y a la hora de cenar ya es constante. La temperatura cae en picado.

Durante la cena planifican la escalada del día siguiente: la ascensión final. Se despertarán a las seis de la mañana, caminarán durante ocho horas y se detendrán en el campamento más alto, donde comerán y dormirán hasta las once de la noche. A las once, el grupo se levantará, empaquetará las cosas y atacará la caminata final de seis horas de noche. Alcanzará el pico Kibo al amanecer, sacarán fotos y se entretendrán durante una hora antes de iniciar el descenso por un sendero que recorre otra ladera, menos espectacular, pero de ruta más rápida y recta.

Shelly pregunta si todos los porteadores subirán con el grupo.

—¿Cómo? ¿Hasta la cima? No, no —contesta Frank.

Explica que unos cinco subirán básicamente para ejercer de guías. Acompañan al grupo solo en caso de que alguien necesite ayuda para transportar la carga o bajar. El resto de los porteadores permanecen en el campamento, lo desmantelan y luego se adelantan para reunirse después con el grupo en el último campamento tras el largo descenso.

Después de comer, muy poco, Rita sale de la tienda y se choca de cabeza contra la oreja de un porteador. Es el hombre del agua junto al arroyo.

—*Jambo* —saluda Rita.

—Hola —contesta él. Sostiene una mochila pequeña.

Una veintena de porteadores rodea la tienda comedor, aunque solo tres se alejan con platos en las manos. Al vaciarse la tienda, otros dos desmontan la mesa de juego y las sillas. Pronto la tienda queda vacía y los porteadores entran con el objeto, supone Rita, de limpiarla antes de desmontarla.

Rita se tumba. Se tumba con gran cuidado y deliberación, apoyando la cabeza muy despacio en la almohada que Shelly le ha confeccionado con una bolsa de basura llena de ropa blanda. Pero incluso el tenue crujido de la bolsa

resuena tan fuerte como la colisión de los planetas. Rita está asustada. Ve la lápida del joven que murió ahí mismo hace seis meses: tenían una foto de él —guapo y sonriente, con un pañuelo azul en la frente— en el hotel, enmarcada en recepción, para advertir a los clientes contra los esfuerzos excesivos. Rita ve a los porteadores bajar su propio cadáver. ¿Serían cuidadosos con su cuerpo? No confía en ello. Querrían bajar rápido. Cargarían con ella hasta la camilla y luego echarían a correr.

Escucha cómo los excursionistas de pago se preparan para irse a la cama. Ella está en el saco de dormir y sigue fría: lleva puestas tres capas de ropa pero siente como si le arrancaran la piel a tiras. Tiembla, pero el temblor le duele en la cabeza y obliga a su cuerpo a estarse quieto; se vierte serenidad por toda la piel, extendiéndola como si fuera un aceite cálido, y respira más despacio. Enseguida algo le come las piernas. Una pantera roe sus piernas. Rita observa roer a la pantera y además lo nota, nota como si un cachorro le lamiera los dedos de los pies, solo que ve sangre y huesos y tuétano; el cachorro está chupando el tuétano de sus huesos mientras la mira, sonriente, y le pregunta: ¿Cómo te llamas? ¿Te gustan las cebras?

Se despierta al oír arreciar la lluvia. Se libera del sueño y consigue olvidarlo casi de inmediato. La lluvia abruma su mente. La lluvia es intensa y fuerte, como una llamada a la puerta, como una llamada cada vez más sonora sin intención de detenerse... por Dios, ¿alguien podría abrir esa puerta, por favor? Ha estado congelándose toda la noche. Se despierta cada hora y se pone otra prenda más de ropa, hasta que apenas puede moverse. Considera brevemente la opción de quedarse en ese campamento con los porteadores, de no acometer la escalada final. Hay fotógrafos. Hay una película IMAX. Quizá sobreviva sin alcanzar la cumbre.

Pero no quiere que la agrupen con Mike. Ella es mejor que Mike. Hay una razón para terminar la ascensión. Tiene que terminarla porque Shelly la va a terminar, y Grant la va a terminar. Ella es tan buena como esa gente. Está cansada de admitir que no puede continuar. Lleva demasiados años haciendo todo cuanto estaba en su mano por terminar pero quedándose corta una y otra vez, satisfecha con haberlo intentado. Se consolaba con los matices entre el éxito y el fracaso, entre el objetivo alcanzado, conseguido, y el objetivo adaptado.

Se pone otra camiseta y otro par de calcetines. Vuelve a dormirse. Se despierta en mitad de la oscuridad, poco antes del amanecer, y Shelly la está

abrazando, besuqueando.

La luz que se cuela por el respiradero es como una grieta a un mundo sin las interrupciones de la forma ni la definición. Solo existe el blanco. El blanco contra el blanco. Rita entorna los ojos y busca las gafas de sol, palpa por fuera en vano, solo nota las piedras de debajo de la tienda. Respira todo lo hondo que puede, pero no surte ningún efecto. Sabe que su cabeza no está recibiendo suficiente sangre. Sus facultades se desvanecen. Intenta realizar tareas mentales simples para ponerse a prueba —el alfabeto, los estados de la Unión, las conjugaciones latinas— y descubre que sus pensamientos se dispersan. Inhala tan profundo que nota el aire grueso y exhala con tal fuerza que el pecho dibuja una curva cóncava. Shelly sigue dormida.

Es la primera luz de la mañana. Si sale el sol es que ha parado de llover. Hoy no hará tanto frío: ha salido el sol. Ya se siente más calentita, la tienda se caldea con rapidez pero el viento sigue soplando con fuerza y la tienda ondea ruidosamente.

¿Qué es eso? Se oye un alboroto fuera de la tienda. Los porteadores chillan. Oye a Frank, muy cerca, abrir y cerrar la cremallera de la tienda y luego le oye caminar hacia las voces. El griterío sube y baja con el viento, fracturado por el aleteo de la tienda.

Alguien trata de entrar.

—Shelly —dice Rita.

—Dime, cielo.

—¿Quién es?

—Soy yo, cariño.

Pasan horas o segundos. Shelly ha regresado. ¿Cuándo se marchó? Shelly ha entrado en la tienda y ahora vuelve a bajar lentamente la cremallera de la abertura, intentando no molestarla. ¿Horas o segundos?

—Rita, cielo.

Rita quiere contestar pero no se encuentra la lengua. La luz se ha colado dentro de ella, está llena de luz, como cuando un líquido se abre camino hasta los rincones de un molde, y enseguida vuelve a dormirse. ¿Horas o segundos?

—Rita, cielo. Ha ocurrido algo.

Ahora Rita está cabalgando por una especie de campo de batalla. Monta a mujeriegas, esquivando balas. Es invencible, y su caballo parece volar. Le da unas palmaditas al caballo y el animal la mira, sin cariño, le muerde en la muñeca y sigue corriendo, tirando de las riendas.

Más tarde abre los ojos y no le duele. Algo ha cambiado. Siente la cabeza más ligera, el dolor ha disminuido. Shelly no está. Rita no sabe qué hora es. Sigue habiendo luz. ¿Es el mismo día? No lo sabe. Podría ser que todos se hubieran marchado. La han dejado atrás.

Se levanta. Abre la puerta de la tienda. Una muchedumbre se agolpa alrededor de dos hombres que cierran la cremallera de un fardo muy grande. La cremallera se ha atascado en algo rosado, tela, estampada a rayas. Ahora alzan el talego, que conecta los hombros de uno y otro, y los hombres que les rodean discuten. Patrick aparta a alguien a empujones y señala a los porteadores que descienden lentamente el sendero con el talego a cuestas. Luego aparece otro talego grande transportado por otros dos porteadores que bajan por el sendero. Está Grant. Grant está ayudando a levantar un tercer talego. Se carga su mitad sobre los hombros mientras otro porteador lo levanta por la otra punta y echan a andar, sendero abajo, alejándose de la cumbre.

Rita vuelve a cerrar los ojos y vuela lejos de allí. Fragmentos de conversación se abren camino hasta su mente, por aberturas de su conciencia. «¿Qué ropa llevaban?» «Bueno, piensa que es como lo de los taxistas. Es un trabajo, ¿no? Tiene sus riesgos.» «¿Llevas también los cacahuetes?» «Dormir todo el rato no va a hacer que desaparezca, cielo.» «No tengo la linterna de la cabeza. ¿Alguien tiene una?»

J. J. y Frederick ocupan sendas sillas eléctricas. Está la taquígrafa de Bruselas, de pie junto a Rita, y las dos sonríen a los niños. Por la lógica del sueño resulta evidente que J. J. y Frederick van a ser ejecutados por perder alguna apuesta. O porque sencillamente nacieron para acabar en la silla y Rita y la taquígrafa de Bruselas nacieron para cogerlos de las manos. J. J. y Frederick la miran. Rita los tiene cogidos de las manos cuando empiezan las vibraciones. Está resignada, sabe que existen ciertas reglas y que ella no es quién para desafiarlas. Pero los niños empiezan a chasquear los dientes y a mirarla y ella se pregunta si debería hacer algo para detener la ejecución.

—¿Cómo te encuentras, tesoro?

Siente la cabeza despejada, liviana. Vuelve a formar parte de su persona.

—Seguro que solo necesitabas algo de tiempo para aclimatarte.

Shelly le está acariciando la pierna.

Rita alza la cabeza y no le duele. Alzar la cabeza no es difícil. Le asombra lo ligera que es su cabeza.

—Bueno, si piensas venir, tendrás que estar lista dentro de unos minutos. Ya vamos muy retrasados. Tenemos que ponernos en marcha.

Rita no quiere seguir más tiempo en la tienda. Puede terminar esto y haberlo hecho, sea lo que sea.

El terreno es rocoso, un pedregal resbaladizo y empinado, pero le cuentan que por lo demás no se trata de una ascensión demasiado difícil. Se limitarán a ir subiendo hasta el final. Será algo que podrá decirse a sí misma y a los demás que ha hecho, y poder contestar que sí cuando le pregunten si coronó la cumbre es muy distinto, le evitará tener que explicar por qué bajó cuando dos escaladores de más de cincuenta años subieron.

Rita embala la parka y la comida y embute el resto en el talego para que los portadores lo bajen al siguiente campamento. Se levanta viento y ondea la tienda, y súbitamente Rita cae presa del pánico. Ha ocurrido algo. Recuerda que Shelly le ha dicho que había pasado algo mientras dormía, pero ¿qué? ¿Qué ha...?

Mike. Ay, Dios mío. A Rita se le revuelven las tripas.

—¿Mike está bien? —pregunta.

Sabe que la respuesta será negativa. Mira a la espalda de Shelly.

—¿Mike? Mike está bien, cielo. Está estupendo. No creo que hoy venga con nosotros, pero se encuentra un poco mejor.

Rita recuerda a Grant bajando por el sendero. ¿Qué ha pasado con él?

—Seguro que nos reunimos luego con él, al pie de la montaña —dice Shelly, aplicándose una franja de protección solar blanca en la nariz—. Pregúntaselo entonces. Pero no es que sea un tío demasiado normal, ¿no?

El cielo está despejado y aunque el aire sigue siendo frío, quizá estén a unos siete grados, Rita nota el sol caliente en la cara. Está de pie, casi no se lo cree. Camina por el esquisto hacia la tienda comedor y los finos fragmentos de roca chocan como verjas de hierro al cerrarse.

Mike está desayunando. Son las ocho de la mañana y van con horas de retraso según lo previsto. Comen rápido un desayuno compuesto de gachas, huevos duros y té. Todos están exhaustos y callados. Grant está descendiendo y Mike no piensa subir. Rita sonríe a Mike y él muerde un huevo.

El resto de los excursionistas de pago —Rita, Jerry, Shelly— y Frank y Patrick se despiden. Se reunirán con Mike dentro de dos horas, cuando ya se

encuentre mejor, le dicen. Le traerán un poco de nieve del Kibo, le dicen. Quieren ir y arrastrar sus cuerpos hasta la cima y mirarlo desde allí, desde lo alto.

Es maravilloso. Desde la cima Rita divisa cientos de kilómetros de Tanzania, un paisaje verde que se extiende hasta una línea baja de nubes que intercepta la visión y se traga la tierra. Ve Moshi, ventanitas que reflejan el sol, como motas de oro vistas bajo un arroyo poco profundo. Todo el mundo está sacando fotos delante de un cartel que anuncia fanfarrón la altitud de la cumbre y su condición de pico más alto de África, la montaña solitaria más alta del mundo. Detrás de los carteles se abre la cavidad del Kibo, un gran cráter volcánico, plano, estampado de nieve.

Por el lado de Moshi de la montaña, los glaciares son bajos y anchos, blandos en la cima y a rayas desde la perspectiva de Rita, desde arriba. Ve los dientes enormes de una ballena blanca. Carámbanos de seis metros de altura se extienden montaña abajo y gotean sobre la piedra desnuda.

—Están desapareciendo —dice Jerry. Está de pie detrás de Rita, observando por los prismáticos—. Se derriten unos metros al año. Van descendiendo despacio pero sin pausa. Dentro de veinte años no quedará nada.

Rita se protege los ojos y mira en la misma dirección que Jerry.

Hay otras personas en la cima del Kibo, un grupo numeroso de escaladores chinos, todos de cincuenta años y pico, y una docena de italianos con indumentaria negra y ajustada y mochilas ligeras. Los escaladores que han llegado hasta la cumbre se saludan con la cabeza al cruzarse. Prestan las cámaras a desconocidos para que saquen fotos. El viento barre la montaña a ráfagas, los fantasmas disparan por encima de la cima.

La ascensión ha sido lenta y pronunciada y desaforadamente fría. Han descansado diez minutos cada hora y mientras esperaban sentados o de pie, comiendo cereales o bebiendo agua, se les congelaba el cuerpo y el viento los azotaba a golpes amplios y cortantes. Al cabo de cuatro horas Shelly empezó a flaquear y amenazar con volverse. «¡Quítate esa mochila!», bramó Frank, arrancándosela como si estuviera ardiendo. «No te hagas la heroína», había añadido, pasando la mochila a un porteador. Shelly había continuado, recuperada sin el peso. Los últimos quinientos metros, cuando ya veían la cima de la montaña justo un poco más arriba, les habían llevado casi dos

horas. Habían coronado la cumbre cuando el sol asomaba de una franja de nubes violetas.

Ahora Rita respira tan rápido y hondo como le es posible: el dolor de cabeza lucha por dominar su cráneo y ella jadea para mantenerlo a raya. Pero se alegra de haber escalado la montaña, no alcanza a creerse que estuviera a punto de rendirse antes de la cima. Piensa que ahora que contempla semejantes vistas en todas direcciones y conoce la comunión que se establece con los otros que han subido, no habría dejado que nada detuviera su ascensión. Ahora sabe por qué un joven continuaría subiendo hasta que lo lisiara un edema, por qué los pies le habrían arrastrado mientras su cerebro se quedaba sin sangre ni razón. Rita se enorgullece de sí misma y quiere a sus compañeros, ahora se siente más ligada a Shelly, Jerry, Patrick y Frank que a Mike o incluso a Grant. En particular en el caso de Grant, que ha elegido descender a pesar de tener las fuerzas para conseguirlo. Grant se ha convertido en un borrón, en alguien a quien nunca conoció.

Rita encuentra a Shelly sentada en una caja pequeña de metal encadenada a uno de los carteles.

—Bueno, pues de todos modos estoy contenta —dice Shelly—. Sé que no debería, pero lo estoy.

Rita se sienta a su lado, resollando para mantener la cabeza despejada.

—¿Por qué no deberías alegrarte?

—Supongo que me siento culpable. Como todos. Pero nuestro abandono no iba a devolverles la vida a esos porteadores.

—¿Devolverles la vida? ¿A quiénes?

—Anoche. O anteanoche. La última noche que dormimos, cuando estabas enferma, Rita. ¿Te acuerdas? ¿La lluvia? Como hacía frío se metieron a dormir en la tienda de los trastos, que tenía un agujero y estaba tan mojada...

—¿Por qué no...? ¿Por qué nadie...?

—Simplemente no se despertaron, Rita. ¿No lo sabías? Ya sé que dormías, pero ¿en serio que no lo sabías? Creo que en parte lo sabías. ¿A quiénes creías que bajaban?

—No he visto nada.

—Eran jóvenes. No llevaban la indumentaria adecuada. ¿Te imaginas hacer esto sin ropa apropiada? De verdad, Rita. Creía que lo sabrías. Pensaba que las personas tenemos un sexto sentido para estas cosas, para cuando ocurre algo así.

—Pero ¿por qué no hemos...?

—No quería estropear todo esto. Todos hemos trabajado muy duro para llegar aquí. Me alegro de que todos decidieran continuar, porque vale la pena, ¿no te lo parece? Imagina subir todo el camino hasta aquí y no coronar la cumbre por cualquier motivo. ¡Mira cómo resplandecen esos glaciares al sol! Son inmensos y sin embargo parecen latir, ¿a que sí, cielo? Mira cómo late la nieve, ¡empujando y estirando con nosotros! Rita, que... ¿Adónde vas?

Durante toda la bajada Rita cuenta con caerse. La montaña tiene una pendiente muy pronunciada durante la primera hora, las rocas se desprenden por todos lados. Nada de todo esto fue idea suya. A ella la metió aquí, en este lugar, su hermana, que lleva la cuenta de todo. Rita nunca ha querido todo esto. Corre y luego salta y corre y después salta, volando seis metros a cada salto, y cuando aterriza cientos de piedras se desprenden y caen rodando, arrastrando aún más en el descenso. Nunca habría llegado tan lejos de haber sabido que sería así, que todo saldría mal, que haría tanto frío y que la lluvia se colaría en la tienda de esos hombres. Baja hasta el campamento más alto, donde los porteadores le prepararon la cena, se fueron a dormir y ya no despertaron. No puede ser culpa de Rita. El primer responsable es Patrick, y después Frank y luego Jerry y Shelly, ambos mayores que ella, que tienen experiencia y deberían haber intuido que algo iba mal. Rita es la última a la que puede culparse de algo; y además está Grant, que había bajado sin avisarla. Grant lo sabía todo, ¿no? ¿Cómo va a ser Rita responsable de algo así? Quizá ahora no está aquí, corriendo montaña abajo, y jamás lo ha estado. Sabrá olvidarlo. Puede no estar aquí, nunca ha estado aquí.

Ayer se descubrió deseando algo que nunca había querido. Ser capaz de decirle a Gwen que lo había conseguido, y quería llevarles a J. J. y a Frederick una piedra o algo de aquí arriba, porque entonces la creerían capaz de cualquier cosa y algún día volverían con ella. Dios mío, Rita sigue corriendo, desprendiendo pedregal, haciendo que caigan piedras por la montaña, porque no puede parar de correr y no puede parar de bajar la montaña con ella.

Abajo, pasadas diez horas, acaba de descalzarse. El joven que ahora calza sus botas, a quien Rita se las regaló cuando se ofreció a limpiárselas, la ha conducido a una cabaña circular de chapa en cuya fría oscuridad se han

agazapado. Detrás de la mesa, flanqueada de mapas, se sienta un guarda forestal tanzano. Está muy serio.

—¿Ha alcanzado la cumbre? —le pregunta a Rita.

Ella asiente.

—Firme aquí.

El hombre abre un diario. Pasa páginas en busca de las últimas entradas. El libro contiene miles de nombres, cada uno con su nacionalidad, edad y un espacio para comentarios. Encuentra un hueco para Rita, en una de las últimas páginas, abajo, y después de todos los nombres que la preceden Rita añade el suyo.

HAY ALGUNAS COSAS QUE DEBERÍA CALLARSE

CUANDO APRENDIERON A AULLAR

Eran mayores que la mayoría cuando aprendieron a aullar. La mayoría de la gente, de la mayoría de las generaciones, en la mayoría de los países del mundo, aprende a aullar a una edad más temprana. Algunos nacen aullando, otros aprenden cuando aprenden su lengua materna. El aullido, como suele decirse, depende del territorio. Pero esta gente, las personas de las que estamos hablando —nacidas en Estados Unidos en un momento determinado—, no había aprendido a aullar.

«¿A qué te refieres?», les preguntaban sus amigos en el extranjero. «¿Qué es eso de que todavía no habéis aprendido a aullar? ¿Qué pasa, sois canadienses?»

Para aullar: abre la boca. Convulsiona el estómago como harías antes de eructar o vomitar. Ahora forma una palabra, mil palabras, pero no emitas ninguna. En lugar de las palabras que podrías decir, emite un sonido. El sonido es una combinación de tres sonidos. Cada uno de dichos sonidos representa un tercio de tu aullido.

Primero: está el sonido tipo chillido que harías si te golpearas la cabeza con el borde de la puerta abierta de un armario de la cocina. Es repentino, agudo, enfadado. Habla de la estupidez del dolor.

Segundo: está el elemento quejumbroso. Imagina que llevas muchos días sin dormir y que, después de tantos días, te dan un puñetazo en el estómago. Luego te ordenan subir y bajar corriendo una colina. A la vuelta, te golpean en el esternón. Suplicas misericordia. Se ríen y matan a tu perro. Rompen los objetos que amas. Este es el quejido que debes tener presente. Es la extenuación.

Tercero: el último factor del aullido es el gemido. El gemido es el gemido de la impotencia. El gemido es la impresión ante el horror natural. Un desprendimiento de tierras. Una avalancha. Brutalidad. Una inundación. Machetes. Esta porción del aullido dice que no pensabas que algo pudiera

sorprenderte o abrumarte, pero te han demostrado que te equivocabas. No creías, tras ver unos diez mil asesinatos en televisión más o menos, tras leer mucha historia, que algo pudiera atravesarte de punta a punta. Pero te han demostrado que te equivocabas. No querías que te lo demostraran.

Cuando se combinan estas tres cosas —el chillido, el quejido, el gemido — y se condensan en un exabrupto agudo que nace del hígado y se expulsa del cuerpo por los seis o siete orificios a la vez, has aullado.

El aullido no se puede practicar ni forzar. El aullido surge solo al provocarlo.

El aullido es eficiente. El aullido dice mucho con gran economía de medios. Las palabras, preguntas y afirmaciones que se engloban en un aullido rápido: ¡Joder! ¡Mierda! ¡Putas! ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? ¿Cómo puedes hacer eso con tus propias manos? No me lo creeré. Para. Por favor, para ya. Dios mío. Dios mío. Dios mío. ¡Cabrones! ¡Animales! Pobre hombre. Pobres mujeres. Mira sus brazos. Mira su cara. No me lo puedo creer. No pienso crérmelo. Qué hijos de puta. Qué cabrones hijos de puta. No debería ser así. Nada debería nunca parecerse a esto. A la mierda con todo. Me rindo. No, lucharé. No, me rendiré. No, lucharé.

Pero para los estadounidenses de cierta edad, no se ha aullado hasta fecha reciente. Se dijeron muchas de estas palabras y se experimentaron emociones y se plantearon preguntas, pero nunca se habían concentrado lo suficiente — puesto que debe producirse una avalancha abrumadora de estímulos, rematada repentina o gradualmente— para devenir aullido. Sus padres habían aullado, la mayoría de ellos, y desde luego sus abuelos. Pero ellos no, lo que los hacía a la vez más fuertes y menos fuertes.

Aquellos que habían aullado habían visto desaparecer el suelo bajo sus pies. El suelo cae y el aullador desciende entre noventa y quinientos metros por un hueco estrecho. Luego el aullador o la aulladora debe abrirse el camino de vuelta hacia la luz.

Se puede aullar en días despejados. Se puede aullar en cualquier estación del año. En cualquier lugar. La gente aulló en la bella Sarajevo. La gente aulló en las playas de nívea blancura de Haití.

Aunque también se puede aullar —y de hecho ocurre con mucha frecuencia— lejos de la fuente del aullido. John Lundgren, de Pittsfield, Massachusetts, dice haber aullado sentado en la tribuna descubierta de la cancha de hockey de su sobrina; el hombre que tenía al lado había comentado: «¿Puede creerse lo que ha pasado?», y cuando John escuchó lo que había pasado, aulló. Abby Peterson, de Cliffside, Idaho, dice haber aullado mientras le trenzaba el pelo a su hija viendo las noticias. Estaba peinando el suave pelo rojizo de su hija cuando vio una cosa en la televisión y, con las manos en la cabeza de su hija, aulló. Chinaka Hodge, de Oakland, recuerda estar en la biblioteca, sentada frente a un ordenador blanco con una moqueta silenciosa y azul a sus pies. Cuando se sentó ante el ordenador ocupaba la pantalla una breve película con mucho grano que vio pese a saber que no debería mirarla. Y aulló. Cayó doscientos veinte metros y ahora, muchos meses después, sigue tratando de alcanzar la superficie.

Se han cobijado esperanzas de que estas personas nunca conocerían el sonido del que estamos hablando. Que pasarían los años que les tocasen sin aullar. Pero ahora ellos y millones más, estadounidenses de cierta edad, han seguido la senda de sus padres y abuelos y de miles de millones antes que ellos. Han aprendido a aullar. No pueden olvidar lo que sintieron —quema, quema— cuando el sonido salió de ellos, pero pueden intentar ayudar a aquellos que no han aullado a vivir una existencia libre de aullidos. Es lo que queremos. Es lo único que podemos hacer.

DESPUÉS DE QUE ME LANZARAN AL RÍO Y ANTES DE AHOGARME

Uy, soy un perro veloz. Soy velocísimo. Es verdad y me encanta ser veloz, admito que me encanta. Ya conoces perros veloces. Perros que echan a correr y te dices: ¡Vaya, eso sí que es un perro veloz! Bueno, así soy yo. Un perro veloz. Soy un perro velocísimo. ¡Uuuuuuh! ¡Uuuuuuuuh!

Deberías verme alguna vez. Solo mirar lo rápido que voy cuando voy a tope de velocidad, cuando de verdad tengo una razón para moverme, cuando en serio que voy a algún lado: tío, vamos que si corro, salgo disparado como un misil, disparado como un misil entre los árboles y esquivando arbustos y entonces, ¡pam!, salto una valla o a un niño o una roca o lo que sea porque soy un perro velocísimo y salto como una puta gacela.

¡Uuuuuuh! Tío, tío.

Me encanta, me encanta. Corro para notar el aire frío entre los pelos. Corro para notar el agua fría que sale de los ojos. Corro para notar la mandíbula aflojarse y la lengua asomar flácida por un lado de la boca y ondear y corro y corro y corro y me llamo Steven.

Como pizza. Como pollo. Como yogur y pan de centeno con semillas de alcaravea. Da lo mismo. Dicen: ¡No! ¡No comas eso, eso no es para ti, es para nosotros, para las personas! Y de todos modos me lo como, me lo como con placer, me como la comida y me siento bien y sigo vivo y corro y corro y miro a la gente y escucho las conversaciones estúpidas que emanan de las rajas que tienen por boca y sus ojos terribles.

Miro por las ventanas. Veo lo que ocurre. Veo los momentos de abrazos serenos y también la traición y corro y corro. Me dirás que importa lo que todos dicen. Los he escuchado y hace mucho tiempo que lo dejé. Dime que importa y te escucharé y querré que me convenzas. Dime que lo que se dice cambia algo, que las palabras valen la pena y significan algo. Veo lo que ocurre. Vivo con personas que son alemanas. Coleccionan jarras. Son buena gente. Veo lo que ocurre.

Cuando corro puedo girar como si fuera mágico o algo así. Puedo girar como si no hubiera ni siquiera un recodo. Giro y voy tan rápido como si siguiera recto. Entre los árboles como un misil, entre los árboles me encanta correr con las zarpas por delante y agarrándome tan rápido como si lo cogiera todo.

Maldita sea, estoy enamorado de todo esto.

Una vez estuve en un río. Me lanzaron al río cuando era pequeño. No tienes ni idea. Nadaba, tratando de averiguar por qué me habían lanzado al río. Tenía seis meses y los ojos me quemaban, el agua era mala. Chapoteaba y era como suplicar. La tierra a ambos lados era una franja negra, indiferente. Vi el agua gris y luego el agua más oscura de debajo y entonces las patas dejaron de funcionar, se engancharon en alguna alga o telaraña y de pronto estaba en el aire.

Abrí los ojos escocidos y le vi de amarillo. Al pescador. Me sacaron del agua, el agua quedó abajo. Luego tiritaba en el fondo de la barca de plástico blanco y me miraban, todos con bigote.

Me sequé al sol. Me llevaron al lugar de las jaulas y aullé durante días. Otros también aullaban. Todo el mundo estaba loco. Luego llegó gente y un coche y me trasladaron a una casa nueva. Comí y dormí y me mantuve seco, las paredes eran de madera. Había dos personas y dos niñas, gemelas delgadas que dormían en el cuarto de al lado, separadas por una casita de muñecas.

Cuando salgo fuera corro. Corro por el cemento delante de las casas y luego hasta donde las casas terminan y después hacia el bosque. En el bosque hay otros perros.

Soy el más veloz. Desde que Thomas se marchó soy el más veloz. También soy el que salta más lejos. Ya no tengo que aullar. Puedo dejar atrás los edificios donde la gente se queja y dirigirme al bosque donde ya no los oigo y correr con los perros. ¡Uuuuuuh! Aquí me siento bien, me siento fuerte. A veces soy una máquina que se mueve rápido, una máquina en la que todo funciona a la perfección, mis zarpas se agarran a la tierra como si yo fuera el que la hace girar. Maldita sea, sí.

Todos los días me cruzo con la misma gente por la calle. Hay hombres, dos, que venden burritos en una furgoneta de acero. Son felices; ponen la música fuerte y tintinea como una pulsera. Están las mujeres del colmado que salen durante el descanso, fumando y riendo, sacudiendo los hombros. Está el hombre que duerme en el suelo con el agujero en los pantalones del que asoma un culo tosco, varicoso, azul amarronado. Duerme mucho.

Todas las noches salgo del vecindario en dirección a los bosques a encontrarme con los demás. Está oscuro, hay nubes bajas. Veo figuras azules saltando del otro lado de las ventanas. Quiero que toda esa gente se marche de los edificios y se mude al desierto para poder llenar de agua los edificios. Es una idea que tengo. Los edificios quedarían bien llenos de agua, o bajo el agua. Lo que sea para limpiarlos. ¿Cuánto se tardaría en limpiar los edificios? Señor, nadie sabe nada de esto. De los ruidos que oigo hay muchos que no soporto. Qué gente.

Los únicos que me gustan son los niños. Me acerco a los niños y los lamo. Corro hacia ellos y hundo el hocico en sus estómagos. No quiero que trabajen. Quiero que se queden como están y que corran conmigo, incluso aunque sean lentos, tan, tan lentos. Corro a su alrededor, dando vueltas mientras ellos corren en línea recta. Son lentos pero perfectos, casi perfectos.

Paso frente a los edificios. Dentro, las mujeres se enganchan mechones de pelo detrás de las orejas y sus hijos mayores pasan horas de pie delante del espejo, moviéndose vacilantes al ritmo de la música. Sus padres juegan al ajedrez con los tíos que han venido a pasar un mes con ellos. Están contentos de estar juntos y yo paso de largo, rascando el cemento como papel de lija con las zarpas, dejo atrás la furgoneta de la música y veo la luz detrás de los tejados.

Nunca he estado en un tejado pero una vez subí a un avión y me pregunté por qué nadie me lo había contado. Que las nubes son más deslumbrantes desde arriba.

Donde los edificios escasean a veces veo el tren deslizarse entre los árboles negros y alargados, es un montón de ventanas verdes y gente dentro con camisas blancas. Vigilo desde el bosque, tan blando bajo mis garras. No soy capaz de explicarte cuánto me gusta esto, este tren, este bosque, la tierra, el olor de otros perros cerca esperando para correr.

En el bosque organizamos carreras y saltamos. Corremos desde la entrada hacia el bosque, donde empieza el sendero, por su interior de negra oscuridad y hacia el prado y a través del prado y por el siguiente bosque, más allá del arroyo y luego siguiendo el arroyo hasta la carretera.

Esta noche hace fresco, casi frío. No hay estrellas ni nubes. Somos impotentes pero nos quedan las carreras. Recorro el sendero al trote y veo a los otros. Esta noche hay seis: Edward, Franklin, Susan, Mary, Robert y Victoria. Cuando los veo quiero enamorarme de todos a la vez. Quiero que

estemos todos juntos; me siento muy bien a su lado. Es una especie de matrimonio. Charlamos de que ha refrescado. Charlamos de que el bosque es más cálido cuando estamos juntos. Conozco a todos estos perros de sobra.

Esta noche compito con Edward. Es un bullterrier y es veloz y fuerte pero sus ojos dicen que le gusta demasiado ganar; nos asusta. No lo conocemos muy bien y se ríe demasiado fuerte y solo de sus bromas. No escucha; espera.

La carrera es simple. Corremos desde el sendero de la entrada por el interior de negra oscuridad hacia el prado y a través del prado hacia el siguiente bosque, donde seguimos el arroyo y luego saltamos el hueco del caño de desagüe y continuamos por el lado del arroyo hasta la carretera.

El salto del desagüe es lo más difícil. Corremos junto al arroyo y luego la margen se eleva y vamos a tres, a cinco metros por encima del agua y después casi a seis. Entonces un caño de desagüe de más de un metro de alto interrumpe la ribera de manera que a cinco metros y medio se abre un vacío de casi cuatro metros y tenemos que correr y saltar para esquivarlo. Para conseguirlo tenemos que sentirnos fuertes.

En la orilla del arroyo, cerca del desagüe, por el suelo y entre los hierbajos y en las ramas de los toscos árboles grises, están las ardillas. Las ardillas tienen cosas que decir; hablan antes y después de que saltamos. A veces hablan mientras saltamos.

—Corre raro.

—No lo conseguirá.

Cuando aterrizamos dicen cosas.

—No ha aterrizado tan bien como me gustaría.

—Ha aterrizado mal. Estoy enfadada porque ha aterrizado mal.

Cuando no conseguimos saltar el vacío y caemos en la orilla arenosa, las ardillas dicen otras cosas, con ojos llenos de regocijo.

—Me entra la risa porque no ha conseguido saltar el vacío.

—Me alegro mucho de que se haya caído y parezca dolorido.

No sé por qué nos observan las ardillas, ni por qué nos hablan. Ellas no intentan saltar el vacío. Correr y saltar sienta estupendamente —incluso cuando no ganamos o nos caemos en el hueco sienta estupendamente correr y saltar— y cuando terminamos las ardillas hablan con nosotros y entre ellas con sus vocecillas nerviosas.

Nosotros miramos a las ardillas y nos preguntamos por qué están aquí. Queremos que corran y salten con nosotros pero no lo hacen. Se sientan y hablan de lo que hacemos. A veces uno de los perros, perdida la paciencia,

atrapa una ardilla con la boca y la aplasta. Pero a la noche siguiente regresan todas, más todavía. Siempre hay más.

Esta noche voy a correr con Edward y me siento bien. Mis ojos están bien, como si fuera a verlo todo antes de que toque. Yo veo colores como tú oyes reactores.

Cuando corremos por el lado del arroyo me siento fuerte y me siento veloz. Hay sitio para que corramos los dos y quiero correr a lo largo del arroyo, quiero correr junto a Edward y luego saltar. Es lo único que veo, el salto, la distancia a nuestros pies, el impulso lanzándome por encima del vacío. Vamos, si a veces lo único que quiero es que esa sensación no se acabe.

Esta noche yo corro y Edward corre, y lo veo empujando con fuerza, hundiendo las garras, y parece como si los dos nos aferráramos a lo mismo, que los dos buscáramos lo mismo. Pero hundimos nuestras garras una y otra vez y hay de sobra para los dos y detrás de nosotros vendrán otros que se agarrarán a la tierra del lecho de este arroyo y siempre seguirá aquí.

Edward me da codazos mientras corro. Edward me empuja, choca conmigo. Yo lo único que quiero es correr pero él aúlla y choca conmigo, tratando de mordirme. Yo lo único que quiero es correr y luego saltar. No paro de decirle que si los dos nos limitamos a correr y saltar sin chocar ni mordernos correremos más rápido y saltaremos más lejos. Seremos más fuertes y haremos cosas más bonitas. Él me muerde y me empuja y me aúlla mientras corremos. Cuando llegamos a la curva intenta lanzarme contra el árbol. Resbalo y luego recupero el equilibrio y sigo corriendo. Lo atrapo enseguida y como soy más veloz lo atrapo y lo adelanto y estamos en la recta y gano velocidad, la obtengo de todas partes, atraigo la energía de todas las cosas vivas de mi alrededor, se transmite por el suelo a través de mis garras mientras las hundo en la tierra y gano el máximo de velocidad y veo el hueco. Dos pasos más y salto.

Deberías probarlo alguna vez. Soy un cohete. El rato que paso por encima del vacío es toda una vida. Soy una nube, lentísima, por un instante soy una nube lenta de movimientos elegantes, caballerescos, como dormida.

Luego acelera y las hojas y la tierra negra se aproximan y aterrizo y patino, se me llenan las garras de tierra y arena. Supero el hueco por medio metro y me giro para ver el salto de Edward y la cara de Edward sobre el vacío, mirando hacia mi lado del hueco, y sus ojos siguen enfocando la hierba, se salen buscándola, y entonces empieza a caer y solo sus patas delanteras, sus garras, aterrizan en la orilla. Aúlla algo mientras se agarra,

mientras sus ojos tratan de tirar del resto de su cuerpo, pero resbala orilla abajo.

Se encuentra bien, pero otros se han hecho daño en el pasado. Un perro, Wolfgang, murió aquí hace años. Los otros perros y yo saltamos a ayudar a Edward a incorporarse. Edward gime pero está contento de que hayamos corrido juntos y de haber saltado.

Las ardillas dicen cosas.

—No ha sido un buen salto.

—Un salto espantoso.

—No se ha esforzado bastante.

—Mal aterrizaje.

—Un aterrizaje horrible.

—Estoy muy enfadada porque ha aterrizado mal.

Corro solo el resto de la carrera. Finalizo y regreso y contemplo las otras carreras. Miro y me gusta mirarlos correr y saltar. Tenemos suerte de tener estas patas y este suelo, y de que nuestros músculos funcionen veloces y la sangre fluya y de poder verlo todo.

Después de correr todos nos vamos a casa. Algunos perros viven al otro lado de la carretera, donde hay más tierra. Algunos viven camino de mi casa y trotamos juntos de regreso, por el bosque hacia la entrada y de vuelta a las calles y los edificios con azules luces saltando dentro. Ellos lo saben igual que yo. Ven a los hombres y las mujeres charlando al otro lado del cristal sin decir nada. Saben que dentro los niños empujan sus juguetes por suelos de madera. Y en la cama la gente busca las colchas, estira, pateas.

Araño la puerta y enseguida se abre. Pálidas piernas desnudas bajo una bata roja. Pelos negros asoman de la piel blanca. Me como la comida y voy al dormitorio y espero a que se duerman. Yo duermo a los pies de la cama, encima de sus piernas, sintiendo entrar el aire frío y familiar de la ventana ligeramente abierta. En el cuarto de al lado las delgadas gemelas duermen junto a la casita de muñecas.

La noche siguiente me encamino solo al bosque, arañando el cemento de papel de lija. El hombre dormido duerme cerca de la puerta, con las manos juntas entre las rodillas. Veo a un grupo de hombres cantando borrachos en una esquina pero son perfectos. Sus voces unen y pulen el aire que los separa, emanan perfectas de sus bocas viejas y borrachas. Me siento y observo hasta que me descubren.

—Largo de aquí, chucho.

Veo acabarse los edificios y espero a que pase el tren. Espero y casi puedo escuchar todavía los cantos. Espero y no quiero esperar más, pero cuanto más espero más ganas tengo de que llegue el tren. Veo un cuervo botar delante de mí, pivotando la cabeza, paranoico. Entonces se oye el tren en la zona oscura y densa del bosque donde no se ve nada, luego aparece, a través del bosque más espaciado, y pasa como el rayo, con los cuadrados verdes brillando y los cuerpos de camisas blancas en el interior. Intento empaparme de todo eso. No me lo merezco. Quiero cerrar los ojos para sentirlo mejor pero entonces comprendo que no debería cerrarlos. Mantengo los ojos abiertos y observo y el tren se marcha.

Hoy compito con Susan. Susan es un retriever, pequeño, rápido y bonito, de ojos negros. Despegamos a través de la entrada y el interior de negra oscuridad hacia el prado. En el prado respiramos el aire y sentimos la luz de la luna creciente. Proyectamos sombras negras y afiladas que se extienden por las altas hierbas de color verde grisáceo. Corremos y nos sonreímos porque los dos sabemos lo bueno que es correr. Tal vez Susan sea mi hermana.

Entonces se acerca el segundo bosque y nos lanzamos a él como al sexo y giramos, más allá de la curva donde Edward me empujó, y después seguimos el arroyo. Estamos corriendo juntos y en realidad no competimos. Queremos que el otro corra más rápido, mejor. Observamos al otro enamorado de nuestros movimientos y fuerza. Tal vez Susan sea mi madre.

Llega la recta antes del hueco. Ahora tenemos que pensar en patas y músculos y calcular el tiempo antes del salto. Susan me mira y vuelve a sonreír pero parece cansada. Dos pasos más y salto y luego soy la nube lenta que contempla la cara de mis amigos, los otros perros fuertes, después el duro suelo corre hacia mí y aterrizo y la oigo gritar. Me giro y veo su cara cayendo al vacío y corro hacia allí. Robert y Victoria ya están abajo con ella. Se ha roto una pata, que sangra por la articulación. Susan grita y luego gime, consciente de todo.

Las ardillas están arriba charlando.

—Bueno, parece que le han dado su merecido.

—Eso es lo que se consigue saltando.

—Si saltara mejor no le habría ocurrido.

Algunas se ríen. Franklin está enfadado. Se aproxima despacio a donde están las ardillas, que no se mueven. Atrapa una entre las fauces y le aplasta los huesos. Las voces siempre hablan pero nos olvidamos de que son muy

pequeñas, de que tienen una cabeza y unos huesos minúsculos. El resto huye. Franklin tira el cuerpo roto de la ardilla a la lenta corriente de agua.

Nos vamos a casa. Troto hacia los edificios con Susan a la espalda. Pasamos frente a las ventanas de parpadeos azules y a los hombres de la furgoneta plateada con la música metálica. La llevo a casa y araño en su puerta hasta que la dejan entrar. Me voy a mi casa y veo a las gemelas delgadas y su casa de muñecas y entro en el cuarto de la cama y caigo dormido antes de que lleguen.

La noche siguiente no quiero ir al bosque. No puedo ver a alguien caerse, no puedo oír a las ardillas y no quiero que Franklin las aplaste entre sus fauces. Me quedo en casa y juego con las gemelas en pijama. Me sientan en una almohada y me arrastran por los pasillos. Me gusta la velocidad y sus risitas. Al girar me choco con los marcos de las puertas y ellas se ríen. Me acerco y me alejo de ellas corriendo, paso corriendo por entre sus piernas. Chillan, les encanta. Les tengo muchísimo cariño a las gemelas y quiero que vengan y corran conmigo. Esta noche me quedo con ellas y luego paso varios días en casa. Me mantengo alejado de las ventanas. La casa está caliente y como más y me siento con ellas a ver la televisión. Lluve durante una semana.

Cuando vuelvo al bosque, al cabo de diez días, Susan ha perdido una pata. Están todos los perros. Susan tiene tres patas y un vendaje en un hombro. Su sonrisa es nueva y más frágil. Fuera hace más frío y el viento es cruel e inquisitivo. Mary dice que el arroyo baja crecido por la lluvia y que la corriente es demasiado rápida. El hueco del desagüe se ha ensanchado y decidimos no saltarlo.

Compito con Franklin. Franklin sigue enfadado por lo de la pata de Susan: ninguno de nosotros alcanza a comprender que pasen estas cosas, que haya perdido una pata y ahora cuando sonrío parezca que pide morir.

Cuando llegamos a la recta me siento tan fuerte que sé que lo intentaré. No estoy seguro de lograrlo pero sé que puedo llegar lejos, saltar más que nunca, y sé que estaré mucho rato flotando como una nube. Lo deseo. Deseo muchísimo flotar.

Corro y veo a las ardillas y sus bocas formando ya las palabras que dirán si no lo consigo. En la recta Franklin se detiene y me aúlla que debería parar, pero solo me faltan unos pasos y nunca me había sentido tan fuerte, de modo que salto, sí, salto. Floto mucho rato y lo veo todo. Veo mi cama y las caras de mis amigos y es como si ya lo supieran.

Cuando me golpeé la cabeza resultó obvio. Me golpeé la cabeza y durante un momento aún pude ver: vi la cara de Susan, sus ojos abiertos de par en par, vi algunas ramas entrecruzadas por encima de mí y luego la corriente me arrastró y me hundí bajo la superficie.

Tras la caída, cuando desaparecí de la vista, las ardillas hablaron.

—No debería haber saltado.

—Ha sido de lo más ridículo cuando se ha golpeado la cabeza y ha resbalado al agua.

—Era tonto.

—Nunca hizo nada digno de mención.

Franklin estaba enfadado y atrapó cinco o seis ardillas con la boca, las aplastó y las tiró una detrás de otra. Los otros perros miraron; ninguno sabía si la matanza de ardillas los alegraba o no.

Tras mi muerte pasaron muchas cosas inesperadas.

La primera fue que estuve allí, dentro de mi cuerpo, mucho tiempo. Estuve en el fondo del río, atascado entre un montón de palos y troncos, seis días. Estaba muerto, pero seguía allí, y veía lo que ocurría fuera. Podía moverme dentro de mi cuerpo como si fuera una bolsa cálida y blanda. Dormía en la bolsa cálida y blanda, daba vueltas en su interior como si fuera una casita de piel y pelos. De vez en cuando miraba por los ojos de la bolsa a ver qué pasaba fuera, en el río. Aunque el agua turbia no me permitía ver gran cosa.

Un hombre me había lanzado al río, a un río diferente, cuando era joven porque no quise luchar. Se suponía que debía pelear y el hombre me pateaba y me pegaba en la cabeza y trataba de hacerme malo. Yo no sabía por qué me golpeaba, me abofeteaba. Yo quería que fuera feliz. Quería que las ardillas saltaran y fueran felices como lo somos los perros. Pero eran diferentes a nosotros, y el hombre que me lanzó al río también era diferente. Yo creía que todos éramos iguales, pero estaba dentro de mi cadáver mirando el lecho turbio del río y sabía que algunos quieren correr y a otros les asusta correr y quizá por eso estén rotos y enfadados.

Dormía en el fondo del río dentro de mi cuerpo convertido en un saco roto y me preguntaba qué pasaría. Dentro estaba oscuro y mohoso, y el aire era irrespirable. Me cantaba canciones.

Pasado el sexto día me desperté y vi luz. Supe que había vuelto. Ya no estaba dentro de un saco flojo, sino que habitaba un cuerpo como el mío,

como el de antes; era el mismo. Me levanté y me encontré en un ancho campo de ranúnculos. Los olía y caminaba entre ellos, con los ojos al nivel del amarillo, del gran borrón de la línea amarilla. Notaba la cabeza espesa por la preciosidad del amarillo del borrón. Me encantó volver a respirar así y verlo todo.

Debo decir que aquí es más o menos igual que allí. Hay más colinas, más cascadas y las cosas están más limpias. Todos los días paseo un rato largo y no tengo que desandar lo andado. Puedo caminar y caminar, y cuando estoy cansado duermo. Cuando me despierto puedo seguir caminando y nunca echo de menos el punto de partida y no tengo hogar.

Todavía no he visto a nadie. No echo de menos el cemento como papel de lija bajo los pies, ni los edificios con los hombres dormidos que buscan la colcha. A veces echo de menos a los otros perros y las carreras.

La sorpresa más grande es que resulta que Dios es el sol. Bien pensado, tiene sentido. Lo que no sé es por qué no caímos antes en la cuenta. El sol estaba todos los días, ardiendo, con nuestro planeta y los otros girando a su alrededor, siempre disculpándose, y no se nos ocurrió que era Dios. ¿Para qué iba a existir un Dios y además el sol? Por supuesto que Dios es el sol.

Creo que en la vida anterior todos estaban de mal humor porque querían saberlo.



DAVE EGGERS (Boston, 1970). Además de ser uno de los autores más destacados de la reciente literatura norteamericana, ha lanzado su propio sello editorial y es fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, en reconocimiento tanto a sus logros literarios como a su labor humanitaria.

